

OLIVER NOCTURNE

se

LAZOS DE SANGRE
KEVIN EMERSON

Un amigo zombi, una amiga humana con poderes especiales, y ahora también
una familia sedienta de sangre.

Lectulandia

Los Nocturne se dirigen a Morosia, una ciudad vampírica subterránea, para visitar a sus parientes del Viejo Mundo. Pero Oliver, Dean y Emalie tienen sus propios planes para el viaje. Los tres amigos creen que una misteriosa mujer llamada Selena, que vive en Morosia, podría ayudarlos a descubrir la verdad sobre la desaparición de la madre de Emalie y sobre el destino de Oliver en el mundo de los vampiros. Y no tienen tiempo que perder, porque si el siniestro Consorcio de la Penumbra encuentra a Selena antes que ellos, todas esas respuestas podrían desaparecer para siempre.

Lectulandia

Kevin Emerson

Lazos de sangre

Oliver Nocturne - 3

ePub r1.0

Titivillus 06.09.18

Título original: *Blood Ties*
Kevin Emerson, 2008
Traducción: María Sánchez Salvador

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Oona, que me presentó a Lythia.

Prólogo

La estación de investigación Vandenburg, situada en la bahía de Prydz, en el continente de la Antártida, cerca del Polo Sur magnético del planeta, era un lugar precioso para pasar el mes de junio si a uno no le molestaban el frío extremo o la casi absoluta oscuridad.

El profesor Darren Stevens era una de esas pocas personas a quienes la helada desolación del invierno antártico les parecía tranquila y relajante. Observar el sol asomando por encima del mar helado le provocaba una sensación de alivio. Estaba encantado de poder pasar un tiempo lejos de la violencia y las pugnas que imperaban en el resto del mundo. Allí lo único por lo que tenía que preocuparse era por el viento cortante, el interminable hielo y sus instrumentos geológicos.

Día tras día, el profesor Stevens se sentaba ante su ordenador y, con el rostro bañado por la luz azulada procedente del monitor y sosteniendo su taza de café sobre cuya porcelana blanca se leía borrosamente la frase «Yo vi sirenas en Weeki Wachee Springs^[1]», estudiaba los gráficos de sus muestras de hielo. Los largos tubos de hielo estaban repletos de diminutas capas de polvo y criaturas microscópicas muertas. Tan solo unos centímetros relataban un millón de años de historia: los calentamientos globales y las eras glaciales, el surgimiento y la caída de especies y civilizaciones.

Sonrió pensando en los problemas y el sufrimiento de las personas que vivían en el norte, bajo la luz del sol. ¿No sabían que sus vidas no eran sino otra capa de polvo, más fina que una uña?

Pero el estudio de las muestras de hielo hacía sentir alivio al profesor por otro motivo: hoy en día la gente se volvía loca por la salud de la Tierra, pero los patrones demostraban que no había necesidad alguna de preocuparse. El mundo no se iba a acabar ni nada parecido. No importaba el modo en que los seres humanos llenaban el planeta de porquería. En su momento, se arreglaría por sí solo, adaptándose y cambiando, capa a capa. Así que el profesor podía sentarse allí, bajo la fría y tranquila noche, sin preocupaciones...

Desafortunadamente para el profesor, había otros seres a los que les gustaba la oscuridad y no les importaba demasiado el frío. Uno de ellos se encontraba ante él ahora mismo.

—¿Cuáles son los juguetes favoritos de Hannah? —preguntaba la joven vampira llamada Lythia LeRoux. Miraba al profesor con expresión bondadosa. Como él no respondía, Lythia contestaba a su propia pregunta, cosa que le gustaba hacer—. Apuesto a que le gustan los caballos. A las niñas humanas siempre les gustan los caballos. Quién sabe por qué... Su sangre sabe fatal. —Lythia suspiró—. ¿Y cuál es

su comida favorita?

Una vez más, como el profesor no respondía, lo hacía Lythia:

—Apuesto a que le gustan los *brownies*. Y probablemente todas esas comidas horribles, como la *pizza* y los macarrones con queso. —Lythia arrugó la nariz. Como la mayor parte de los vampiros, odiaba el queso con todas sus fuerzas. Sopló para apartarse su cabello magenta de los ojos y mordió un trozo de la barra de caramelo congelada que sostenía con la mano, enfundada en un mitón rojo. El chocolate crujió como el hielo y Lythia frunció el ceño.

Por un momento, sus ojos lavanda se entrecerraron mientras observaba al profesor.

—¿Sabes...? —Se acercó unos pasos, bajando la voz—. Me muero de ganas de salir de aquí. Todo este asqueroso hielo... Pero mi padre dice que ya no falta mucho. Y hasta entonces, al menos, podemos ser amigos, ¿verdad?

El profesor Stevens no respondió, como era habitual, pero en sus ojos pareció asomar por un momento un destello de vida. Aquello hizo sonreír a Lythia, aunque sabía que probablemente la reacción del profesor había sido fruto de su imaginación. Después de todo, colgaba por las axilas dentro de una gran unidad de congelación con el cuerpo cubierto de escarcha y la piel de un sutil tono azulado. Vestía su gruesa parka y el espeso pelaje de su capucha se había congelado en torno a su cabeza y se le pegaba al enmarañado cabello gris.

El profesor estaba flanqueado por sus hermosas muestras de hielo de un metro de largo. Lythia pensó que parecían un carillón. Hasta había golpeado una de ellas para ver si emitía un bonito repique, pero simplemente se había hecho añicos.

—Mi padre dice que tu investigación es una auténtica locura —le dijo Lythia al profesor mientras se enroscaba un mechón de pelo alrededor de una uña verde—. Dice que un humano que intenta comprender el universo es como si el plancton intentase comprender el océano... —Su voz se fue apagando. Su padre, Malcolm LeRoux, había dicho muchas más cosas sobre aquel tema, una y otra vez, pero a Lythia aquella perorata le parecía increíblemente aburrida.

Se miró las manos, entre las que sostenía la billetera del profesor abierta, con la foto de su hija, Hannah, en su interior. Volvió a mirar al profesor y se fijó en sus ojos moteados de escarcha.

—Apuesto a que ella sabe mejor que tú.

Dos tubos salían del cuello del profesor y serpenteaban hasta dos tarros que reposaban en el suelo. En uno se acumulaba lentamente su sangre, mientras que el otro añadía un plasma especial llamado sanguinasa y la devolvía al organismo del profesor. La sanguinasa aceleraba el proceso de regeneración sanguínea. Se utilizaba cuando se ponía a los humanos en estasis, es decir, se los congelaba en el tiempo, para que cuando volviesen en sí no supieran que habían servido de alimento.

También les resultaba útil a los vampiros cuyo suministro de alimento estaba limitado, como, por ejemplo, a los que estaban en la Antártida y solo disponían de un

humano para alimentarse durante una semana. En este caso, en lugar de congelarlo en el tiempo, al profesor lo congelaron literalmente para mantenerlo fresco.

La sanguinosa no funcionaría para siempre. Pasado un tiempo, acabaría por agotar la médula ósea del humano, lo que causaría que el esqueleto se quebrase. Pero Lythia no necesitaba preocuparse por eso; ella y sus acompañantes no se quedarían allí mucho más tiempo.

—¿Hannah tiene pesadillas alguna vez? ¿De qué van? A mí me encantan las pesadillas...

—¡Lythia!

Lythia se volvió y se topó con su padre, que entraba como un rayo en la habitación. Malcolm era muy alto y corpulento, y tenía que encorvarse y retorcerse para moverse por los angostos pasillos de la estación de investigación, lo cual lo ponía de un pésimo humor. Se acercó a la unidad de congelación y, al pasar, cerró la puerta transparente de un golpe. Lythia creyó ver un destello de decepción en los ojos del profesor. Qué aburrido debía de estar cuando ella no hablaba con él.

Malcolm atravesó el laboratorio y salió de él agachándose para pasar por una escotilla metálica.

—Te he dicho —gritó volviendo la cabeza— que la comida se estropeará si dejas esa puerta abierta.

Lythia siguió automáticamente los pasos de su padre. Si tenía prisa era porque había algo por lo que merecía la pena tenerla. Lo siguió por un estrecho corredor flanqueado por pequeñas ventanas circulares a través de las cuales se descubrían kilómetros y kilómetros de hielo azotado por el viento y un cielo color púrpura.

El pasillo conducía a otra angosta estancia cubierta de ordenadores de pared a pared y en la que resonaba continuamente un agudo pitido. Una luz verde parpadeaba junto a un teclado en el centro de un largo escritorio. Malcolm aporreó las teclas, los monitores se pusieron en funcionamiento y en ellos aparecieron un montón de mapas. Algunos eran GPS corrientes, otros eran mapas cuadrículados del suelo oceánico y había otros que rotaban sobre múltiples ejes y que no tendrían sentido alguno para el profesor ni para ningún otro humano, pues mostraban las intersecciones entre distintos mundos.

—¿Lo hemos encontrado? —preguntó Lythia.

—Creo que sí. —Malcolm tecleaba con rapidez—. Sí, lo tenemos.

En el monitor central se mostraba un mapa del océano Índico aparentemente normal. Un punto rojo parpadeaba sobre una pequeña isla apartada en medio del mar azul.

—Ve a enviarle un mensaje a Ravonovich —le ordenó Malcolm, cortante— y hazle saber que hemos señalado el punto concreto al que llegará el artefacto. Dile que nos reuniremos allí.

Lythia se volvió y salió brincando a toda prisa de la habitación. ¡El artefacto! ¡Era tan emocionante cuando las profecías se hacían realidad! En su corta existencia,

Lythia había tenido la suerte de haber estado con su padre en varias ocasiones en las que habían sucedido cosas como aquella: cuando el mito y la posibilidad se volvían reales. Pero ninguno de aquellos momentos había sido tan importante como este. Lythia sabía que para su padre representaba una gran oportunidad el que le hubiesen ofrecido trabajar en la profecía de Nexia. Por fin sus décadas de trabajo dedicadas al artefacto se veían recompensadas...

Atravesó el laboratorio y le echó un rápido vistazo al profesor.

—Es hora de salir corriendo, profesor. Alguien te descongelará a tiempo. ¡Saluda a Hannah de mi parte! —dijo con un sonrisa, a sabiendas de que había pocas posibilidades de que eso ocurriera.

Se internó en otro pasillo estrecho hasta llegar a una pequeña sala de estar con sofás y lámparas que habían sido volcados en su práctica totalidad. Había una estantería tirada en el suelo y todo su contenido estaba esparcido alrededor. Manchas de sangre salpicaban la estancia; eran de aquella mujer conflictiva, la compañera del profesor, que había ofrecido resistencia cuando Lythia y su padre llegaron allí. Se la habían llevado a su barco para que sirviese de sustento a la tripulación.

Lythia cogió su mochila de uno de los sofás y la llenó con su ropa y con muñecas desmembradas. Luego se volvió hacia la pared en la que solía estar la estantería. Allí había un túnel excavado en el hielo. Habían usado una perforadora de magma para derretirlo. Lythia se agachó para entrar y descendió por una escalerilla metálica que remataba en una cueva cilíndrica con paredes heladas de color azul. Otro túnel conducía hasta el final de la plataforma de hielo, donde aguardaba su barco. La reducida cueva estaba iluminada con el arremolinado brillo ámbar de un farol de luz de magma. Detrás de este había una caja negra: un teléfono geoarmónico.

Lythia pulsó un botón del teléfono y se desplegó una pantalla de vídeo que mostraba un despacho oscuro y lujoso. Apareció un rostro afilado y pálido. El señor Ravonovich se aclaró la garganta, se ajustó la corbata y habló con voz débil:

—¿Sí, querida?

—Padre dice que tenemos la ubicación. Te la está enviando, nos reuniremos allí. Ravonovich asintió pausadamente.

—Gracias, Lythia. Felicita a tu padre de mi parte.

La pantalla se apagó.

Lythia estuvo a punto de encaminarse hacia el barco, pero quería hacer una cosa más. Miró hacia lo alto de la escalera para asegurarse de que no venía su padre, buscó en su mochila y sacó un objeto plano envuelto en una tela carmesí. Desenvolvió con cuidado el tejido para descubrir un espejo de mano en forma de diamante con el borde de jade. Lo alzó sujetándolo por el pequeño mango. Una pálida luz blanca bañó su rostro como si procediese de distintas fuentes.

—Han encontrado el artefacto —le susurró al espejo.

Las luces se agitaron y Lythia asintió como si estuviese oyendo una voz.

—Lo haré —dijo. Volvió a guardar el espejo en la mochila y emprendió, por el

pasadizo de hielo, su largo viaje hacia el norte.

Una calma tensa

Había algunas cosas de la escuela que a Oliver Nocturne le gustaban. Una de ellas era cuando el señor VanWick estaba explicando una lección de historia y él lo escuchaba atentamente y nadie hablaba ni se reía de él por lo bajo. Otra era... Bueno, últimamente eso era todo. Tal vez lo único que le gustaba de la escuela además de eso era que aquel fuese el último día.

Pero la tortura aún no había terminado.

Oliver estaba sentado en una silla en el pasillo junto a la puerta de su aula. Los habían mandado a casa pronto, alrededor de las dos de la madrugada, igual que el resto de los días de aquel espantoso mes de junio. Faltaba una semana para el solsticio de verano y el sol era tan fuerte que hasta los días nublados eran peligrosamente claros. Y como Seattle estaba tan al norte, el sol salía alrededor de las cuatro de la mañana y no se ponía hasta casi las diez de la noche. Ahora eran casi las cuatro y la horrible luz del amanecer empezaba a colarse en el pasillo a través de todas las puertas. La silla de Oliver estaba situada en un pequeño rectángulo sombrío.

La puerta del aula estaba cerrada. En el interior se oían débiles murmullos. Los padres de Oliver estaban allí dentro, en la reunión de los padres con el profesor, con el señor VanWick. Oliver estaba en el cuarto año de su octavo pentath. Un pentath duraba cinco años humanos. Como los vampiros envejecían alrededor de un año por cada cinco años humanos, aquello significaba que estaba casi acabando el primer curso de secundaria. Le quedaba un año más para pasar al noveno pentath, que era como segundo de secundaria.

En segundo podía pasar cualquier cosa, porque en el momento en que un vampiro recibía a su demonio, pasaba inmediatamente al instituto. Si tu demonio llegaba pronto, podías pasar solo un año en el noveno pentath, o bien podías acabar como Tormento, que se había pasado ocho años allí hasta ser el último que quedaba de su clase.

El instituto era como la tierra prometida: no había códigos de vestuario, ni libros, ni deberes. Solo había que estar allí, debatiendo sobre el mundo y aprendiendo los poderes avanzados que tan solo un vampiro con demonio podía adquirir, como la posesión de animales y la evanescencia, gracias a la cual un vampiro podía moverse como el vapor. Se dedicaban clases enteras a cómo causar el caos, volver locos a los humanos, corromper gobiernos, cometer robo y fraude, y ese tipo de cosas.

Pero a Oliver le quedaba un largo camino para llegar a todo eso. Aún tenía por delante al menos un año más de camisas y corbatas, libros de texto y deberes.

Además, no estaba seguro de que el instituto fuese a formar parte de su futuro. A diferencia de otros vampiros, él ya sabía quién era su demonio: Illisius.

Lo sabía porque había sido el primero de su clase en tener un sueño demoníaco, que indicaba que uno estaba a punto de recibir a su demonio. En aquel primer sueño, Illisius le había dicho a Oliver que estaba destinado a abrir la puerta de Nexia. Nexia era el mundo que estaba en el centro del universo. La apertura de la puerta liberaría a todos los vampiros de la Tierra y les permitiría errar por mundos superiores como espíritus. No más luz solar, ni estacas, ni mohos incómodos en la piel, ni siquiera instituto por el que preocuparse.

Entonces, ¿qué sentido tenía intentar ir bien en la escuela, o siquiera asistir a ella? ¿Qué sentido tenía sufrir durante aquellas reuniones padres-profesor si tu destino era ponerles fin? Aquello hacía que a Oliver le entraran ganas de levantarse e irse en aquel preciso instante...

—Oliver. —La puerta se abrió tras él y el señor VanWick se asomó. Oliver sintió una punzada nerviosa en las entrañas mientras se ponía en pie y entraba en el aula.

Grandes cortinas de color negro impedían el implacable paso de la luz matutina. El señor VanWick regresó al rincón más apartado del aula. Su mesa se encontraba tras un biombo que le proporcionaba una mayor oscuridad. Los padres de Oliver, Polemonia y Sebastian, estaban sentados ante el escritorio separados por una silla vacía. Oliver se dirigió con desgana hacia ella. Observó que sus padres lo miraban y apartaban la vista sin alterar apenas la expresión de sus rostros. No parecían contentos. Una vez más. ¿Cuándo había sido la última vez que parecían contentos con Oliver?

—Tus padres y yo hemos estado hablando —comenzó el señor VanWick mientras Oliver se derrumbaba en la silla vacía— del curso que has hecho. Les he explicado que a pesar de que tus estudios han sufrido aparentes «distracciones», tanto dentro como fuera de la escuela, has obtenido unas calificaciones satisfactorias. Vas muy bien en historia y yo he tenido el gusto de comprobarlo por mí mismo. Y sin embargo, la señorita Estreylla me ha informado de que rara vez le entregabas tus deberes de matemáticas intermundiales y de que has aprobado por los pelos.

Oliver se encogió de hombros. Le gustaba mucho la historia, de hecho. También creía que manejo y manipulación de fuerzas, que era como una clase de gimnasia, estaba bien, salvo por los uniformes. Las matemáticas dimensionales eran sencillamente aburridas. Y no las entendía; siempre estaba perdido.

—Oliver —dijo Polemonia—, ¿tienes algo que decir?

—No —musitó Oliver.

Oliver oyó que Sebastian se removía en su asiento y se preparó para lo que quiera que su padre fuese a decir, pero este se quedó callado.

—También les he transmitido a tus padres mi sensación —prosiguió el señor VanWick— de que, a pesar de los «acontecimientos» sucedidos allá por San Valentín y de tus dificultades sociales con tus compañeros, tu progreso durante el pentath ha

sido satisfactorio, aunque hay una posibilidad de mejorarlo. —El señor VanWick le dedicó lo que debía de ser una mirada amable, aunque resultaba difícil distinguir la expresión de sus ojos bajo aquellas pobladas cejas.

—Vale —dijo Oliver. Él no se había sentido bien desde San Valentín, cuando un grupo conocido como la Hermandad de los Caídos había usado a su amiga humana Emalie para intentar asesinarlo con luz solar. Su líder, Braiden Lang, había dicho que no podían permitir que Oliver abriese la puerta, pero no había dicho por qué. Oliver seguía sin entender aquello. ¿Qué les importaba la puerta a los humanos? Apenas comprendían sus propias e insignificantes vidas, cuanto más el enorme universo. La mayoría ni siquiera se daban cuenta de que había vampiros viviendo entre ellos. Y en cuanto a quienes sí lo sabían, como la Hermandad, bueno, ¿por qué iba a importarles que se abriese la puerta? Aquello haría que todos los vampiros se marchasen.

El hecho de salvar a Emalie de la Hermandad había puesto fin al breve período de tiempo durante el cual los compañeros de clase de Oliver creían que era alguien interesante y guay. Ahora lo consideraban el mayor bicho raro de su clase porque se relacionaba con una humana en lugar de con los de su propia especie. Nadie tenía en cuenta que Oliver anduviese también con un zombi, el primo de Emalie, Dean, porque todos los vampiros, incluidos sus padres, creían que Oliver había matado a Dean y lo había resucitado para convertirlo en su criado. Tan solo Oliver, Emalie y Dean conocían la verdad: alguien que no era Oliver había matado y resucitado a Dean, alguien cuya identidad seguía siendo un misterio.

—Así que... las vacaciones de verano deberían ayudar —dijo el señor VanWick — y esperaremos al año que viene. —Sacó una gran pila de papeles y la puso sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Oliver.

Polemonia se estiró para cogerlo.

—Esto son tus deberes de matemáticas para el verano. Hemos pensado que es una buena idea mantenerte ocupado.

—Que tengas un verano pasable —dijo el señor VanWick levantándose de su silla y bebiendo de su copa manchada.

Los Nocturne recorrieron el pasillo desierto sin decir una palabra y esquivando los inclinados rectángulos de luz solar. Bajaron las escaleras hasta el pasillo del piso inferior, lo atravesaron y descendieron hasta la sala de calderas del sótano, en uno de cuyos rincones, repleto de telarañas, había una puerta oxidada que conducía a las alcantarillas.

Mientras regresaban a casa sin hablar, Oliver no sentía en absoluto la emoción que cualquiera debería sentir por no tener que volver a la escuela durante dos meses. Parte de aquello tenía que ver con los largos momentos de silencio que últimamente compartía con sus padres, como ahora mismo. Desde el día de San Valentín, estar con ellos se había convertido en algo..., bueno, incómodo. Por un lado, sus padres sabían lo de Emalie. «Vas a olvidarte. A olvidarte de ella», le había dicho Polemonia. Y sin

embargo, Oliver no había hecho nada ni remotamente parecido. Él y Dean habían estado viendo a Emalie toda la primavera. Oliver tenía que hacerlo en secreto, aunque después de todo lo que había descubierto, tal vez sus padres supieran que seguía relacionándose con ella. Tenían la costumbre de saber cosas que no le decían.

Por otro lado, sus padres tenían que darse cuenta de que el motivo por el que Oliver tenía problemas en la escuela y salía con una humana era, en parte, culpa suya. Él no había pedido que lo engendraran, lo cual significaba que lo habían convertido en vampiro cuando era un bebé humano. Se suponía que engendrar a un bebé era imposible. Todos los demás vampiros nacían a partir del ADN de sus padres y se gestaban en un laboratorio. Y él no había pedido que lo crearan para cumplir la profecía de abrir la puerta de Nexia, hecho que había llevado a la gente de las hermandades a intentar matarlo. Así que, en cierto modo, ¿acaso todo aquello no era, en realidad, culpa de sus padres? Oliver creía que ellos tenían que saberlo, y que en parte por eso estaban tan callados, y por eso no lo vigilaban mucho a pesar de haberle ordenado que se olvidara de Emalie.

Los Nocturne llegaron a la alcantarilla que discurría bajo su calle tras pasar ante varias puertas de madera gruesa situadas a ambos lados de los muros de piedra. Había una por cada hogar vampírico subterráneo del Camino del Crepúsculo. Su casa estaba en el número dieciséis. Entraron y subieron por la escalera de caracol hecha de piedra e iluminada con globos de luz de magma ámbar, hasta que llegaron a la cocina. No habían hecho más que colgar sus abrigos en el armario cuando el hermano mayor de Oliver, Tormento, entró dando saltos desde el salón.

—¿Ha cateado? —bromeó, esbozando una mueca.

—Charles —le advirtió Polemonia, aunque en su voz no se apreciaba en absoluto la frustración que solía transmitir cuando Tormento se metía con Oliver. En lugar de eso, mientras atravesaba la cocina y encendía la pantalla de plasma que había sobre el fregadero, casi parecía relajada.

—Hola, hijo —dijo Sebastian, saludando a Tormento con la cabeza—. La reunión de Oliver ha ido bien. —Se encaminó escaleras abajo para cambiarse de ropa.

—¡Buuhh! —Tormento abrió el frigorífico y cogió una Coca-Cola. Abrió un tarro de galletas que había sobre la encimera y cogió un trozo de tania caramelizada. Hizo un rápido movimiento con el brazo y lanzó la tira roja hacia Oliver—. ¡Piensa rápido, hermanito!

Oliver apenas levantó las manos a tiempo para rechazarla de un manotazo. Frunció el ceño.

—¡Déjalo ya, pezuña podrida!

Tormento se limitó a reír.

—Uuuuuh, cuidado... —Hizo un amago con el otro brazo, como si le fuese a lanzar la lata de Coca-Cola...

—¡Eh! —Oliver se encogió.

—¡Ja! Te pillé. Imbécil. —Tormento abrió la lata y empezó a dar sonoros tragos.

Oliver fue testigo de cómo, una vez más, Polemonia no decía nada. Antes solía reprender a Tormento por actuar de aquel modo, pero ahora Tormento era el hijo favorito. ¿Que era inestable y temperamental? Desde luego, pero también era un verdadero vampiro que había luchado junto a su padre contra la Hermandad.

—¿Cuántas noches faltan para que nos vayamos, mamá? —preguntó Tormento.

Polemonia levantó la vista y puso de lado un juego de largos cuchillos.

—Solo tres, cariño. Sé que puedes esperar un poco más.

—A duras penas —protestó Tormento—. Tengo que salir de aquí.

Tormento estaba hablando de sus inminentes vacaciones. El organismo en el que trabajaba Sebastian, el Consorcio de la Penumbra, había invitado a los Nocturne a Isla Necrata, un complejo vacacional de élite al que solo se podía acudir con invitación y que siempre cambiaba de emplazamiento para estar cerca de algún fenómeno natural de grandes proporciones; preferiblemente una erupción volcánica, pero un terremoto o un tsunami tampoco estaban mal. La situación de Isla Necrata siempre se mantenía en secreto para asegurar la privacidad de la experiencia vacacional, pero sin duda se trataría de algún lugar interesante. Oliver estaba emocionado con el viaje (le gustaba viajar) y no se imaginaba ningún lugar peor que Seattle en el que estar ahora mismo, teniendo en cuenta cómo le habían ido las cosas.

—¡Destrucción y exterminio! —vitoreó Tormento para sí.

—Eso sí, Charles: solo porque vayas a divertirte con tus primos, no significa que vayas a perder el control, ¿verdad?

Tormento sonrió con malicia y soltó un eructo de mamut.

—Por supuesto que no, mamá.

Polemonia asintió, mostrando de nuevo toda la paciencia del mundo con las travesuras de Tormento. Suspiró.

—Bueno, al menos uno de nosotros está deseando ver a la familia.

Saldrían hacia Isla Necrata unos días antes para visitar por el camino al clan familiar de Polemonia, en la ciudad de Morosia, en el Inframundo. Era difícil precisar si aquella parte del viaje resultaría en absoluto divertida. Siempre era agradable ver a los abuelos. Y Tormento estaría ocupado haciendo el salvaje, asaltando ciudades humanas y cosas así con sus primos adolescentes, así que Oliver no tendría que preocuparse por él.

Pero aun así, como Oliver no tenía demonio, tendría que quedarse con sus padres, quienes soportarían un martirio interminable por parte de sus propios y desaprobadores padres a causa de su modo de vida moderno. Aquello en cierto modo era divertido, ya que los abuelos de Oliver profesaban una agradable doble moral: por un lado, mimaban a Oliver y lo trataban como si fuese lo más valioso del mundo mientras que por otro, criticaban constantemente a Polemonia y Sebastian por sus costumbres del Nuevo Mundo, incluso aunque esas costumbres fueran las causantes de la existencia de Oliver. En el Viejo Mundo no había niños, tan solo adolescentes que habían sido engendrados y tenían demonio. Pero la diversión de ver cómo

trataban a sus padres como a niños malos era atenuada por el mal humor que esto les causaba a ellos y que Oliver tenía que aguantar.

—Hablando del viaje —dijo Polemonia, volviéndose hacia el mostrador—, deberías empezar con esto ahora mismo. —Empujó los deberes de matemáticas hacia Oliver.

—¿No puede esperar? —Oliver no pudo evitar gimotear un poco—. Acaban de empezar las vacaciones.

—¡Para los idiotas no hay descanso! —proclamó Tormento, saliendo de la cocina antes de que Polemonia pudiera regañarle, aunque Oliver dudaba que fuera a hacerlo siquiera.

—Oliver —dijo Polemonia con la vista clavada en el frigorífico mientras lo abría y cogía bolsas de sangre preextraída para hacer la cena—, tienes que tomarte en serio tus estudios. —Su voz sonaba exhausta mientras lo decía—. Te agradecería que trabajases en esto hasta la hora de cenar.

—Muy bien —murmuró Oliver mientras cogía los papeles y se dirigía al salón. Casi deseaba tener que seguir yendo a clase todos los días, aunque solo fuera para evitar ver lo raros que estaban en casa.

Una cena con final siniestro

Pero no todo iba mal. Había algo en el extraño modo en que Oliver y sus padres se trataban entre sí que estaba funcionando a su favor...

Aquella noche, Oliver se despertó y en un instante ya estaba en la cocina y vestido.

—Me voy —dijo mientras cogía su sudadera y un chubasquero largo y negro del armario.

Polemonia dejó de montar nata para los gofres belgas.

—¿Ah sí? —oyó que decía vacilante—. ¿Y adónde vas?

Oliver comenzó a bajar las escaleras.

—Dean y yo vamos al parque —dijo con tono despreocupado sin mirar atrás.

Oliver casi podía oír que Polemonia lo miraba inquisitivamente mientras trataba de averiguar qué iba a hacer.

—Deberías desayunar algo.

—No tengo hambre —musitó Oliver mientras seguía bajando las escaleras—. También viene Seth —añadió, preguntándose si Polemonia lo reprendería.

Pero no lo hizo. *Por supuesto que no*, pensó Oliver. Abrió la puerta y se internó en la alcantarilla, feliz de poder salir de casa, pero molesto por el hecho de que su madre no hubiese tratado de detenerlo. ¿Qué significaba aquello? ¿Es que sus padres se habían dado por vencidos con él? Pero ¿acaso no era eso lo que quería, que lo dejaran en paz? ¿Entonces por qué se sentía mal?

Atravesó la ciudad por las alcantarillas hasta llegar a una tranquila calle de Crown Hill. Pulsó un botón que había en el muro de piedra. Sobre su cabeza, la tapa de un registro se abrió y Oliver salió de un salto a la claridad. Aquella boca de alcantarilla estaba situada estratégicamente bajo un denso pino, pero la luz de la tarde aún era intensa y lo obligó a entrecerrar los ojos.

Se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y se subió el cuello del chubasquero hasta la barbilla. El abrigo, además, estaba tratado con un repelente del calor, lo cual mantenía a raya el calor del verano, por lo que Oliver estaba tan fresco y tapado como le era posible con aquel horrible clima.

La calle estaba flanqueada por pequeñas casas y había humanos por todas partes: paseando al perro, cuidando sus flores, jugando al *frisbee*... Oliver apuró el paso. Ya podía sentir el calor empalagoso a través de su capucha y en las piernas. Esquivó a un terrier pequeño que gruñía con suspicacia y atravesó corriendo el tramo final de la acera, en el que no había ninguna sombra, hasta llegar de un salto al porche de la

casita color aceituna de Dean. Unas cortinas oscuras pendían cerradas tras las enormes ventanas del frente de la casa. Oliver estaba a punto de alcanzar la puerta cuando esta se abrió de repente y un rollizo adolescente salió corriendo y chocó de frente contra él. Vestía una camiseta de tirantes y pantalones vaqueros, y desprendía un horrible olor a sudor y a humano.

—¡Ve con cuidado, Sledge! —siseó Oliver retirándose la capucha y dejando que sus ojos se pusieran ámbar.

Sledge bajó la vista hasta Oliver. Sus ojos se movían en todas direcciones, captando diez cosas a la vez. Él siempre estaba así, disperso y fuera de control. Por fin vio a Oliver y sonrió.

—¡Guay...! Ojalá yo pudiera hacer eso con los ojos.

—Bueno, siempre podemos matarte... —murmuró Oliver, tratando de sonar siniestro.

—¡Genial! ¿Lo harías? —Al parecer, a Sledge aquello le parecía una buena idea—. No dejo de pedirle a la señorita Fitch que me convierta en vampiro, o en zombi, ¡en cualquier cosa! —Frunció el ceño—. Y nunca lo hace. Sería alucinante tener poderes.

Una voz femenina sonó tras él:

—Bueno, ya tienes el poder de ser un pesado. —Una chica alta con el cabello largo salió de la casa y empujó a Sledge como si fuera una caja de cartón en lugar de una mole de carne de dos metros de altura que podría convertirse en el sueño de cualquier entrenador de fútbol humano si fuese capaz de que no lo echaran de la escuela—. Qué hay, Oliver —dijo la chica con despreocupación mientras atravesaba el porche y bajaba los escalones.

—¡Hola, Autumn! —respondió Oliver. Aquellos eran los compañeros de clase de Dean.

El cabello de Autumn le caía sobre los hombros, apenas cubiertos por una camiseta sin mangas, y vestía unos vaqueros cortos y chanclas. Oliver pensaba a menudo que Autumn probablemente sería muy atractiva si no fuese una zombi. Pero como lo era, tenía la piel repleta de manchas grises y púrpuras por la descomposición, y en algunas zonas se había podrido, por ejemplo en el hombro izquierdo, casi hasta el hueso. Y aquello no era demasiado... agradable. Además, su madre, Ariana Fitch, aunque aparentemente era una gran profesora, era una zombi bastante primitiva y no creía en la ocultación del olor. El aroma combinado de Autumn y su madre era prácticamente insoportable para el sensible olfato de un vampiro.

—Buenas tardes, Oliver. —La señora Fitch se unió a ellos en el porche. Su vestido negro apenas resultaba visible porque estaba envuelta en su propio cabello. Del mismo modo que a los vampiros, a los zombis les seguían creciendo el pelo y las uñas más allá de la tumba. No solo eso, sino que les crecían mucho más rápido que a los humanos. Oliver tenía que cortarse el pelo casi cada dos semanas. Muchos zombis decidían, simplemente, afeitarse la cabeza o arrancarse todo el cabello, aunque el pelo

que se arrancaban solía arrastrar consigo parte del cuero cabelludo.

La señorita Fitch, en cambio, no se había cortado la melena probablemente en treinta años. La llevaba peinada en gruesas rastas que le caían de la cabeza como si de un nido de pitones se tratara y se enrollaban por completo alrededor de su cintura, de un hombro, de otro, le bajaban por un brazo y cruzaban al otro; y ella sostenía los extremos con la mano.

—Qué hay, Oliver. —Dean apareció en el umbral—. ¡Que tengáis un buen verano, chicos! —les dijo a sus compañeros.

—Nos vemos, Aunders —le respondió Sledge—. Avísame si vais a salir a matar o algo así —añadió con una sonrisa—. Eso me encantaría... ¡Eh, helado! —Sledge se volvió inmediatamente y corrió hacia el final de la calle, como si la tienda que siempre había estado ahí acabara de surgir de la nada.

—Adiós, Dean —dijo Autumn con dulzura—. Tal vez podamos salir alguna vez este verano...

—Umm. —Dean tragó saliva—. Claro.

—Disfruta de tus vacaciones, Dean —dijo la señorita Fitch con una pícaro sonrisa. Ella y Autumn bordearon la casa para atajar a través de los jardines. Su tanque estaba bajo un supermercado Safeway cercano.

—Así que... —dijo Oliver—. ¿Autumn?

Algunas zonas del rostro de Dean se pusieron de un tono púrpura ligeramente más oscuro que el resto.

—Sí, eh... Esto, no sé. —Volvió a entrar en la casa. Oliver lo siguió por el oscuro salón hacia la cocina iluminada por velas.

—Parece simpática —sugirió Oliver.

—Supongo. —Dean se encogió de hombros—. Eh... ¡Oye, solo quedan dos días para que nos marchemos!

—Sí. —Oliver trató de sonar optimista. Se alegraba de que Dean fuese a participar también en las vacaciones de los Nocturne. Aquella era otra ventaja de que todo el mundo creyese que Dean era su criado.

—¡Hola, Oliver!

Oliver miró a su alrededor y notó un familiar cosquilleo nervioso. Allí estaba Emalie, sonriendo tras la barra de la cocina.

—Hola —acertó a responder.

Emalie, peinada con dos trenzas, estaba ocupada espolvoreando azúcar glaseado sobre los bordes de una tarta de chocolate. Una segunda espátula esparcía azúcar también; se sostenía en el aire como por una mano invisible. Entonces cayó sobre la barra y una ráfaga negra, como una neblina, atravesó la estancia.

Oliver notó un débil cosquilleo en el hombro.

—Hola, Oliver —dijo una vocecilla.

—Qué hay, Jenette —le respondió Oliver al nebuloso espectro—. ¿Te has vuelto a escapar de los Bajíos?

Jenette suspiró.

—Sí, no fue fácil, ¡pero quería veros antes de que os marcharais, chicos!

Oliver percibió entonces un ligerísimo suspiro de Emalie, que había acabado de espolvorear la tarta y ahora la cubría con bombones de mantequilla de cacahuete.

—No puedo creer que os marchéis durante tres semanas completas.

Jenette se deslizó de un hombro de Oliver al otro.

—Me voy a aburrir tanto...

—¡Ajá! —Oliver no tenía ni idea de qué decir.

—Siempre puedes perseguir a mi hermano —sugirió Dean.

—¡Eh! —gritó el hermano pequeño de Dean, Kyle, desde la otra habitación.

—¡Ah, espera, te ayudaré! —dijo Jenette, y regresó a toda prisa a la barra, donde Emalie ya había terminado con la tarta y ahora cogía puñados de cubiertos para llevarlos al comedor. Oliver se dio cuenta de que Emalie ponía los ojos en blanco. Desde que la Hermandad había contratado a Jenette para que poseyera a Emalie y asesinara a Oliver, había estado tratando de enmendarlo ayudándola. O al menos ese era el motivo por el que ella decía que estaba allí... Aunque siempre parecía muy emocionada al ver a Oliver.

—¡Muy bien, todo el mundo a la mesa! —La madre de Dean, Tammy Aunders, surgió tras la barra de la cocina sosteniendo una bandeja de pollo empanado que acababa de sacar del horno. Era inusualmente alta y tenía el cabello rizado y despeinado.

—Hola, Oliver —dijo en tono agradable antes de mirar al techo—. ¡Mitch!

—Papá sigue teniendo problemas de adaptación con su nueva tarea nocturna —explicó Dean mientras atravesaban la cocina—. Quiere ser nocturno para que haya alguien conmigo, o al menos eso es lo que mamá quiere.

Oliver se dio cuenta de que Tammy merodeaba alrededor haciendo cuatro cosas a la vez. Como siempre, había libros viejos de la biblioteca esparcidos sobre la barra. Oliver leyó unos cuantos títulos: *Los sesos y tu salud*, *Cómo preparar sushi de órganos crudos*, *Técnicas de preparación de carcasas*...

Entraron en el comedor y se encontraron a Kyle, que tenía ocho años, y a la hermana de Dean, Elizabeth, de diez, que ya estaban sentados a la mesa. Las luces estaban apagadas. Los Aunders habían sustituido las lámparas eléctricas por un pequeño candelabro con velas encendidas que alumbraba la mesa.

—¡Hola, Oliver! —saludó Kyle con nerviosismo. Llevaba una pequeña linterna en la cabeza para leer un tebeo en medio de aquella oscuridad.

—Hola —respondió Oliver.

Elizabeth echó un breve vistazo a Oliver y Dean y luego dirigió su mirada perdida hacia algún lugar del centro de la mesa.

Kyle contemplaba cómo Oliver tomaba asiento, lo cual lo inquietaba un poco.

—¡He estado leyendo sobre Drácula! —dijo en un tono alterado.

—Eh, apaga la linterna —dijo Dean, arrancándosela de la cabeza.

—¡Eeeeh! —Kyle retrocedió ante la mano de Dean—. ¡No me toques!

—Así que Drácula, ¿eh? —le dijo Oliver a Kyle, tratando de ser educado.

—Sí —prosiguió el niño—, he leído que se puede convertir en murciélago, o en humo. ¿Tú puedes hacer esas cosas?

—Todavía no —respondió Oliver.

Kyle arqueó las cejas.

—¡Ah! Bueno, también he leído que Drácula puede controlar la mente de las personas y convertirlos en sus esclavos. ¡Hizo que un tío comiera bichos!

—Yo puedo hacer que tú comas bichos —dijo Emalie desde el otro lado de la mesa. Les lanzó una sonrisa maliciosa a Oliver y Dean y, asintiendo con la cabeza, hizo que el tenedor de Kyle levitase sobre los platos. Giró en redondo y empezó a flotar por la habitación—. ¡Vamos a buscar unos bichos para Kyle!

—¡Para! —chilló Kyle, poniéndose pálido de repente.

Oliver observó que Emalie miraba fijamente el tenedor. Vio que con su mano izquierda sujetaba una bolsita de terciopelo negro y supo que se trataba de uno de los hechizos orani de Emalie. Emalie había estado estudiando con su tía abuela Kathleen durante toda la primavera para aprender más sobre los poderes de las orani.

Emalie era descendiente de una estirpe secreta de mujeres. Su madre, Margaret, había desaparecido dos años atrás y había dejado cuadernos repletos de hechizos y conjuros que Kathleen le ayudaba a descifrar.

La mayor parte de lo que Emalie podía hacer ahora implicaba leer la mente de las personas y entrar en su cabeza. El fuerte de las orani no era la brujería ni la magia, pero Emalie podía manipular objetos sencillos creando una conexión entre la energía de las emociones de una persona y el objeto en cuestión.

En este caso, Emalie había utilizado los pensamientos de Kyle sobre comida y bichos combinados con una pizca del miedo secreto que sentía cuando Oliver estaba cerca y había canalizado esas emociones para mover el tenedor. Oliver sabía que, como Kyle era joven, sus miedos podían aumentar rápidamente y, si Emalie no tenía cuidado, aquel tenedor podía hacer el recorrido de verdad hasta el sótano, atravesar una jugosa araña y traerla hasta Kyle, quisiera Emalie o no. Aquel era el equilibrio constante de energías que ella podía aprovechar. Si se descontrolaba, podría haber problemas.

—¡No hagas eso! —gritó Kyle—. ¡Mamá! ¡La bruja quiere hacerme comer bichos!

—¡Kyle David! —le regañó Tammy desde la cocina.

—Solo estoy bromeando, Kyle —dijo Emalie malhumorada. El tenedor regresó al plato de Kyle con un sonido metálico.

—Muy bien. —Tammy entró en el comedor con dos platos de pollo y macarrones con queso—. Aquí tenéis, niños —dijo mientras los colocaba delante de Kyle y Elizabeth. Regresó un instante más tarde con un plato parecido para Emalie y otro para ella.

—Gracias, tía Tammy —dijo Emalie alegremente. La madre de Dean era hermana de su padre.

Entonces se oyeron unos pasos de pies que se arrastraban y el padre de Dean, Mitch, entró penosamente en el comedor ataviado con un albornoz y zapatillas. El escaso cabello que le quedaba en la cabeza estaba encrespado en todas direcciones, y sus ojos apenas resultaban visibles sobre sus profundas ojeras.

—Hola, papá —dijo Dean. Oliver vio que Dean observaba a su padre con prudencia.

—Vamos, espabila, Mitch —dijo Tammy alegremente, aunque a Oliver le sonó como una orden. Apareció en la mesa con un plato de huevos, una tostada y una taza de café.

Mitch se derrumbó sobre su silla y recorrió la mesa con la mirada. Miró a Dean brevemente y a Oliver incluso más rápido. Cogió su café, dio un sorbo y su mirada se perdió por encima de su taza en el mismo lugar del centro de la mesa hacia el que miraba Elizabeth.

—Así que —dijo—, ¿también se ha acabado la escuela para los vampiros? Mitch sonaba muy cansado.

—Terminamos anoche —respondió Oliver.

—Nuestro último día es mañana —añadió Emalie.

—Mmm. —Mitch empezó a comerse los huevos.

—¡Oh, cariño...! Mitch aún se está habituando a su nuevo horario —dijo Tammy mientras regresaba a la mesa con el último plato—. Aquí tienes, Dean —añadió en voz baja.

Elizabeth echó un vistazo al plato de Dean y un resoplido se escapó de sus labios fruncidos.

—¡Qué asco! —confirmó Kyle.

—Gracias, mamá —dijo Dean sin emoción alguna, mirando la carcasa de pollo cruda—. ¿Cómo ha ido esta vez? —preguntó. Desde que Dean había vuelto, los Aunders habían empezado a criar pollos en un corral en el patio trasero.

—Bueno, ya sabes... —Tammy suspiró mientras se dirigía de nuevo a la cocina—. Un poco mejor al arrancarle la cabeza. Y ya empiezo a desplumarlos más rápido. No es difícil. —Y añadió—: ¡Así vivían nuestros ancestros! —Casi sonaba entusiasta, aunque no demasiado.

Dean se inclinó hacia Oliver.

—Repíte eso todo el tiempo.

Oliver asintió. No envidiaba a Dean por tener que comerse aquello. La destreza de Tammy preparando carcasas sin duda estaba mejorando, pero los resultados aún dejaban mucho que desear.

Entonces regresó por última vez con un pequeño vaso de sangre para Oliver. Lo miró a los ojos, pero apartó la vista rápidamente.

—Es todo lo que pude sacarle al pollo. —Lo puso sobre la mesa—. Siento que no

haya más. Tengo que ponerme manos a la obra y leer todo lo que tengo sobre el tema. Sé que puedo extraer sangre de forma más eficaz.

—Tengo de sobra —dijo Oliver, tratando de ser educado.

—No, no. —Tammy se volvió y desapareció, aunque siguió hablando desde la cocina—. No he tenido tiempo para hacer pasteles esta semana... —A Oliver le recordó a cómo se ponía a veces Polemonia cuando hacía demasiadas cosas a la vez. Tammy regresó al instante—. Pero te he comprado estos. —Colocó el plato delante de Oliver y por fin se sentó en su sitio.

—Es perfecto —le aseguró Oliver, ocultando su decepción al ver dos bollos de supermercado rellenos de nata en el plato. Los vampiros consideraban aquellos bollos prácticamente veneno, con todos esos ingredientes basura que llevaban.

—Venga, al ataque todo el mundo. ¡Por el verano! —dijo Tammy con una sonrisa levantando un vaso de vino tinto y, a continuación, mirando a un lado y a otro, a Oliver y a Dean, como si se diese cuenta de que el verano no era algo para celebrar si eras nocturno—. Aunque...

—No —se apresuró a decir Dean levantando su propio vaso de zumo de limón puro (uno de los favoritos de los zombis, pues era bueno para controlar a las bacterias)—, es genial, mamá. Por el verano.

Todos brindaron y luego empezaron a comer. Se hizo el silencio en la mesa. Mitch bostezó. Elizabeth comió a toda prisa. Tammy los observaba a todos y cada uno para asegurarse de que comían, pero ella apenas tocó su plato. Oliver se topaba con la insistente mirada de Kyle una y otra vez. Emalie tuvo que esperar a que Jenette desdoblase su servilleta y se la pusiese sobre el regazo para empezar a comer.

Tammy por fin probó un par de bocados.

—Entonces —dijo un instante después—, ¿estáis emocionados con vuestro viaje, chicos?

—Sí —respondió Oliver, tratando de no fruncir el ceño debido al sabor de su bollo.

—Sé que Dean aún no ha hecho el equipaje —dijo Tammy dirigiéndole una sonrisa a su hijo.

—Mamá... —protestó Dean.

—Dean —replicó Tammy—, si esperas hasta el último momento, acabaremos haciendo carreras por toda la ciudad en busca de las cosas que necesitas y será sumamente estresante. ¿A qué hora has dicho que sale el tren charion, Oliver?

—A las once de la noche.

—¡Puaj! —dijo Elizabeth en voz baja.

—¿Qué ocurre, Lizzie? —preguntó Tammy.

La niña arrugó la nariz con expresión de mareo.

—No puedo comer con el... olor —dijo, aún con la vista clavada en la mesa.

—Bueno... —Tammy miró a Dean con culpabilidad y la frente fruncida—. No es tan horrible, Lizzie. Puedes...

—No... —Las lágrimas brotaban de los ojos de Elizabeth—. No puedo. —Se sorbió los mocos.

Oliver vio cómo, por un momento, a Tammy también se le llenaban los ojos de lágrimas. Durante los cuatro últimos meses había observado cómo la familia Aunders trataba de hacer que la situación con Dean funcionase. A veces aquello lo hacía sentirse un poco celoso. Dean nunca tenía que ocultar quién era cuando estaba en casa. Pero aun así, ambas familias intentaban fingir que las cosas eran normales cuando, sencillamente, no lo eran. Oliver se preguntó si la familia de Dean llegaría alguna vez a acostumbrarse realmente a que él fuera un zombi. Oliver nunca había oído hablar de ningún zombi que viviera con una familia humana. ¿Podrían llegar a tener cenas normales y felices? ¿O siempre habría alguna pelea? ¿Iba a haber siempre lágrimas bajo la superficie?

Obviamente, lo que tenían que hacer al finalizar la cena tampoco ayudaba.

—Está bien, mamá —dijo Dean poniéndose en pie. Desapareció por la puerta de la cocina y regresó con una enorme corbata de salvia trenzada para atenuar el olor que, a pesar de los baños de arena y el cuidado antibacterias, podía llegar a ser bastante nauseabundo con el calor.

—¿Mejor así? —le preguntó Dean a Elizabeth.

Ella levantó la cabeza, le dedicó una horrible y gélida mirada y se encorvó sobre su plato sin responderle. Dean la miró como preguntándose si había algo más que pudiera decirle.

El ruido metálico de los tenedores contra los platos se reanudó con la cena. Sonó un audible crujido cuando Dean abrió el cráneo del pollo para extraerle los sesos.

Kyle se puso en pie. Oliver vio que su plato estaba limpio y su boca rebosante de comida.

—¿Puedo levantarme de la mesa, por favor? —dijo con la boca llena.

—Bueno, cariño, yo... —vaciló Tammy.

—¡Por favor, mamá! No quiero estar cerca cuando ocurra.

—Está bien —dijo Mitch mientras se levantaba también con el plato igual de limpio—. Vamos a jugar. Vayamos fuera y hagamos algo de deporte. —Se inclinó y, en silencio, le dio un apretón en el hombro a Elizabeth antes de alejarse de la mesa.

Los ojos de Tammy se entristecieron de nuevo mientras los dos se marchaban.

Elizabeth también había acabado, pero permaneció en donde estaba. Dean roía un hueso de una pata hasta pulirlo.

Las miradas de Oliver y Emalie se cruzaron, y él asintió con la cabeza.

—De acuerdo, vale, Elizabeth, es la hora —dijo Emalie con prudencia—. Tengo que llegar pronto a casa.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Elizabeth.

Tammy se puso en pie a tal velocidad que volcó su vaso de vino. Un charco carmesí se extendió por el mantel blanco.

—Vamos, Lizzie —dijo con un temblor en la voz—. Se habrá acabado antes de

que te des cuenta.

Tiró del brazo de Elizabeth, pero ella lo apartó. Se puso en pie por sí misma y salió furiosa de la habitación.

—Ojalá hubiese otro modo —murmuró Dean.

—Lo sé —dijo Emalie.

Se levantaron y siguieron a Tammy, así como el sonido de los pasos de Elizabeth, hasta el sótano.

Sacrificios

Descendieron por una destartada escalera de madera hasta un sótano de techo bajo. Las paredes de hormigón sin pintar estaban cubiertas de estantes con equipos de acampada y cajas llenas de adornos navideños. Una mesa de pimpón ocupaba prácticamente la totalidad del escaso espacio y del techo pendía una simple bombilla.

Elizabeth permanecía sola y de pie en el interior de un círculo blanco pintado en el suelo junto a la pared más alejada de la habitación. Tammy, con los pies justo al otro lado de la línea, le acariciaba el hombro. Oliver y Dean se unieron a ella fuera del círculo y Jenette rondaba a su alrededor. Emalie se metió dentro.

—¿Preparada? —preguntó. Elizabeth no respondió. Apretó los dientes y el rostro se le enrojó mientras estiraba el brazo derecho y se remangaba diligente el jersey para dejar expuesta su piel desnuda hasta la altura del codo. Allí, en su antebrazo, había una delgada cicatriz blanca de más de dos centímetros.

Emalie rebuscó en su mochila de rayas y sacó un bote negro de plástico para guardar carretes. Abrió la tapa y dirigió la mirada al suelo. Bajo el brazo estirado de Elizabeth había un grueso cuadrado negro de piedra obsidiana con un hueco redondeado en el centro y jeroglíficos dorados en los bordes. Aquello era un mortero de Van Muren; Oliver y Dean se lo habían comprado a Desolada Désirée. En su interior había un montoncito de tierra de la tumba de Dean, un fragmento de camiseta manchada de sangre de la noche en que fue asesinado, la ceniza de una ramita quemada de abeto alpino y un penique brillante.

Emalie le dio unos golpecitos al bote de plástico y vertió un polvillo brillante de cuarzo rosa sobre su palma.

—Muy bien —sonrió mirando a Elizabeth—. Esto se habrá terminado antes de que te des cuenta.

—Sé fuerte, cariño —dijo Tammy con voz sorda.

Elizabeth apenas asintió.

Dean se apoyaba con nerviosismo primero en un pie y luego en el otro.

Emalie tenía un trozo de papel en la otra mano, y en él leyó:

—*Enthülle den Meister...* —Era alemán, y significaba «revela al amo». Emalie tomó aire, nerviosa, y prosiguió—. *Sythlysachh...* —Miró a Oliver, que asintió. Aquella palabra estaba en skrit y la pronunciación de Emalie mejoraba cada vez más. Significaba «extrae la sangre».

Susurros demoníacos comenzaron a arremolinarse por la estancia. Emalie sopló sobre el polvo de cuarzo, que se esfumó de su mano. El polvo al principio se dispersó

y luego empezó a unirse en el aire justo sobre el tembloroso brazo de Elizabeth formando una especie de daga con la punta dirigida a su piel. Elizabeth tragó saliva y aguantó la respiración.

—Ahora —ordenó Emalie.

La daga de polvo se hundió lentamente y surcó la cicatriz blanca reabriendo la herida.

—¡Nnnn! —gritó Elizabeth a través de sus dientes apretados. Cuando se abrió del todo, la daga se separó y se deshizo en una lluvia de polvo que cayó inofensivamente al suelo.

Emalie tomó el brazo de Elizabeth y lo retorció bruscamente.

—¡Aaah! —Elizabeth dio un grito ahogado.

—Cuidado —dijo Oliver con serenidad. Mirando de cerca a Emalie, vio el atisbo de un brillo rojo en sus ojos. Había visto aquello antes, cuando entraba en un profundo estado orani. No estaba seguro de qué significaba, pero, cuando ocurría, Oliver sentía una fuerte conexión con ella, como si estableciesen un vínculo a algún nivel oscuro. Era agradable, pero también peligroso para Emalie.

De la herida salieron unas gotas de sangre que corrieron por el brazo de Elizabeth y cayeron. Cuando la primera aterrizó en el mortero, un humo blanco empezó a emanar de él.

En cuanto se hubieron derramado cuatro gotas, Emalie asintió y Tammy se apresuró a agarrar a su hija y sacarla del círculo, presionando inmediatamente la herida con una gasa. Se retiraron a un sofá próximo y se sentaron allí mientras Tammy acariciaba los hombros de Elizabeth y esta estallaba en sollozos.

—Muy bien, Lizzie, ya está... —la consolaba.

—Gracias, Liz —dijo Dean dócilmente, pero ni su hermana ni su madre le respondieron.

Emalie se sentó. Oliver y Dean entraron en el círculo y se sentaron con ella alrededor del mortero. Jenette flotaba entre Oliver y Dean. Emalie cogió una cuchara de madera y mezcló el contenido del recipiente y, a continuación, los cuatro unieron sus manos.

El humo blanco aumentó, serpenteando hacia arriba hasta formar un disco sobre sus cabezas. El disco giraba sobre un centro hueco y en él se dibujó una imagen nívea: la huella de una mano con puntos vacíos en el extremo de cada uno de sus dedos. Un instante después, la imagen desapareció y el humo se desvaneció.

—Muy bien, Dean —dijo Emalie—. En teoría, tu amo ha vuelto a quedar marcado.

—Hasta ahora nos ha servido de muchísimo —gruñó Dean, aunque asentía al mismo tiempo—. Gracias por hacerlo, de todos modos. Aunque ni siquiera sepamos si funciona.

Habían realizado el conjuro de localización de su amo una vez al mes desde febrero. Solamente podía hacerse durante la luna creciente y solo duraba un ciclo

lunar. El conjuro requería la sangre del pariente directo de Dean más cercano a él en edad, así que cada una de las veces habían tenido que llevar a cabo aquella tortura y hacer que Elizabeth sangrara. Y tenían que seguir haciéndolo porque, hasta ahora, no habían visto a nadie con la marca de aquella mano que había aparecido en el humo, la marca que el códice de la biblioteca decía que se mostraría y que sería «imposible de ocultar». Ni siquiera estaban seguros de que el conjuro funcionase en modo alguno.

Además, Dean aún no había recibido ninguna orden de su amo. Era prácticamente como si no lo tuviera, pero Oliver sabía que eso era imposible. En alguna parte estaba su amo.

—Bueno, lo único que podemos hacer es mantener los ojos abiertos —sugirió Oliver— y conservar la esperanza de verlo. Tarde o temprano, tu amo tiene que aparecer, al menos para controlarte.

—Vale —dijo Dean con tristeza—. Hay algo a lo que aferrarse.

Tammy y Elizabeth se dirigían a las escaleras. Elizabeth protestaba y sus palabras se ahogaban contra el hombro de su madre.

—¡No quiero hacer esto más!

A Dean se le cayó el alma a los pies.

—Tal vez debemos salir de aquí durante un rato.

—De todos modos, yo tengo que irme a casa —dijo Emalie mientras limpiaba los pastosos restos rojos del mortero con un trapo.

—Yo también —añadió Jenette.

Caminaron hacia las escaleras y recogieron los platos de la mesa antes de dirigirse a la puerta. Elizabeth y Kyle estaban en el salón viendo la televisión con Mitch.

—Hasta luego —dijo Dean sin entusiasmo alguno.

—Gracias por la cena, señora Aunders —añadió Oliver.

—¡De nada! —gritó Tammy desde la cocina. Había terminado de limpiar y frotar todas las superficies con lejía y ahora se estaba sirviendo un abundante vaso de vino tinto con los guantes de goma amarillos aún puestos.

Oliver se sintió aliviado al salir a la calle y ver que por fin se había puesto el sol.

—Que tengáis buen viaje, chicos —dijo Jenette.

—Sí —respondió Oliver—. Nos vemos en un par de semanas.

—Supongo —protestó Jenette—. Pero si me necesitas para cualquier cosa, Oliver, siempre puedes invocarme... Emalie, vendré a buscarte la próxima vez que me pueda escapar, ¿vale?

—Claro —respondió Emalie, sin sonar demasiado emocionada.

—Vale, adiós. —Jenette desapareció deslizándose en la oscuridad de la noche.

Emalie observó cómo se marchaba y entonces se volvió hacia Oliver y Dean.

—Muy bien, chicos, tengo que deciros una cosa de camino a casa. —Serpenteaban por las oscuras calles, aún repletas de humanos que disfrutaban de la noche. Emalie hablaba despacio—. Sabéis que he estado trabajando en los viejos cuadernos de mi madre con mi tía abuela Kathleen.

—¿Cómo os va? —preguntó Dean.

—Bien —respondió Emalie—. Hemos aprendido todo ese rollo de las orani, como el modo en que moví ese tenedor durante la cena, pero también cómo leer el pensamiento de la gente y entrar en sus cabezas... No os preocupéis —dijo—, no estoy dentro de vuestras cabezas.

Oliver sonrió, pero la idea lo ponía nervioso. Si Emalie entraba en su cabeza, podía darse cuenta de lo mucho que pensaba... Bueno, en ella.

—El caso —prosiguió Emalie— es que también hemos estado tratando de averiguar qué estaba haciendo mi madre cuando se fue. Ya os he dicho que a veces tengo sueños en los que parece como si estuviera con ella, en su cabeza, y estamos en esos viejos lugares... Bueno, yo... Estoy bastante segura de que cuando se fue, hace dos años, no pretendía marcharse para siempre.

—¿Entonces qué ocurrió? —preguntó Dean.

—Tuvo problemas —dijo Emalie con voz siniestra—. Y ahora, bueno, o bien está atrapada en algún lugar, o tal vez prisionera, no estoy segura.

—¿Tienes alguna idea de dónde? —preguntó Oliver. La idea le provocó una oleada de emoción. Estaba contento por Emalie, y casi celoso. Aquello le recordaba a sus propios padres humanos, que puede que estuvieran por ahí, en alguna parte...

—No —respondió Emalie—, pero creo que hemos averiguado dónde estaba cuando desapareció. Estaba buscando a alguien llamado Selene. En realidad no sé quién es...

—¿Selene? —murmuró Oliver. Le sonaba familiar—. Es de quien habló Désirée la última vez que la vimos.

—Yo no me acuerdo de eso —dijo Dean.

—Bueno —replicó Oliver, incómodo—, fue cuando me susurró al oído.

Emalie clavó sus ojos en él.

—¿Desolada Désirée te susurró al oído?

—Bueno, más o menos... Sí. Fue extraño, ¿sabéis...?

Dean puso los ojos en blanco.

—Tío, límitate a contarnos lo que dijo.

—De acuerdo. —Oliver trató de recordar las palabras exactas—. Era, eh, «A Selene se la oye mejor a través de las llamas frías».

—¿Qué significa eso? —preguntó Dean.

Oliver se encogió de hombros.

—No lo sé. Aunque, tratándose de Désirée, probablemente signifique como tres cosas a la vez. Pero parece como si tuviéramos que conocer a Selene, o hablar con ella, o algo.

—Creo que está en peligro —dijo Emalie.

—¿Quién? —preguntó Dean—. ¿Tu madre o Selene?

—Bueno, ambas... Creo que mi madre pensaba que Selene estaba en peligro... Y creo que sé adónde fue a buscarla.

—¿Adónde? —preguntó Oliver.

—A Italia. A una ciudad llamada Fortuna.

Oliver se detuvo.

—Espera, ¿Fortuna? —No podía creer la coincidencia—. Hay una ciudad llamada Fortuna por encima de las puertas de Morosia.

Emalie asintió.

—Probablemente sea la misma. La ciudad está en la falda de un viejo volcán llamado Morta. En la mitología antigua se suponía que era una entrada al Inframundo.

—Morosia se construyó bajo el monte Morta —confirmó Oliver—. Precisamente allí estaremos en un par de días.

—Bueno —respondió Emalie—, yo también voy.

—¡No puede ser! —exclamó Dean—. ¿Cómo?

—Mi padre va a estar fuera en los barcos de salmón durante dos semanas —explicó Emalie—, así que mi tía abuela Kathleen me va a llevar a Italia. Ella lo llama «viaje cultural», pero en realidad vamos a buscar a esa tal Selene...

—Y a tu madre —añadió Dean—, ¿verdad?

Emalie se encogió de hombros.

—No quiero hacerme ilusiones...

—Estupendo —dijo Dean—. ¡Esto es genial! —Se volvió hacia Oliver, que estaba ocupado intentando parecer calmado e imperturbable, en lugar de dejar ver lo emocionado que se sentía por aquella noticia—. ¿Crees que seremos capaces de deshacernos de tu familia durante un rato cuando estemos allí?

—Sí, eso no debería suponer ningún problema —dijo Oliver, pensando en cómo estaban las cosas con su familia últimamente—. Podemos quedar en Fortuna.

Emalie asintió.

—Excelente.

En lo alto de la calle empezó a sonar una alegre musiquilla.

—Tíos —dijo Dean, bajando la voz con solemnidad—, creo que estoy oyendo...

Oliver sonrió.

—El sonido de los Choco Tacos —asintió con una leve inclinación de sus labios hacia arriba, lo cual representaba su mayor sonrisa.

—Tíos, sois unos gansos —los reprendió Emalie, apartándose de ellos.

El pequeño camión de los helados se acercó mientras seguía sonando aquella alegre música, aunque, ¿era realmente alegre? Había algo extraño en el modo en que trinaba, ligeramente desafinado, como si no fuese una buena idea estar fuera, y solo cuando aparecía aquel chico de los helados.

Y era verdad, porque cuando el camión se acercó, Oliver y Dean comprobaron que el conductor era el amigo de Tormento, Ty Gimble. Tenía el pelo peinado hacia atrás de un modo cómico, una gorra blanca y puntiaguda sobre la cabeza y sonreía con los labios muy juntos para ocultar cualquier rasgo que pudiera asustar a los

clientes.

Una pandilla de niños pequeños corrió delante de Oliver y Dean. Ty sonrió a los humanos.

—¡Hola niños! ¿Quién tiene hambre?

Hasta Tormento envidiaba el empleo de Ty. Claro que Ty tenía que recorrerse las calles repartiendo helados a los niños humanos y sus molestos padres al atardecer, pero entonces, una vez que caía la noche, era casi seguro que encontraría un niño (o dos, si tenía suerte) que regresaba a casa solo y hambriento. La ventana rectangular del camión de helado era lo bastante ancha para que Ty cogiese a dos niños pequeños y los metiese en las unidades de congelación antes de que sus sonrisas expectantes se convirtieran en gritos de terror.

Como a los humanos no se los mataba salvo en raras ocasiones, Ty solamente dejaba inconscientes a los niños. Y no permanecían allí dentro el tiempo suficiente como para congelarse. No necesitaba mucho para extraerle medio litro de sangre a cada uno, clavándoles una jeringa entre los dedos de los pies que apenas dejaba marca. A veces Ty no podía resistirse a darles un mordisco rápido, pero entonces utilizaba las cremas habituales para ocultar las marcas de vampiros y pociones de memoria, de modo que cuando los niños volvían en sí se encontraban en la esquina de la calle sin tener ni idea de lo que acababa de ocurrir e incluso con un helado gratis en sus manos, extrañamente frías.

Al jefe de Ty, Harvey, dueño del Sanguinarium de Ocasión de Harvey, no le importaba el picoteo ocasional de Ty siempre y cuando consiguiese las raciones de sangre para vender en su tienda. Además, unos cuantos dólares procedentes de la venta normal de helados nunca venían mal.

—Caballeros —dijo Ty cuando los felices e imprudentes niños hubieron desaparecido con sus helados y Oliver y Dean se acercaron al mostrador—. ¿Dónde está tu novieta humana, Nocturne?

—Cállate, Ty —respondió Oliver con despreocupación. De los amigos de Tormento, Ty tal vez fuese el menos malvado; o tal vez fuese el peor, porque realmente no le importaba lo que los demás hicieran con su tiempo ni, en general, cómo se sintieran. Nada le preocupaba en un sentido ni en otro, lo cual significaba que nunca se sabía de lo que era capaz. Pero probablemente no se molestase ni en decirle a Tormento que había visto a Oliver—. ¿Qué tal va el negocio? —le preguntó.

—Viento en popa —contestó Ty con una amplia sonrisa. Cerró de un golpe el congelador que tenía a la derecha y Oliver y Dean oyeron un débil gemido procedente del interior—. ¿Qué os pongo, chicos?

—Choco Tacos, por supuesto —dijo Dean.

—Ah, el lastimoso lacayo de Oliver tiene buen gusto. —Ty se volvió y se inclinó sobre uno de los rincones del arcón congelador, donde guardaba los Choco Tacos, que llevaban un delicioso añadido de sangre de zarigüeya.

Oliver depositó unas cuantas minas sobre el mostrador mientras Ty les entregaba

los helados.

—Gracias, y que paséis una estupenda noche, perdedores amantes de los humanos. —Su agradable tono y la amplia sonrisa que esbozaba no se alteraron lo más mínimo cuando se volvió hacia un grupo de niños humanos que se acercaban—. ¿Quién es el siguiente?

De nuevo en la acera, Emalie salió de entre las sombras.

—¿Ya estáis contentos? —dijo mientras bajaba la cámara y se la guardaba en el bolso.

Oliver se encogió de hombros mientras disfrutaba del último bocado de gloria sangrienta y chocolateada.

—Bastante... ¿Buena foto?

—Sí —dijo Emalie con un brillo en los ojos—. La luz era perfecta. Hacía que el interior del camión brillara y que de vosotros saliera la silueta... Bueno, más o menos. Tú estabas borroso, como siempre, Oliver. Es una fotografía digna de un libro de arte, salvo por los no muertos.

Oliver sonrió con la boca llena de dulces. Le gustaba oír a Emalie hablar de sus fotos.

—Entonces —musitó Dean, también con la boca llena—, ¿cómo vamos a encontrarte en Fortuna?

—Bien. —Emalie rebuscó en su bolso y sacó un pequeño objeto que le tendió a Oliver.

—¿Qué es esto? —preguntó Oliver mientras lo cogía. Era un televisor en miniatura de plástico rojo con una foto de papel de las cataratas del Niágara en la pantalla. En la parte superior tenía un dial amarillo que, al girarlo, movía la foto y hacía aparecer una nueva, también de las cataratas.

—Le he infundido un conjuro —dijo Emalie con orgullo—. Cuando llegéis a Morosia, gira el dial cuatro veces hacia delante, dos hacia atrás y luego di mi nombre.

—Vale. —Oliver se guardó el juguete en el bolsillo.

Se detuvieron en el siguiente cruce.

—Entonces —dijo Emalie—, supongo que nos vemos en Europa, chicos.

Oliver asintió con la cabeza, aunque ligeramente preocupado.

—Ten cuidado, Emalie.

Ella le dedicó una radiante sonrisa.

—Por supuesto. —Desapareció en la oscuridad.

Oliver regresó a casa y se encontró con que el piso de abajo estaba en silencio. En la cocina no había nadie, aunque la pantalla de plasma estaba encendida. Estaba retransmitiendo un programa de entrevistas de humanos que emitía un canal de noticias veinticuatro horas muy popular, uno de los favoritos de los vampiros por su violenta cobertura de la guerra. De los tres expertos que se sentaban alrededor de una

mesa debatiendo las noticias del día, el hombre de la derecha era, en realidad, un vampiro llamado Karl Stallworth. Le encantaba gritar y enfurecer a sus contertulios.

—¡Hay que encerrar a esa gente y tirar la llave! —bramaba ahora, sacudiendo las mandíbulas.

Sobre la isla de la cocina le esperaba un plato con la cena: tofu en tempura marinado con sangre de tiburón. Oliver cogió una copa y abrió el frigorífico. Sacó una pequeña botella de cristal, además de una lata de Coca-Cola. Destapó la botella y vertió una pequeña cantidad de líquido almibarado: sangre de gatito. Era tan potente y se tomaba en cantidades tan pequeñas que había que diluirla, preferiblemente en algo dulce. Oliver abrió el refresco y se lo añadió. Se sentó a comer.

—¿A quién le importa cómo se los trate, si son malhechores? —decía Karl Stallworth casi chillando y con un brillo en los ojos provocado por el impacto que aquello provocaba en los rostros de sus compañeros.

Oliver había empezado a cenar cuando oyó un ligero tintineo de cristales. Aguzó el oído y captó el sonido de voces que hablaban bajo en el pasillo. Su madre, su padre y alguien más... Oliver se deslizó del taburete y se dirigió al pasillo. En el despacho había luz. Oyó descorcharse una botella.

—¿Sangre de Malta? —ofrecía Sebastian.

—Solo un traguito... No me puedo quedar mucho. —Oliver reconoció la tercera voz. Era Tyrus McKnight, uno de los compañeros de trabajo de Sebastian en el Consorcio. Oliver podía visualizarlo: alto y adusto, con el cabello rizado y pequeños anteojos redondos, siempre ataviado con un jersey negro de cuello vuelto bajo su largo abrigo. Tyrus había trabajado con Sebastian cuando trataban de detener al Azote de Selket, el invierno pasado. Oliver no sabía qué hacía exactamente Tyrus en el Consorcio, solo que no era abogado como su padre.

Se concentró en las fuerzas, trepó por la pared hasta el techo, y avanzó sigilosamente por el pasillo.

Oyó el sonido del líquido vertiéndose.

—Gracias —dijo Tyrus, y añadió—: deberías servirte una para ti.

Oliver se acercó despacio a la puerta situada justo frente al despacho, que conducía a la oscura cripta de invitados. Reptó al interior hasta la pared más alejada de la puerta y se dejó caer al suelo. Entonces se desplazó por la pared hasta poder ver el estudio a través de la puerta de la cripta.

Tyrus estaba sentado tras el antiguo escritorio de teca de Sebastian. El monitor del ordenador oscurecía la mayor parte de su rostro mientras movía el ratón por la pantalla. Polemonia estaba de pie detrás de él mordiéndose una uña. No alcanzaba a ver a Sebastian, lo cual resultaba inoportuno dado lo que dijo a continuación:

—Entonces ¿este es el estilete de Alamut?

—Exacto —respondió Tyrus sin levantar la cabeza—. Lo rescaté yo mismo de las criptas del viejo fuerte. Debería servir, aunque no te envidio por tener que hacerlo.

Polemonia miró a Sebastian con la frente fruncida por la preocupación.

—Bueno, aparentemente es necesario que alguien lo haga —dijo Sebastian con gravedad. Se oyó un sonido de metal contra cuero, como si estuviesen devolviendo aquel estilete a su funda.

—Todavía no entiendo por qué tiene que ser precisamente Sebastian —dijo Polemonia con voz tensa.

—Lo sé —respondió Tyrus—, pero ya oíste lo que dijo Ravonovich. Es una demostración de fe. Ravonovich cree que tiene motivos para dudar.

—Después de toda nuestra lealtad... —rezongó Polemonia.

—Créeme, lo sé —afirmó Tyrus—, pero tienes que admitir que los augures han sido muy claros sobre lo que se debe hacer si las cosas no funcionan. Ravonovich lo cree así por cómo se han desarrollado los acontecimientos con esa chica humana. Tenemos que hacer esto... La profecía debe estar por encima de cualquier individuo, al margen de su... trascendencia. Así que me temo que no tenemos opción.

Polemonia apretó los labios. La estancia se quedó en silencio. Oliver sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—Muy bien, aquí está el lugar en el que debe hacerse. —Tyrus asintió con la vista fija en la pantalla. Polemonia se inclinó para mirar.

Sebastian apareció también por detrás de Tyrus.

—Eso está cerca de Morosia, así que la coartada funcionará a la perfección.

—Sí —prosiguió Tyrus—. Como he dicho, es mejor que se haga en un lugar remoto, para que no se produzcan protestas de los vecinos. Ni siquiera los de nuestra especie se toman demasiado bien este tipo de asesinato.

—¿Y estás seguro de que no hay otro modo? —Oliver podía percibir la preocupación en la voz de Polemonia—. ¿No podríamos simplemente...?

—Lo siento, Polemonia —dijo Tyrus con tristeza—. Sé que la pérdida será dura, pero es la única manera. Además, he hablado con el doctor Vincent y cree que será posible sustituirlo.

—Odio esto —siseó Polemonia.

—Polemonia. —Sebastian le dio unas palmaditas en el hombro—. Podemos hacerlo. Sabes que es lo correcto.

—Yo ya no sé qué es lo correcto.

—Muy bien, tengo que volver. —Tyrus se puso en pie—. Creo que ya tenéis todo lo necesario.

—Supongo que sí —asintió Sebastian.

—Entonces os veré en el barco a Isla Nocrata. Y Seb, a la velocidad del rayo, ¿eh?

—La necesitaré —musitó Sebastian.

Oliver se internó de nuevo en la oscuridad mientras escuchaba cómo Tyrus salía del despacho y, cuando se hubo marchado, volvió a salir. Se situó más cerca de la puerta y vio a sus padres abrazados.

—Una demostración de fe —musitaba Polemonia con tristeza contra el hombro

de Sebastian—. ¿Acaso no hemos demostrado nuestra fe lo suficiente todos estos años? —Sus ojos se pusieron de color turquesa.

—Lo sé —susurró Sebastian—, pero pronto se habrá terminado y por fin podremos solucionarlo.

—Tal vez.

Oliver se deslizó de nuevo hasta el techo y reptó por el pasillo. Cogió su cena y se dirigió al piso de abajo. Las ideas se agolpaban en su cabeza y le causaban un profundo sentimiento de inquietud.

«Lo que hay que hacer si la profecía no funciona... El doctor Vincent puede sustituirlo... Por fin podremos solucionarlo».

Oliver se puso a temblar de pies a cabeza. ¿Qué otra cosa podían querer decir? Toda la decepción y el extraño silencio de sus padres durante los últimos meses... No es que pensarán simplemente que Oliver estaba teniendo problemas; creían que era un fracaso, no solo como hijo, sino en lo relativo a toda la profecía para la que había sido creado. ¿Y ahora qué? Iban a...

No es posible, pensó. Y aun así, ¿qué había dicho el doctor Vincent el pasado invierno? «Siempre podemos volver a intentarlo...».

Oliver trató de apartar aquella conversación de su mente, pero no había forma. Permaneció con él durante todo el fin de semana que se pasó sin poder dormir.

Bajo la tierra y el mar

—¡Oliver! ¡Charles!

Oliver estaba sentado delante de su ataúd. Los cajones que tenía debajo estaban abiertos y su ropa estaba desperdigada a su alrededor. Junto a él, la maleta (oscura, brillante y con ruedas) que habían escogido sus padres por él y, lo que era aún peor, que tenía un monograma con letras plateadas, seguía vacía.

—¡Mamá! ¡Relájate! —respondió Tormento.

Oliver volvió la cabeza y vio que Tormento apilaba un montón de pares de botas en un macuto de lona. Estaban sus andrajosas botas de *cowboy*, un par de agrietadas botas negras de ferroviario, unas verdes de combate con cordones e incluso las de punta de acero que había comprado en sus vacaciones familiares al rodeo demoníaco en Brasil.

—¿Qué? —le espetó Tormento al percibir la mirada de Oliver. Se había teñido los mechones centrales de su cabello negro de un brillante tono naranja—. ¿Tratando de decidir qué pañales metes en la maleta?

Oliver se limitó a enfurruñarse y a volverle la espalda. Pensó en poner de relieve lo estúpido que resultaba llevarse de viaje más pares de botas que camisas, pero recordó que, para los vampiros de verdad, ese tipo de cosas (botas, sombreros, abrigos...) eran las prendas de ropa más importantes en lo que a moda se refería. Los vampiros apenas se preocupaban de la camisa o los pantalones que llevaban (con frecuencia se ponían lo mismo durante varios días) siempre y cuando tuvieran una colección de otros objetos, que eran aún mejores si escondían una historia: las botas que le robaban a una víctima humana; el sombrero que le ganaban a otro vampiro jugando a las cartas; la chaqueta que le habían quitado a un niño necesitado, y cosas así.

Tormento se puso en pie y salió de la habitación con parsimonia. No precisamente sin querer, su pesado macuto cargado de botas golpeó la espalda de Oliver al pasar.

—No nos hagas llegar tarde, corderito —le dijo con desdén antes de salir.

Oliver volvió a mirar su ropa. Él no tenía abrigos ni botas guays, a menos que contara las pocas cosas que, como la maleta, le habían comprado sus padres. Hasta los vampiros de su edad sin demonio habían comenzado su propia colección. A Oliver era algo que en realidad nunca le había interesado. Sin embargo, él había empezado una colección muy distinta que repasó ahora mientras revolvía en su cajón. Le echó un vistazo a la caja de marfil en la que guardaba un grupo cada vez mayor de objetos que pertenecían a Emalie y la empujó hasta el fondo. Aquella no era una

colección que quisiera que viese ningún otro vampiro. Y hablando de Emalie, el motivo por el que observaba su ropa ahora mismo podía ser que le preocupaba qué camisa y qué pantalón llevaría cuando la viese...

Otro ejemplo más, pensó Oliver con desánimo, de que soy un fracaso. Hablando de lo cual, ¿por qué preocuparse en absoluto por lo que iba a meter en la maleta? *Probablemente sea un viaje solo de ida... No, no puede ser eso lo que quisieron decir.*

Oliver había repasado mentalmente una y otra vez la conversación que había oído la otra noche, pero la verdad era que, por mucho que él intentara convencerse de lo contrario, ¿de qué otra cosa podían estar hablando? ¿Acaso su conversación no significaba que lo consideraban un fracaso para la profecía y que ahora iba a ser... qué? ¿Asesinado por su padre con un estilete o algo así?

Él no es tu verdadero padre. Oliver sacudió la cabeza de un modo lastimoso mientras su mente regresaba al pasado invierno, a Braiden Lang en lo alto de la Space Needle diciéndole a Oliver que sus padres humanos estaban vivos en realidad, que no habían sido asesinados a manos de Polemonia y Sebastian la noche en que engendraron a Oliver. Aquello había detenido los pasos de Oliver y recordó el sentimiento que había experimentado entonces: sentía emoción.

Pero desde aquel día, Emalie había investigado en los periódicos en busca de cualquier pista que contradijese el artículo que ella misma había encontrado y que afirmaba con total claridad que los padres humanos de Oliver, Howard y Lindsey Bailey, habían sido asesinados aquella noche de hacía sesenta y dos años. Lo único extraño que Emalie había averiguado era algo que en realidad no podía encontrar: no existía constancia de dónde habían sido enterrados los Bailey. Oliver, Emalie y Dean habían visitado varios cementerios sin hallarlos. Pero aún quedaban montones de cementerios por visitar en la ciudad.

De todos modos, puede que ya no vuelvas a tener la oportunidad de buscarlos. Oliver apartó aquellos pensamientos de su cabeza. Tenía que aferrarse al hilo de esperanza de que Polemonia, Sebastian y Tyrus estuvieran hablando de alguna otra cosa. En realidad ellos nunca lo asesinarían, ¿no? Incluso entre los vampiros, la idea de asesinar a un niño era casi impensable, por muy decepcionante que este fuera... Pero lo cierto era que la mayor parte de los niños no defraudaban una profecía que implicaba salvar a todo el mundo vampírico. Como en todo lo demás, probablemente las normas fuesen distintas al tratarse de Oliver.

En el pasillo sonó el tañido grave de un timbre.

—¡Oliver! —Oyó los tacones de Polemonia que empezaban a bajar la escalera.

—¡Ya voy! —gruñó Oliver. Cogió la ropa que tenía más cerca sin preocuparse de cuál era, la metió en la maleta y salió corriendo de la cripta para llegar a la puerta de las alcantarillas justo antes que Polemonia.

La abrió y se encontró a Dean con una maleta a su lado. Se sorprendió de ver a Tammy Aunders tras él, con aspecto nervioso. Parecía haberse tomado su tiempo

arreglándose, con maquillaje y joyas y, aun así, parecía agobiada.

—Qué hay, Oliver.

—Qué hay, Dean. Hola, señora Aunders. Eh...

—Mi madre, eh —dijo Dean nervioso—, quería darle las gracias a...

—Hola, Dean —saludó Polemonia con frialdad, detrás de Oliver. Este vio cómo Tammy abría los ojos como platos y los labios le temblaban ligeramente. Oliver se volvió para observar a Polemonia, cuya mirada desprendía la misma frialdad que su voz mientras se colocaba en su perfecto y níveo lóbulo un pendiente de plata en forma de lagartija con ojos de rubí.

—Ho-hola —balbuceó Tammy. Oliver podía oír literalmente el latido de su corazón—. Soy Tammy Aunders.

Polemonia se limitó a mirarla.

—Yo... Solo quería darle las gracias por llevarse a mi hijo con ustedes de vacaciones. Mi marido y yo creemos que será una buena experiencia para él, teniendo en cuenta...

—¿Su hijo? —la interrumpió Polemonia. Entonces sonrió, aunque sin calidez alguna en sus labios burdeos—. Supongo que se da cuenta de que esto es un zombi. Ya no es su...

—¡Mamá! —le gritó Oliver, avergonzado por su tono—. Esta es la madre de Dean y es importante para él.

Polemonia miró a Oliver sin comprender. Sin embargo, tenía que obedecer los deseos de Oliver en lo referente a cómo tratar a Dean. Los amos marcaban las normas para sus criados, así que si Oliver decía que Tammy era importante, Polemonia tenía que respetarlo.

—Muy bien, ¡es un placer conocerla! —Polemonia le dedicó una amplia sonrisa que revelaba sus puntiagudos colmillos—. Estamos encantados de llevarnos a Dean con nosotros. —Volvió a dedicar la mayor parte de su atención al pendiente.

Tammy parecía mareada, pero se las arregló para revolver el enmarañado cabello de Dean con su mano temblorosa.

—Que tengas buen viaje, Dean.

—Gracias, mamá. Hasta luego. —Dean entró y cerró la puerta. Luego se volvió hacia Oliver—. ¿Te llevo la maleta arriba, amo?

A Oliver casi se le escapa una sonrisa, pero le siguió el juego:

—Ah, sí, claro. Hazlo, por favor.

Siguió a Dean escaleras arriba, pasaron por la cocina y llegaron a la casa abandonada que ocultaba su hogar subterráneo. Dean dejó la maleta de Oliver con las demás bolsas cerca de la puerta.

—Estoy muy contento de que vengas con nosotros —dijo Oliver—. Mi familia me va a volver loco, y no en el buen sentido.

—No han mejorado las cosas con ellos —apuntó Dean.

—Peor —respondió Oliver—. Ven, te lo contaré en el tejado. —Oliver cruzó la

decrépita estancia y pasó junto a la bañera repleta de agua pútrida. Atravesó un gran agujero que había en la pared; parecía como si una enorme criatura hubiese roído el muro y dejado a la vista las vigas podridas y astilladas. Al otro lado había un sofá empapado, una alfombra mohosa y una chimenea de piedra derrumbada.

Oliver se metió en la chimenea y se puso de pie en el angosto espacio. Colocó las manos en las paredes para guiarse, sintió las fuerzas y empezó a trepar por la chimenea. Acababa de aprender a levitar, a final de curso, pero solo podía hacerlo en espacios muy cerrados como aquel, en el que poder controlar las fuerzas en un área restringida. La levitación real en espacios abiertos le llevaría un tiempo.

Se elevó hasta el exterior y salió despedido por la chimenea hasta aterrizar sobre el ruinoso tejado. Se sentó entre las tejas sueltas. Dean se encaramó al tejado instantes después. Eran casi las diez y el sol acababa de ponerse tras las montañas Olímpicas. Una pincelada rosa teñía las cumbres nevadas y los bordes de las escasas nubes. Abajo, un vibrante verde emanaba del vecindario a medida que las sombras se extendían y las luces de los porches se iban encendiendo. Oliver vio el aleteo del primer murciélago entre las ramas de un cedro situado detrás de la casa, que se zambulló en el enjambre de insectos que rodeaban una brillante farola para darse un festín.

—Escucha —comenzó a decir Oliver en cuanto Dean se sentó a su lado. Le contó la conversación que había oído entre sus padres y Tyrus.

—¡Uy, eso no es bueno! —dijo Dean—. ¿Entonces me estás diciendo... que crees que como has tenido problemas para dormir y en la escuela, y ahora andas con Emalie, tus padres y el Consorcio creen que no puedes cumplir la profecía?

—Así es como sonaba. Como que lo he fastidiado, o los he defraudado... O lo que sea.

Oliver esperaba que Dean le dijera que aquello sonaba ridículo, pero, en lugar de eso, asintió.

—Supongo que es posible. Entonces, ¿qué hacemos?

Oliver alzó las manos al aire.

—¡No lo sé! ¿Qué podemos hacer? Irnos de vacaciones, esperar sin hacer nada a que mi padre me persiga con ese estilete...

—Bueno, a lo mejor deberíamos escaparnos, o algo así. Podríamos desaparecer...

—¿E ir adónde? —Oliver sacudió la cabeza—. Esa idea la había barajado por un momento, pero no tenía sentido. ¿Qué iban a hacer una vez que escapasen?

—Esto puede parecer una locura —prosiguió Dean mientras se arrancaba una verdosa piel suelta del brazo—, pero ¿en algún momento te has planteado preguntarles qué está ocurriendo?

Oliver se limitó a encogerse de hombros. La sola idea lo ponía enfermo.

—¿Por qué? Si realmente ese fuera su plan, no iban a contármelo, ¿no crees?

—Supongo que no.

—Y tenemos que ayudar a Emalie a encontrar a esa tal Selene.

—Eso será difícil si te convierten en polvo.

—Sí, bueno... —Oliver no sabía qué más decir—. Es todo lo que tenemos por el momento.

Se volvieron al oír un chirrido de neumáticos y vieron que un taxi entraba en el Camino del Crepúsculo. Se detuvo ante la casa y el demacrado conductor, Miles Frisht, se bajó del coche ajustándose su torcido sombrero de *cowboy* para abrir el maletero. Abajo, se abrió la puerta y aparecieron Sebastian y Tormento cargando con las maletas de toda la familia. Instantes después, Polemonia salía corriendo de la casa con una mochila repleta de cosas y ataviada con un vestido negro de satén que hacía juego con el traje y el abrigo negros de Sebastian. Los vampiros siempre se vestían muy bien para viajar. Oliver, e incluso Tormento, tenían que llevar pantalones con raya y sus abrigos largos negros.

Sebastian metió los bultos en el maletero y consultó su reloj de bolsillo.

—¡Vosotros dos, vamos! —gritó mirando al tejado.

Oliver y Dean bajaron al jardín de un salto y se apretujaron en el asiento de atrás con Polemonia y Tormento, que volvió la cara cuando Dean se sentó a su lado.

—¡Jo, tío! ¡Lava a tu chucho, cordero!

—Cállate —le respondió Oliver, enfurruñado.

—Chicos —siseó Polemonia quien, por fin, dirigía parte de su frustración hacia Tormento—. Tenéis que comportaros mejor en público.

Minutos más tarde, arrastraban su equipaje mientras descendían por unas escaleras mecánicas que no funcionaban en dirección al mugriento y abandonado túnel de la estación de autobuses del centro de la ciudad. En las sombras se alzaban cuatro puertas de ascensor doradas. Otros vampiros merodeaban por la fría y húmeda estación mientras aguardaban, muchos de ellos vestidos para ir a trabajar y portando carteras y maletines.

Los Nocturne se amontonaron en un ascensor repleto. En cuanto se hubieron cerrado las puertas, descendió prácticamente en caída libre y aminoró en el último segundo. Entonces se abrieron las puertas; estaban en la estación central del tren charion, en el piso más bajo del centro subterráneo.

La estación bullía a aquella hora de la noche. Vampiros impecablemente vestidos corrían con aires de grandeza en dirección a las múltiples entradas de los andenes. Frente a las antiguas taquillas de venta de billetes se habían formado largas colas. Una enorme pantalla en lo alto de la pared indicaba las llegadas y salidas en un brillante color naranja. Cada minuto las letras y números se apagaban como si de llamas se tratase y se volvían a iluminar con la información actualizada.

Oliver observó el gigantesco mapa de rutas del techo y sintió una oleada de entusiasmo. Líneas de brillante luz de magma conectaban grabados dorados que representaban las estaciones de todo el mundo. Le encantaba la posibilidad que le ofrecía el mapa, todos los lugares a los que podía ir. Trazó mentalmente todas las rutas: de Seattle a Playa del Fuego, una ciudad del Inframundo situada bajo Los

Ángeles; a Naraka, la segunda ciudad más grande del Inframundo, bajo Hong Kong; a Reikiavik, que era un destino vacacional muy popular en otoño e invierno, y muchas más.

—Oliver —lo llamó Dean. Oliver vio que su familia y Dean se dirigían al enorme café que dominaba un ala completa de la estación. La gigantesca pantalla de información del local le habría resultado familiar a cualquier humano, no así las bebidas que se ofrecían en el menú: en todos los casos, la leche había sido reemplazada por distintos tipos de sangre (con la notable excepción de la época vacacional, en la que los vampiros se volvían locos por el ponche de huevo). Oliver alcanzó a Dean junto a una estantería de máquinas de café y de expreso especialmente diseñadas para infundir sangre en el brebaje durante su preparación. Al lado había un expositor de granos de café tostado Eterna Oscuridad, que se combinaban con cayena.

Poco después, los Nocturne se dirigían ya a su andén portando vasos de unos treinta centímetros de alto: el de Polemonia contenía un café con leche triple bajo en calorías con mezcla de ave rapaz; el de Tormento, un granizado séxtuplo de arpía; los de Oliver y Dean, un cuádruplo moca rojo; y el de Sebastian, más alto y mucho más estrecho, contenía un expreso diablo quíntuplo.

Se internaron en el túnel abovedado que conducía a uno de los andenes del charion en medio del estruendo de los trenes que salían y llegaban, que hacía retumbar el suelo y las paredes. El andén estaba repleto de viajeros. Los niños trepaban por las paredes entre grandes pantallas de vídeo tan finas como una simple tela que pendían del techo y emitían publicidad.

Enseguida una vibración sorda y muy grave recorrió las piernas de Oliver y el resto de su cuerpo hasta llegar a los dientes, y los oídos le empezaron a doler mientras la presión caía bruscamente. Sintió una ráfaga de aire caliente y todo el mundo se volvió, expectante, hacia el tubo de plástico transparente que se había situado junto al andén.

Un charion cilíndrico había entrado disparado en la estación. En el momento en el que se detuvo, el cilindro se llenó de humo negro. Cuando el ruido de los motores del tren disminuyó hasta convertirse en un zumbido, los paneles del tubo se abrieron y unos ventiladores gigantes que había en el techo se pusieron en funcionamiento para absorber la humareda. El tren reapareció con los laterales totalmente carbonizados. De él caían grandes rescoldos y fragmentos de roca fundida que dejaban marcas en la envoltura gris de la superficie del convoy. Esta envoltura parecía ceniza, pero en realidad era escarcha que se había formado a causa del sobreenfriamiento del exterior.

Las puertas del charion se abrieron con un silbido y los pasajeros salieron de su interior, escasamente iluminado.

—Oliver, por aquí —ordenó Polemonia moviéndose hacia la puerta más cercana como si Oliver corriese el riesgo de perder el tren cuando lo tenía a tan solo medio metro.

—Estoy aquí al lado —gruñó Oliver. Polemonia siempre se ponía así cuando viajaban. No se relajaba hasta llegar a su destino, mientras que a Oliver el viaje le parecía la parte más relajante, sobre todo en esta ocasión.

Los Nocturne se subieron al tren y el resonante ruido del andén fue sustituido por una calma enmoquetada, con la suave música de cuerda de *Melancholia* surcando el aire. Recorrieron el pasillo, repleto de asientos de cuero dispuestos de dos en dos a ambos lados. Polemonia y Sebastian se sentaron en dos de ellos, y Dean y Oliver a continuación. Tormento se repanchingó en los dos asientos que había tras ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Dean. Delante, en el respaldo de los asientos, había una serie de válvulas metálicas de las que surgían unos tubos rojos que llegaban hasta el techo.

—Es la cena —respondió Oliver—. El menú está en la revista.

El tren se llenó rápidamente de familias desesperadas por huir del sol. Oliver sonrió cuando una mujer mayor le pidió a Tormento que le dejara ocupar uno de sus asientos y él, enfurruñado, tuvo que dejarlo libre.

—Atención, por favor —recitó una profunda voz femenina por el sistema de megafonía—, la línea de tránsito B con destino Nueva York y conexiones con Morosia y Naraka va a realizar su salida. Bienvenidos a bordo.

Las puertas se cerraron y un sonido como de succión hizo que a Oliver se le volviesen a taponar los oídos.

—¡Ay! —se quejó Dean, tapándose los oídos con un gesto de dolor.

—El tren acaba de presurizarse —le explicó Oliver. Hubo un suave murmullo de anticipación entre los pasajeros, el volumen de *Melancholia* se incrementó ligeramente y entonces, sin previo aviso, el charion arrancó. Hizo un ruido sordo, luego vibró por la derecha y por la izquierda y, de repente, iba como la seda—. Eso son los imanes, que acaban de hacer efecto —prosiguió.

En el tren no había ventanas, pero unos paneles de plasma se encendieron en las paredes. En ellos apareció un mapa en el que se mostraba la curva de la Tierra vista en una sección transversal. Seattle estaba señalado con un punto en uno de los extremos. Había otro en medio de Nueva York, en la parte más alta de la curva, y otro más en el extremo derecho que señalaba Morosia. La línea del charion estaba dibujada en amarillo y parecía describir una «u» muy poco curvada entre Seattle y Nueva York, y otra entre Nueva York y Morosia. En la parte más baja de cada una de las úes la línea se volvía roja.

—¿Ves donde la línea cambia de color? —le indicó Oliver a Dean—. Ahí es donde el tren atraviesa el manto de la Tierra. Cuando eso ocurre es genial.

Tardaron cinco horas en llegar a Nueva York. Oliver y Dean jugaron a los videojuegos durante un rato en la pantalla que colgaba del asiento de delante. El personal pasaba con copas y platos de chocolate para todos, y cenaron de las válvulas de sangre.

—Probablemente no traigan sesos, ni paté de intestino ni nada de eso... —musitó

Dean, mirando su copa hambriento.

—Lo siento —respondió Oliver.

Después de cenar, se atenuaron las luces del charion y todo el mundo se fue quedando dormido. Oliver buscó bajo su asiento en su equipaje de mano y sacó su manta, igual que estaban haciendo la mayor parte de los pasajeros. Aquella manta tenía dos capas de malla satinada extrafina. El espacio que las separaba estaba relleno de mantillo de ataúd. Cada uno tenía su propio mantillo de dormir en su manta, ya que los vampiros tenían preferencias muy distintas respecto de ciertas cosas, como la humedad del suelo y el peso. Algunos incluso le añadían bichos o gusanos (el modo en que reptaban podía producir un efecto de masaje), pero no era el caso de Oliver.

Un rato más tarde, Oliver sintió que le daban un codazo.

—Eh... —Era Dean—. ¿Qué ocurre?

Oliver vio que Dean miraba a su alrededor maravillado y entonces cayó en la cuenta de que las paredes del charion habían cambiado de dos formas distintas: se estaban tiñendo de un tenue rojo y a la vez se volvían ligeramente transparentes.

—Estamos atravesando el manto terrestre —le explicó Oliver.

En el exterior se podía distinguir una vaga impresión de magma que se arremolinaba y formaba sombras naranjas y rojas. Entonces atravesaron una zona blanca y cálida, y el tren vibró considerablemente. Las paredes se volvieron aún más transparentes, por lo que parecía que un montón de asientos solos viajaban a toda velocidad. Pasaban volando rocas y minerales que acababan siendo tragados de nuevo por el calor y el magma.

—Empieza a hacer calor aquí —dijo Dean con preocupación—. Lo lógico sería que no quisierais que las paredes se volviesen más finas cuando estamos atravesando los lugares más cálidos. —Miró a su alrededor con nerviosismo, pero la mayoría de los pasajeros dormían profundamente.

—No te preocupes —lo tranquilizó Oliver—, estamos a salvo. Cuando sube demasiado la temperatura, el charion utiliza imanes transdimensionales y es como si pasáramos a un mundo paralelo por un momento. De otro modo el tren no podría quedar intacto bajo estas condiciones.

Dean no parecía convencido del todo. El charion vibró de nuevo.

—Estos trenes hacen esto todos los días —dijo Oliver—. Antes de que se pudiera viajar por las profundidades de la Tierra, se tardaba muchísimo en llegar a todas partes.

—¿Los vampiros no habéis oído hablar de los aviones? —comentó Dean.

—No valen nada —respondió Oliver—. Para empezar, las líneas aéreas humanas son horriblemente impredecibles y huelen fatal. Existió una línea aérea vampírica llamada Air Crepúsculo, pero en realidad nunca llegaron a averiguar cómo luchar contra la radiación solar a tales altitudes. Los vampiros contraían una especie de febrícula de combustión y, de vez en cuando, un piloto ardía en llamas y aquello era un desastre.

Media hora más tarde, las paredes del tren comenzaron a solidificarse, y el calor y el brillo rojo se desvanecieron. Oliver y Dean jugaron otro rato a los videojuegos y durmieron a intervalos hasta que el tren llegó bajo la ciudad de Nueva York.

La estación de trenes charion de Nueva York era grande, tenebrosa y moderna. Tuvieron que atravesar un mar de viajeros que parecía no acabar nunca y apenas llegaron a tiempo para tomar el tren a Morosia. Aquel charion era mayor, tenía dos pisos y claraboyas en el techo. Mientras salía de la estación, Dean miró hacia lo alto a través de ellas, pero no vio nada excepto oscuridad.

Oliver percibió su actitud escéptica.

—Tú espera —dijo.

Unos minutos más tarde, Oliver le propinó un codazo a Dean y señaló hacia arriba. Estaban emergiendo del suelo... al fondo del océano. El negro se convirtió en un azul intenso con débiles e inocuos rayos de sol que se colaban a través del agua desde muy arriba. El tren empezó a inclinarse hacia abajo hasta casi alcanzar una posición vertical y su velocidad aumentó. A través de las ventanillas, el verde azulado se fue oscureciendo hasta llegar a las negras profundidades.

—¡Ay! —gruñó Dean, tapándose de nuevo los oídos.

Oliver también lo notó.

—Estamos cayendo a través de la plataforma continental —le explicó. Llevaba esperando aquello todo el viaje. El charion cayó como una montaña rusa por el abrupto borde del mundo mientras la luz del sol se volvía cada vez más tenue. Por momentos se distinguían sombras de peces que luego se perdían en la impenetrable negrura. Cuando la oscuridad fue completa, a ambos lados del tren se encendieron unas brillantes luces de magma que lanzaban rayos a la oscuridad y permitían vislumbrar diminutos peces, montones de escombros y atisbos ocasionales de algún gigante de las profundidades.

Oliver observaba sereno, consciente de que Dean se aferraba a los laterales de su asiento.

—Ya casi ha terminado. —Instantes después, el charion comenzó a estabilizarse y se colocó en una zanja del suelo oceánico. Las luces se orientaron hacia arriba y Oliver reclinó su asiento para esperar a que apareciera el estómago de un calamar gigante, de un cachalote o incluso algo aún más extraño.

—¡Tío! ¿Qué ha sido eso? —exclamó Dean, irguiéndose de repente en su asiento.

Oliver también lo había visto. Algo que iba y venía por el fondo marino, que pasaba con su correoso estómago sobre la zanja en la que se encontraban y se extendía en la oscuridad.

—Probablemente estemos atravesando una zona fronteriza —dijo Oliver—. Puede haber sido cualquier cosa.

Enseguida, la borrosa oscuridad del océano había puesto a dormir de nuevo a todo el pasaje.

A medio camino a través del Atlántico, se oyó un agradable «din» que despertó a

Oliver. Bostezó mientras pensaba que, a pesar de todo, probablemente había conseguido dormir más durante aquel trayecto que en el último fin de semana. Con la emoción del viaje, la conversación entre sus padres y Tyrus se le antojaba casi irreal.

—¿Ya hemos llegado? —musitó Dean.

—No —Oliver se volvió hacia la ventanilla—, pero mira eso.

El tren había salido de la zanja y el agua que lo rodeaba tenía un brillo rojo que procedía de arriba. En todas direcciones se veían edificios triangulares, con base redonda y que acababan en punta. Arrojabán rayos de luz naranja desde lo alto, así como nubes de ceniza que se perdían en la oscuridad. El charion se detuvo entre dos de las torres.

—Todos los pasajeros con destino Refinería Atlántico Uno, diríjense a las cámaras de compresión y prepárense para desembarcar.

—Son refinerías de luz de magma —dijo Oliver—. Se construyeron aquí, donde se separan las dos placas oceánicas, porque el magma es más fácil de extraer. Y se necesita agua fría y presión para refinarlo.

Oliver miró el agua del exterior, sobrecalentada en las inmediaciones de aquellas refinerías y empañada por agrupamientos de bacterias, y se preguntó cómo sería trabajar allí. Tranquilo, supongo.

El charion llegó a la estación de Morosia varias horas después. Entumecidos y adormilados, salieron del tren con el resto de pasajeros y atravesaron la estación en dirección a un pequeño túnel que terminaba en una caverna de techos altos.

—¡Vaya! —se le escapó a Dean.

Ante ellos se extendía un enorme río de aguas negras. Las antorchas de las paredes no se reflejaban en él. De hecho, en realidad el río no parecía formado por agua. Aunque sí había algo que fluía: una concentración líquida de energía, de fuerza que parecía mecerse.

—Es el Aqueronte —dijo Oliver—. El río de las penas...

—O sea, que eso es como... ¿tristeza líquida? —preguntó Dean.

—Técnicamente es fuerza que sale de este mundo, pero alguna de esa energía es vida, y la pérdida de vida causa un sentimiento de tristeza en los humanos. El río transfiere energía entre mundos.

Mientras la multitud que se había apeado del charion permanecía a la orilla del río negro, se oyó el grave sonido de un cuerno. A modo de respuesta, una pequeña luz ámbar se encendió al otro lado del río. La luz se movía en la oscuridad y crecía poco a poco. Enseguida pudieron distinguir su procedencia: un farol pendía de la barandilla de una embarcación cuadrada. Era un transbordador, desierto excepto por una única figura que se valía de una simple pértiga para hacerlo avanzar por el agua.

A Dean casi se le escapa una carcajada.

—¿Construís trenes que atraviesan el manto terrestre y esto es lo mejor que podéis hacer para cruzar este río?

—¡Tsssss! —siseó Oliver, al notar cómo se clavaban en ellos unas cuantas

miradas de enfado—. Esas son cosas del Nuevo Mundo. Al otro lado de este río está el Viejo Mundo. Allí hay que hacer las cosas de una forma determinada.

—¿No podríais construir un puente y ya está?

Oliver estuvo a punto de sonreír, pero siguió hablando en voz baja:

—Este transbordador lleva aquí hasta donde alcanza la memoria de los vampiros. Siempre ha habido que pagar al barquero para que te lleve al verdadero Inframundo. Los vampiros se toman este tipo de cosas muy en serio.

El transbordador alcanzó la orilla del río. La barquera, una mujer mayor, alta y esquelética ataviada con un vestido negro, apoyó la pértiga y dio un paso adelante. Uno por uno, los vampiros se acercaron a ella. Ella abrió su enorme boca y el primer pasajero inclinó la cabeza y le colocó una moneda de una mina en la lengua. Ella la tragó y abrió la boca de nuevo para el siguiente desembolso. Cuando llegó el turno de los Nocturne, Sebastian les entregó una moneda a cada uno.

Oliver no alcanzaba a ver los ojos de la mujer bajo su capucha. Acercó la mano a su boca con cautela y, entre sus viejos dientes marrones, dejó la moneda tratando de no establecer ningún contacto, pero su dedo le rozó ligeramente la lengua, que ardía. Oliver apenas había retirado la mano cuando los dientes de ella se cerraron de golpe y se tragó la moneda.

Dean, que estaba tras él, se acercó a la mujer. Mientras le metía la moneda en la boca, murmuró:

—Fuerzas del caos, guíad mi mano...

Colocó la moneda dentro y retiró rápidamente la mano.

Oliver lo miró extrañado:

—¿De qué estás hablando?

—¿Eh? —dijo Dean—. No, nada. Solo estoy nervioso.

Los vampiros permanecieron en silencio mientras el transbordador cruzaba lentamente el río negro. Los únicos sonidos que se oían eran los chapoteos regulares de la pértiga de la barquera y el leve gorgoteo del agua. Oliver se preguntaba dónde nacía el Aqueronte y dónde desembocaba. Nunca antes se había planteado aquello, ni había oído hablar a nadie sobre eso. Igual que el transbordador, el río, sencillamente, estaba allí.

Oliver se preguntó por qué había pensado en aquello. Tal vez se debía a su breve visita a los Bajíos, el pasado febrero, cuando Jenette lo había ocultado de la Hermandad. (Los Bajíos eran zonas fronterizas entre los mundos, donde vivían los espíritus como espectros). O puede que se debiese al tiempo que habían pasado en el Yomi, el mercado subterráneo construido en el límite entre muchos mundos.

Después de haber estado en aquella clase de lugares, Oliver se daba cuenta de cómo las cosas guardaban conexión entre sí, cómo las realidades parecían fluir unas a través de las otras y cómo, a pesar de que un vampiro podía sentir estas cosas de un modo mucho más preciso que un humano, seguían teniendo un propósito mayor que él no alcanzaba a ver.

El transbordador alcanzó la orilla opuesta. Todo el mundo desembarcó y atravesó un enorme arco excavado en la pared de la caverna. Gigantescas columnas corintias se alzaban a cada lado de un pasillo que describía una ligera cuesta descendente. Los vampiros siempre preferían lo cálido, y allí abajo no solo hacía calor, sino también un bochorno casi tropical.

—¿Dónde está la luz de magma? —preguntó Dean, bizqueando en la parpadeante penumbra.

—En el Viejo Mundo no la usan. Es demasiado moderna.

El túnel terminaba en un amplio bancal, en lo alto de una gran escalera. Debajo, en una caverna de inmensas magnitudes, se erguía la antigua ciudad inframundana de Morosia.

Viejo frente a Nuevo

Era un mundo de luz y piedra rojizas. La mirada de Oliver se dirigió directamente al Flegetonte, el río de magma que discurría a través del centro de la ciudad atravesado por puentes negros de hierro. A cada uno de los lados del canal se elevaban enormes edificios de piedra: templos, capiteles y torres, todos ellos intrincadamente iluminados por antorchas y, en el centro exacto, el mayor de todos; una colosal pirámide maya con un caldero negro de fuego ardiendo en la cúspide. Parecía como si alguien hubiese escogido edificios significativos de las grandes civilizaciones de la historia humana. Y, en cierto modo, así era, ya que Morosia existía desde los tiempos más remotos.

—Se parece un poco a Las Vegas —comentó Dean.

Calles adoquinadas se alejaban de las gigantescas estructuras a lo largo del río y se internaban en un complejo laberinto de edificios bajos. Las paredes de la caverna estaban cubiertas por edificios de apartamentos, al estilo de los antiguos pueblos mejicanos excavados en la roca, que se elevaban hasta alturas de vértigo en la turbia y humeante oscuridad.

—¿Podemos ir al centro antes de nada? —preguntó Tormento, con un tono que realmente denotaba la emoción que sentía en aquel momento.

—Nos esperan para cenar —respondió Polemonia. Más o menos desde que habían pasado Nueva York, llevaba los labios permanentemente fruncidos y su aroma denotaba tensión. Se encaminó con rapidez hacia las espaciosas y empinadas escaleras de la izquierda—. Nuestro tren ha llegado con un poco de retraso, así que ¡daos prisa!

Serpentearon por las angostas calles, pasaron ante tiendas y mercados al aire libre. Había un barullo y un hedor que Oliver encontró agobiante, aunque tal vez algo enigmático. Incluso él mismo tenía que admitir que el Inframundo poseía un relajante aire de sencillez y oscuridad.

Al alcanzar las paredes del pueblo, los Nocturne guardaron cola para subir a uno de los ascensores manuales que ascendían por la fachada impulsados por cuerdas y poleas. Lo manejaban dos zombis vestidos con un atuendo gris indescriptible.

—Yo no voy a tener que ponerme eso, ¿verdad? —preguntó Dean, observando abatido a los zombis.

—Solo si yo te obligo —respondió Oliver.

—¡Ja, ja!

Subieron treinta pisos en aquel artilugio chirriante y se apearon en una estrecha

pasarela de roca. Caminaron hasta un angosto callejón y Polemonia se detuvo ante la puerta de un apartamento. Oliver vio que tomaba aire profundamente antes de llamar. Se oyó un apagado intercambio de voces en el interior y la puerta se abrió con un crujido. Una oleada de especias invadió las fosas nasales de Oliver: canela, clavo...

—¡Bueno, han llegado por fin! —siseó una débil voz. Entonces apareció Myrandah, la madre de Polemonia. Acababa de pasar de los cuatrocientos y seguía manteniéndose bastante erguida a pesar de su edad. Conservaba casi toda la piel y tenía los dientes más blancos que nunca y los labios pintados de negro. Cuando surgió del oscuro apartamento, las infinitas capas de bisutería de abalorios y cristal tintinearón en sus muñecas y alrededor de su cuello. Llevaba un vestido largo y negro que llegaba hasta el suelo, con un cuello alto y bordado que se confundía con la multitud de pendientes tallados que le colgaban de las orejas. Tenía el pelo platino como el de Polemonia, aunque retirado hacia atrás y recogido en densos rizos en lo alto de la cabeza.

La combinación del vestido y el pelo resultaba tan similar a Polemonia que Oliver se dio cuenta de que su madre se apresuraba a mesarse su propio cabello. Se preguntó si intentaba peinarse, si estaba preocupada porque su tocado no estaba tan elaborado como el de su madre, o si se estaba asegurando de que no era igual al de ella. Oliver supuso que se trataba un poco de las tres cosas.

—Hola, mamá —dijo Polemonia, y se inclinó hacia la mejilla que su madre le ofrecía.

—Hola, mi querida Polemonia. ¿Y dónde está mi preciosa prole infernal? —preguntó con cariño, pasando rápidamente junto a Polemonia y estrechando a Tormento y Oliver en un solo abrazo.

Se echó hacia atrás y les sonrió con calidez a ambos.

—Mira qué monada de jovencito... —Sus ojos se pusieron rosas de emoción por un instante. Entonces apartó la vista de Oliver y descubrió a Dean. Con una sonrisa de complicidad, dijo—: Aah, sí... Oliver trae a su mascota con él. ¿Cómo lo llamas?

—Es Dean —respondió Oliver, incómodo.

Myrandah acarició el hombro de Dean.

—¿Obedece a su amo? —preguntó.

—Sí... —tartamudeó Oliver—. Pero también es mi amigo.

—¡Ja! ¡Claro que lo es! El mejor amigo de un vampiro. —Myrandah se volvió hacia Tormento—. Y ah, sí, qué magnífico y letal se está volviendo este... —Sus ojos brillaron al acariciar el brazo de Tormento, pero Oliver percibió que le dedicaba una fugaz mirada a Sebastian que no parecía tan agradable—. Apuesto a que le entusiasma la idea de una verdadera caza de sangre con sus primos, por una vez.

—Sin duda —respondió Tormento con emoción.

—Madre —gruñó Polemonia—, Charles no necesita pasarse todo el tiempo...

—¡Chisst! —la interrumpió Myrandah—. ¿Qué si no se supone que van a hacer los jóvenes como Tormento? —le refutó, asegurándose de utilizar el nombre escogido

por Tormento. Oliver podía imaginarse lo complacido que se había sentido su hermano por aquel detalle. Myrandah se volvió, aún sonriendo, e inmediatamente extendió la mano y agarró uno de los pendientes de Polemonia: las pequeñas cabezas de lagartija con ojos de rubí—. Vaya, cómo le gustan a Polemonia las modernidades —comentó.

Oliver vio que los labios de su madre se tensaban mientras luchaba por guardarse la respuesta.

Y, como para rematar su actuación con estilo, Myrandah le dedicó una mirada fortuita a Sebastian por encima del hombro de Polemonia y sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—¡Oh...! Y trae a su marido con ella, ¿somos o no somos afortunados? —Entonces se volvió y se dirigió adentro—. ¡Entrad! —ordenó.

Polemonia y Sebastian la siguieron en silencio.

—La abuela es formidable —dijo Tormento, sonriente.

El abarrotado apartamento estaba iluminado con largas hileras de velas que recorrían las paredes. Un corto pasillo los condujo a la estancia principal, donde una amplia mesa de comedor ocupaba prácticamente todo el espacio. No había cocina, tan solo un horno de ladrillo en la pared opuesta, y ningún electrodoméstico como frigoríficos o estufas. Cascos, armas y otros horripilantes trofeos de víctimas humanas, o de guerras y revoluciones que los vampiros habían contribuido a provocar, adornaban las paredes.

—Por fin han llegado, ¿no? —siseó una voz áspera. Era el padre de Polemonia, Dominus, que levantaba la vista, encorvado, desde el lugar que ocupaba en la mesa.

—Papá, el tren llegó algo tarde —respondió Polemonia un poco enfurruñada.

Otras tres sillas estaban ya ocupadas por el hermano de Polemonia, Ember, y los primos de Oliver y Tormento: Misère y Gustav. Su madre, Sylvana, había sido asesinada diez años atrás. Ember era mayor que Polemonia, el cabello le escaseaba y tenía el rostro curtido. Vestía un arrugado abrigo azul y una chaqueta de oficial de las guerras napoleónicas que se encontraba notablemente raída en comparación con cualquiera de las prendas que vestían Polemonia y Sebastian.

Cuando todo el mundo se hubo sentado, alguien llamó a la puerta. Myrandah corrió a abrir. Un joven aguardaba fuera con una esbelta botella de cristal negra con la base en forma de pera en una mano y una pequeña jarra de hierro en la otra. Ambas estaban cerradas con un corcho. Myrandah le entregó varias minas por las botellas y las llevó a la mesa. Colocó la pequeña jarra delante de Oliver.

—La abuela se acuerda de cuánto te gusta la sangre de tigre —susurró.

—Gracias —respondió Oliver.

—Y esta —prosiguió— para los demás, directa de la mazmorra local. —Levantó la botella—. La extracción mediante tortura vale unas cuantas minas más, ¡pero merece la pena!

—La mejor que hay —asintió Dominus.

Todos tenían una copa delante. Mientras pasaban la botella de sangre humana, Myrandah le tendió a Oliver una fuente con un plato llamado «vasallaje». Era un esponjoso pastel blanco con un fino enrejado de líneas rojas que lo cubría como si de una telaraña se tratase. Por el plato, escurría un apetecible flujo de sangre especiada.

—Está buenísimo, abuela —comentó Oliver después del primer bocado.

—Lameculos —le espetó Tormento, y Misère y Gustav asintieron. Misère era una chica de baja estatura con la cara redonda y la boca curvada hacia abajo en un constante mohín. Su cabello negro tenía brillos dorados y lo llevaba recogido y sujeto en torno a dos palillos de marfil. Se había echado polvos blancos en el rostro y pintado los labios de un brillante tono dorado que hacía juego con su pelo. Llevaba un vestido oriental de seda rojo bordado con hilo dorado y que se abrochaba con una hilera de botones que recorrían su costado derecho. Gustav tenía unas largas patillas castañas y vestía un traje negro de raya diplomática con chorreras en el cuello, y corbata.

Sentado allí, junto a ellos, Tormento debería parecer el peligroso, despreocupadamente repanchingado con su descuidado cabello y una camiseta negra de la banda Corazones Petrificados, con una imagen de unas costillas abiertas con un corazón de piedra en el interior. Y sin embargo, por algún motivo parecía manso comparado con sus primos. Ellos estaban perfectamente sentados, con el rostro inexpresivo, y había algo sosegado y letal en ellos: una sensación de que sabían muchas cosas que los demás no.

—Sí, el sabor del azúcar quemado —explicó Myrandah, como hacía en cada visita—, envejecido en profundas cuevas como solo se puede hacer en el Inframundo. Debe de ser un festín para Oliver.

—Sí, eso hemos oído —dijo Polemonia, tensa.

Todos se dedicaron a sus copas. Los abuelos preguntaron por la escuela de Oliver. Los primos bromearon con Tormento sobre los insignificantes asesinatos que este había cometido.

—Vosotros llevadme ahí fuera —dijo Tormento impaciente— y compensaré toda la prudencia que he tenido hasta ahora.

—*Neelesthth* —asintió Dominus en skrit.

—Entonces, Sebastian... —dijo el tío Ember. Oliver levantó la cabeza, consciente de que aquella era la primera vez que alguien se dirigía a Sebastian—. ¿Por qué no nos hablas sobre tu importantísimo trabajo en... —hizo una pausa y su voz se volvió ligeramente agria, como si sus siguientes palabras fueran desagradables— el Consorcio?

Se hizo el silencio en la mesa.

Sebastian le dedicó una breve mirada a Ember, bebió de su copa y respondió:

—Las cosas van bien. Hemos tenido unos años buenos...

Myrandah hizo un gesto desdeñoso.

Oliver vio que su padre se detenía y miraba a su alrededor, observando con

serenidad la fulminante mirada de Ember y el gesto desaprobador de los demás. A Oliver le sorprendía que las cosas se estuvieran poniendo así de tensas con tal rapidez. Era casi como si la familia hubiese estado aguardando para abalanzarse sobre Sebastian. Oliver sabía que los vampiros del Viejo Mundo desaprobaban todas las modernidades del Nuevo mundo, las ciencias médicas y la filosofía a la que se aferraban los vampiros del Nuevo Mundo. Incluso la idea de poder alimentarse de los humanos sin matarlos resultaba ofensiva en el Viejo Mundo. Pero su reacción parecía más intensa que durante la última visita, a pesar de que no había pasado mucho tiempo desde entonces.

—Ya sé —continuó Sebastian con un tono casi defensivo que Oliver no recordaba haberle oído nunca— que el Consorcio no tiene muy buena reputación por estos lares, pero el trabajo que hacemos es importante.

Oliver intentó tomar un bocado de pastel en silencio, pero su tenedor hizo ruido contra el plato. Dominus sorbió su sangre.

—No todo el mundo comparte esa opinión. —Los ojos de Ember empezaban a ponerse de color verde jade.

Sebastian asintió con tranquilidad. Polemonia estiró la mano y le acarició el hombro mientras él proseguía:

—Mira, Ember, soy perfectamente consciente de que algunos de vosotros...

—Vale, ese es el problema aquí, ¿verdad? —le espetó Ember, buscando apoyo visual entre el resto de los comensales—. Se refiere a nosotros como «vosotros». Todos somos vampiros, Sebastian, pero los del Nuevo Mundo parece que os creéis superiores.

—Tranquilo, Ember... —replicó Polemonia.

—No, está bien —dijo Sebastian con parsimonia, a pesar de que sus ojos también resplandecían—. Es obvio que tu hermano siente que es necesario decir esto delante de todo el mundo, y antes de que hayamos podido instalarnos siquiera. Deja que acabe de decir lo que piensa.

—Escuchad ese tono altivo y condescendiente —se mofó Ember—. Los vampiros hemos vivido durante siglos de una determinada manera. Luego venís vosotros con vuestras teorías y abominaciones...

Oliver notó la mirada de Myrandah clavada en él.

—Será mejor que tengas cuidado, cuñado —le advirtió Sebastian.

—¡Sois vosotros los que deberíais tener más cuidado!, ¿no crees? —Ember casi gritaba—. Cuestionáis cosas que no deberían ser cuestionadas. —Ember miró a Oliver—. Las profecías deben ser cumplidas a su debido tiempo. No es correcto «crear» una respuesta.

Dominus siseó en señal de aprobación. Estaba claro lo que Ember quería decir: Oliver había sido creado para cumplir la profecía. ¿Era él la «abominación» a la que se refería su tío? Eso parecía...

Ember prosiguió:

—¿Y cómo sabéis siquiera que estáis interpretando correctamente la profecía? ¡Nuestros eruditos no encuentran ni una simple respuesta en su significado! Y aun así, el Consorcio sigue adelante a lo tonto, ignorando los peligros...

—¡Ya es suficiente! —Polemonia golpeó la mesa con su copa—. Siempre estáis igual. ¿Cómo podéis negar el anhelo del verdadero vampirismo? ¿Cómo podéis no querer la libertad de este mundo, de esta prisión?

—¿Prisión? —rugió Myrandah de repente con los ojos ardientes y la voz reducida a un siniestro siseo—. Sois unos necios si buscáis la libertad de este mundo. ¡La Tierra es el paraíso de la muerte! ¡Un obsequio de carne y caos! ¿Acaso podría el retorcido mundo humano resultar más perfecto para los vampiros?

—¿Perfecto? —le rebatió Polemonia—. ¿Llamas paraíso a estar atrapada en un cuerpo humano, a tener que alimentarte de criaturas mortales inferiores mientras vives con el miedo a ser reducida a polvo? ¿Por qué no eres capaz de ver que el vampirismo que llevamos dentro anhela la verdadera libertad? ¡Regresar a las dimensiones superiores que se nos prohibieron, vivir como energía espiritual, inmortales, sin temores! ¿Cómo puedes no sentir eso chillando en tu interior?

—¡Bah! —respondió Myrandah con brusquedad agitando la mano en dirección a Polemonia y Sebastian—. Qué lengua tenéis los jóvenes. Hablar del vampirismo como si hablaseis de un sucio humano. Decir que anhela y que chilla... ¡No es más que un antojo! Y la Tierra provee. —Se levantó de su silla y salió airada de la habitación.

—Mira las garras de la abuela —dijo Misère con una ligerísima sonrisa que la hacía parecer plenamente satisfecha. Junto a ella, Tormento no sonreía.

Oliver estaba helado.

—Este es un buen momento para que me marche —dijo Sebastian lacónicamente—. Dale las gracias a tu esposa por la cena —le dijo a Dominus antes de levantarse de la mesa y salir por la puerta.

Polemonia se volvió con ferocidad hacia su hermano.

—¿Contento?

—¿Tú lo estás, Polemonia? —contraatacó Ember.

La cena transcurrió en silencio, aunque en la cabeza de Oliver no era silencio precisamente lo que había. Sus parientes creían que era una abominación... Que era un nuevo ser inferior. Y no solo creían que el Consorcio se equivocaba al tratar de cumplir la profecía creando a Oliver, sino que además también parecían creer que el Consorcio podía estar interpretándola incorrectamente. *Un día de estos tengo que enterarme por mí mismo de esa profecía*, pensó Oliver.

Se preguntó si esta nueva e insistente ansia de sus parientes se debía a que Oliver se estaba haciendo mayor (si es que tener un sueño demoníaco era un indicio) y a que el tiempo para cumplir la profecía empezaba a apremiar. *Así que tal vez se alegren de saber que tus padres te van a sacrificar y a empezar de nuevo*. Sus padres parecían absolutamente desafiantes durante la discusión. Creían en la profecía, en la apertura

de la puerta. Parecía evidente que harían cualquier cosa por cumplirla... *Como no dejar que su fracaso de hijo se interponga en su camino*, pensó Oliver abatido.

En cualquier caso, la cena dejó a Oliver hundido. No solo era un fracaso para la profecía en el Nuevo Mundo, sino que aparentemente también era un fracaso, ante todo, por ser el niño de la profecía. ¿Había más formas de fracasar?, se preguntó derrotado.

Séptima luna

—¡Estos son los pendientes menos modernos que tengo! —Oliver oyó gritar a Polemonia al pasar por delante de su habitación la noche siguiente, temprano. Oyó que Sebastian, que no había regresado a casa hasta un rato después de que Oliver se hubiese ido a la cama, gruñía en señal de aprobación.

Oliver compartía la otra habitación de invitados con Tormento, que ya se había marchado a pasar la noche con sus primos. Se dirigían a la superficie a asaltar un pueblo humano con otros adolescentes y lo más probable era que regresaran con sus víctimas para encerrarlas en las mazmorras, que eran calabozos especiales de tortura.

Dean estaba en la habitación frotándose un bálsamo de sal en el rostro para mantener a raya el moho. Estaba sentado en el borde del ataúd de invitados, que era un simple hoyo de mantillo que Oliver y Tormento tenían que compartir. Dean estaba encorvado sobre un pequeño espejo de mano que sostenía entre las rodillas, ya que en las casas de los vampiros no había espejos.

—¿Qué tal ha ido allí arriba? —preguntó Oliver. Como zombi que era, Dean tenía que dormir en el tejado del pueblo.

—Pues tío, la verdad es que ha sido bastante guay —le respondió Dean alegremente—. Hay como otros cincuenta zombis allí arriba. Tenían una hoguera encendida con un gran asado de un montón de cabezas de animales diferentes. No es que sea muy divertido hablar con ellos, pero los sesos eran buenos y, después de comer, todos durmieron como... Bueno, como muertos.

—Suenan bastante divertido —dijo Oliver, acariciando la idea de dormir bien de verdad.

La puerta se abrió y Polemonia asomó la cabeza.

—Oliver, tu abuela quiere llevarte a Tártaro ahora, así que vamos.

Tras descubrir que con la prisa de hacer la maleta no había metido ningún otro par de calcetines, Oliver y Dean se encontraron con Myrandah en la cocina. Polemonia estaba intentando ayudarla a ponerse el abrigo.

—Anda que... —murmuraba Myrandah.

—Madre, si me dejas sujetar la otra manga...

—Cómo intenta ayudar Polemonia ahora —protestó Myrandah—, cuando Myrandah tiene que arreglárselas sola durante los cinco años que pasan entre visita y visita.

Polemonia se mordió el labio y dejó caer la manga.

—Muy bien.

Oliver miró a su alrededor.

—¿Dónde está papá?

—Tenía asuntos que atender —murmuró Polemonia, con envidia.

—¡Rápido! —apuró Myrandah desde la puerta—. El destino paga mejor antes de medianoche.

—¿De qué está hablando? —preguntó Dean.

—Ya lo verás —respondió Oliver.

Bajo los pueblos, recorrieron las angostas calles adoquinadas. Muchas de las tiendas estaban vacías, con las entradas tapiadas. Había pocos vampiros por la calle tan temprano, y ninguno iba tan bien vestido como los que Oliver solía ver en Seattle.

—Mira a tu alrededor, Oliver —refunfuñó Myrandah—. Una ciudad que fue grande en su día ha perdido su esplendor. Hay que... ¡Este era el modelo de las antiguas civilizaciones! Desde Morosia y Naraka, los vampiros gobernábamos toda sombra existente en la Tierra. ¡Viviendo en el esplendor, empezando guerras, causando el caos y alimentándonos de carne a nuestro antojo! —Mientras Myrandah caminaba, su chepa botaba al ritmo de sus pasos, como si fuera un lagarto gigante—. ¿Y ahora qué? ¡Se van a la superficie, escogen una existencia igual a la de las alimañas, a la de los humanos! Rehúyen la luz del sol para perseguir su retorcido modo de vida «moderno».

—Ya has dejado claro cómo te sientes —murmuró Polemonia con desgana, como si supiera que no serviría de nada—. ¿Tengo que recordarte que nuestro modo de vida «moderno» es el motivo de que tú tengas verdaderos nietos?

—Y son especiales —dijo Myrandah con súbita ternura—. Es agradable tener a estos pequeños para cuidarlos y criarlos. Los adolescentes son tan independientes desde el principio... Nos enorgullece mucho cuando salen por ahí a cazar, y aun así echamos infinitamente de menos cuidar de ellos. —Se detuvo y alborotó el cabello de Oliver tal y como Polemonia hacía... o solía hacer. No lo había hecho en meses. Myrandah continuó—: Pero luego, verlos con tan poca frecuencia..., ¿por qué motivo, si se puede saber?

Polemonia sacudió la cabeza en un gesto de agotamiento.

—¿Para qué molestarme siquiera en tratar de explicártelo?

—Porque Polemonia sabe que las serpientes que salen de su boca son insensateces —le espetó Myrandah—. Mira a Oliver; ha crecido más de tres centímetros desde la última vez que lo vi, y con el peso del mundo sobre sus hombros...

—Muy bien, ya es suficiente —la interrumpió Polemonia.

—¿Y qué hay de Tormento? Mi querido Tormento, que aún soporta ecos de todo aquel dolor, sin la influencia de sus mayores para servirle de apoyo...

—¿Qué dolor? —se apresuró a preguntar Oliver.

—¡Madre, he dicho que ya basta! —Los ojos de Polemonia se pusieron de color turquesa—. Creo que ya has expuesto tu punto de vista y algo más.

Myrandah miró a Polemonia con los ojos entrecerrados, y luego miró a Oliver.

—¿Eso he hecho? —preguntó. Se volvió y prosiguió su camino. Polemonia la siguió.

—¡Caray! —murmuró Dean, que iba junto a Oliver—. Qué bien nos lo estamos pasando, ¿eh?

Oliver asintió. Estaba claro que, una vez más, Myrandah había dicho cosas que se referían a Oliver. Se le ocurrió que tal vez Myrandah fuese uno de los miembros de su familia dispuestos a explicarle algunas cuestiones, si es que era capaz de encontrar un buen momento...

Llegaron a un puente de hierro negro. Al otro lado se alzaba la gigantesca pirámide maya con su caldero en llamas en la cúspide, como si el propio edificio fuese un volcán en erupción. Aquello era Tártaro. El edificio monolítico brillaba en medio de aquel calor sobre el río de magma.

—Este lugar es, eh... grande —comentó Dean.

—Es el centro neurálgico del Inframundo —apuntó Oliver.

Ráfagas de aire caliente los azotaban mientras coronaban el puente. Allí había mareas de vampiros, y Oliver observó que muchos visitantes del Nuevo Mundo, elegantemente ataviados y de andares erguidos, eran guiados por sus encorvados parientes del Viejo Mundo. Bajo el puente, el magma del río Flegetonte fluía por el canal con un brillo anaranjado. Pedazos de corteza negra flotaban en la superficie hasta agrietarse y cambiar de forma. Pasaron junto a un niño que se puso de espaldas al canal y lanzó una mina por encima de su hombro. Al entrar en contacto con el magma, se derritió formando una llama y emitiendo un silbido.

—Da buena suerte —le explicó Oliver a Dean—. Es como cuando un humano arroja una moneda a una fuente, solo que mejor, porque ese deseo simplemente se queda en el fondo del agua hasta que se lo lleva alguien que esté limpiando o algo así.

Atravesaron unas puertas metálicas increíblemente altas y entraron en Tártaro. Myrandah y Polemonia se dirigían directas al caos que se presentaba ante ellas, pero Dean tiró de Oliver para que se detuviera.

—¡Eh! —gritó Dean por encima del ensordecedor ruido—. Creí que habías dicho que este era el centro neurálgico del Inframundo.

—Y así es.

—Entonces ¿por qué parece un casino gigante?

—Porque lo es —respondió Oliver. Ante ellos se extendía una sala interminable de máquinas tragaperras y mesas de juego, todo ello rodeado por restaurantes, escenarios con espectáculos y jaulas de lucha. En el piso de arriba, más salas de juego se elevaban hasta el techo, que era abierto. Miles de vampiros frecuentaban el lugar, gritando y seseándose unos a otros por encima del casi constante repique de campanas, de la música de las máquinas y del tintineo de las monedas. Una espesa nube de humo de tabaco se cernía sobre la estancia.

—Allí —dijo Oliver, señalando hacia donde Myrandah se encorvaba delante de

una máquina. Se encaminaron hacia allí y se la encontraron con la vista clavada en un juego de póquer como si estuviera en trance. Aquella máquina, como todas las de Tártaro, funcionaba con engranajes y poleas. La pantalla no era más que un cristal tras el cual se mostraban las cartas, dispuestas sobre unas ruedas.

Con una mano, Myrandah golpeaba una serie de palancas a medida que escogía guardar naipes o descartarlos. Si tiraba de una palanca hacía que una de las ruedas de cartas girase. Con la otra mano, sacaba minas de su monedero de cuero negro y las depositaba en una ranura.

—¡Me voy al bar! —gritó Polemonia en medio de aquel jaleo.

—Mamá, ¿Dean y yo podemos irnos por ahí? —preguntó Oliver.

—Primero pasa algo de tiempo con tu abuela —respondió Polemonia mientras se despedía con un gesto con la mano, antes de salir apresuradamente hacia la seguridad que le ofrecían el bar y una copa de cristal.

Oliver frunció el ceño.

—¿Cómo va la cosa, abuela? —preguntó.

—¡Sangre de tres reinas! —chilló ella cuando aparecieron tres reinas iguales—. La fortuna me sonrío. —Permanecía con la mirada fija en el juego: con una mano movía las palancas; con la otra, metía monedas.

Oliver aguardó otro minuto mientras se preguntaba si aquel sería un buen momento para preguntarle a Myrandah sobre sus muchos comentarios velados.

—¡Maldita seas, jota traidora! —le gritó a una jota de picas que había aparecido en la pantalla para arruinar su escalera de corazones.

A lo mejor no lo era. Oliver se volvió hacia Dean.

—Salgamos de aquí.

—Por mí genial —respondió Dean. Se volvió... y chocó de frente con un vampiro encorvado y viejo que pasaba cojeando. Una pesada bolsa negra llena de minas se le escurrió de entre las manos y fue a parar al suelo. Las monedas se dispersaron por todas partes...

—¡Tsss! —pareció sisear a coro todo el local. Todos y cada uno de los vampiros se quedaron inmóviles en el sitio. Todos los ojos se fijaron en el montón de monedas brillantes que se habían esparcido por la alfombra roja. Un débil sonido susurrante salió de todas las bocas.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Dean.

Oliver también estaba allí clavado, mirando fijamente al suelo. Lo único que fue capaz de responder fue:

—Ochenta y una, ochenta y dos... Tenemos que contar —alcanzó a decir—... Ochenta y nueve, noventa, noventa y uno... —No tenía elección: su cerebro estaba totalmente consumido y era incapaz de luchar contra él. Los vampiros poseían la desafortunada obsesión de contarlo todo. Era algo que el cerebro de Oliver hacía todo el tiempo sin que él pensara en ello siquiera, y en parte suponía la razón por la que Polemonia tenía la cocina tan bien organizada. Ante una serie de objetos

desordenados, sobre todo si estaban esparcidos como aquellas monedas, un vampiro tenía que contarlos. Había sido una de sus debilidades a lo largo de la historia. Al menos aquello no era un puñado de arroz o de semillas de amapola. Oliver, de hecho, era un contador bastante rápido para los estándares vampíricos, lo cual significaba que era rápido hasta el punto de no resultar creíble para un humano.

—Tío, estás de broma —dijo Dean.

—Nop... Ciento sesenta y tres... cuatro... cinco... seis... siete...

Instantes después, los vampiros de alrededor comenzaron a suspirar aliviados, a romper sus inmóviles posturas y siguieron su camino tras haber contado con éxito las monedas.

—Trescientas cuarenta y ocho —anunció Oliver con un alivio similar mientras enderezaba los hombros.

Enseguida todos los vampiros habían terminado, y cuando el anciano cuyas monedas se habían caído al suelo vio que el último vampiro asentía con la cabeza y se marchaba, se agachó a recogerlas.

—¿Entonces es algo que les pasa a todos los vampiros? —preguntó Dean mientras él y Oliver caminaban entre la multitud.

—Sí —respondió Oliver—. Estamos todo el tiempo haciéndolo.

Dean echó un vistazo a su alrededor.

—Entonces ¿qué cuentas, por ejemplo?

Oliver se encogió de hombros.

—Pregúntame.

—¿Cuántas máquinas tragaperras hay en esa fila de ahí?

—Ochenta y seis —respondió Oliver de inmediato. Ni siquiera se había dado cuenta de que las había contado hasta que pensó en ello, y entonces la información ya estaba allí, contabilizada y clasificada—. Cuarenta y tres máquinas de póquer, dieciocho de cinco centavos, nueve...

—Vale, ya lo pillo. Me levantas dolor de cabeza con solo hablar de ello.

Atravesaron la inmensa estancia y pasaron junto a una gran jaula de hierro que pendía del techo y en cuyas paredes se alineaban numerosas armas. Junto a la puerta había dos cascos metálicos, con agujeros para la cara, y gruesas protecciones para el cuello, que evitaban que este sufriese daños para luego poder alimentarse de él.

—¿Para los humanos? —preguntó Dean.

—Sí —respondió Oliver.

Entonces pasaron junto a una amplia sala de estar con grandes sofás de cuero frente a una pared repleta de televisores. Aquellas teles eran la única tecnología moderna que había en Tártaro y emitían secuencias de las noticias sobre guerras, elecciones, hambrunas, inundaciones, sequías, brotes infecciosos y, curiosamente, críquet inglés. A la derecha de los aparatos había un tablón electrónico que reflejaba las distintas apuestas: porras sobre guerras que estaban a punto de estallar o concluir, un cara o cruz sobre las personas desplazadas por una inundación, y la puntuación del

partido de críquet que estaban emitiendo.

Llegaron a una zona, en el centro del edificio, que estaba llena de mesas de juego.

—¿Cuántas m...? —quiso preguntar Dean.

—Cincuenta y cuatro —le interrumpió Oliver—. Veinte de póquer, veintidós de *blackjack*...

—Tío... —Dean sacudió la cabeza—. ¿Cómo puedes tener tiempo para pensar?

—Sencillamente, así es como estamos diseñados —dijo Oliver—. Por eso nos gusta tanto el juego. Aquí; vamos a jugar un momento.

Oliver le había echado un vistazo a una mesa de ruleta junto a la que estaban pasando. En realidad no tenían tiempo para jugar, pero Oliver no se pudo resistir. Se sentó en un taburete al final de la larga mesa de fieltro verde con los bordes de madera.

—¿No deberíamos ir a buscar a Emalie? —preguntó Dean.

—Sí, pero... —Oliver podía sentir cómo su cerebro se relajaba a medida que observaba los números. Se estaba calmando. Lo que podía parecer azar en un juego como la ruleta, a menudo tenía una trascendencia mística que un humano nunca sería capaz de vislumbrar. Ellos pensaban que únicamente era una cuestión de dinero. Y efectivamente era una cuestión de dinero, pero también de conexiones y del destino, como una versión en miniatura del modo en que trabajaban los mundos y las fuerzas.

Al otro lado de la mesa había una doble ruleta con un círculo de números negros y rojos que giraba sobre el otro. La ruleta humana solamente tenía treinta y seis números, pero aquel fieltro verde estaba cubierto con sesenta y cuatro números en una cuadrícula de cuatro casillas por dieciséis. El ocho era un número importante para los vampiros. Representaba tanto la buena fortuna como el sacrificio, lo que lo convertía en un número clave en muchos de los juegos de apuestas de Tártaro. Todos los vampiros que rodeaban la mesa alargaron sus manos para dejar cuidadosamente sus fichas sobre los números o sobre las líneas y esquinas que los separaban.

Las fichas también eran diferentes a las que utilizaban los humanos...

—¿Eso son dientes? —preguntó Dean.

—Sí.

—¿Humanos?

—Qué va —respondió Oliver—. Son de cabra. Los dientes humanos solamente se usan en las mesas profesionales de verdad. —Extrajo un montoncito de monedas de una mina de su bolsillo y las colocó sobre el fieltro.

El crupier que gobernaba la mesa, un vampiro alto y de mirada severa vestido con un esmoquin blanco, se dio cuenta de que Oliver depositaba su dinero y, empleando un bastón blanco y corto rematado en una garra de halcón, retiró las minas. A continuación utilizó el bastón de garra para devolverle a Oliver una anilla de latón con una pequeña cantidad de dientes colgando, cada uno de los cuales tenía un agujero que lo atravesaba.

Oliver extrajo tres dientes de la anilla y los deslizó sobre la mesa.

—La apuesta mínima son cinco —dijo el crupier con su profunda y vibrante voz. Oliver frunció el ceño y añadió otras dos. Tan solo tenía diez.

—Esto será rápido —le murmuró a Dean. Contempló el mar de números, las manos enjovadas moviéndose sobre el tapete y colocando fichas aquí y allá... Y entonces se topó con un rostro que lo escrutaba. Una joven vampira, aproximadamente de su edad, con unos pálidos ojos color lavanda y que estaba situada junto a la ruleta. Parte de su rostro estaba oculto bajo la capucha de una capa de terciopelo azul. Su cabello liso, color magenta, asomaba a la altura de su cuello. A Oliver lo asaltó un sorprendente pensamiento: *hermosa*. Apartó la mirada tan deprisa como pudo.

—No va más —anunció el crupier.

Todos los vampiros comenzaron a emitir chasquidos con los labios mientras miraban fijamente la mesa.

—Setenta y una —dijo Oliver aliviado un instante después. El resto de los vampiros también se sintieron aliviados de que les apuntaran aquella cantidad.

La mano del crupier se agitó y lanzó una pequeña bola de color blanco en la rueda superior. Primero giró y luego empezó a botar de número en número. Todo el mundo observaba, petrificado. La bola no paraba de danzar, hasta que fue a caer en un hueco de la rueda inferior, para decepción de unos y deleite de otros. Con un último bote, se situó sobre un número.

—Veintiocho —dijo el crupier. Muchos vampiros sisearon enfadados.

Dean le propinó una palmada en el hombro.

—¡Tío! —Oliver había ganado con la fecha de su cumpleaños. El crupier colocó sesenta y tres dientes en una anilla que, acto seguido, le tendió a Oliver con ayuda de su bastón blanco.

—¡Vaya! —murmuró Oliver. Estaba sorprendido, emocionado y, sin embargo, distraído. Al parecer un intenso aroma a lilas inundaba el aire y eclipsaba el acre olor del humo del tabaco... Y había algo embriagador en aquel aroma...

—Eres bueno con los números. —Oliver se quedó paralizado. Era la voz de una chica; de la chica. Se había inclinado justo a su lado, con los codos sobre la mesa y mirando directamente a los números—. Es emocionante, ¿verdad?

Oliver luchó por que las palabras salieran afuera en forma de sonidos...

—Yo creo que sí —dijo la chica, respondiendo a su propia pregunta.

—Sí —afirmó Dean mientras Oliver seguía como congelado en el sitio—. Mira todo ese montón de dientes.

La chica se volvió y le dirigió una mirada fría e indiferente a Dean.

—No me refiero a eso. —Se volvió hacia Oliver—. Lythia —se limitó a decir.

Oliver sintió como si sus ojos lavanda lo hubieran atravesado. Por fin bajó la vista y vio que la mano de ella se extendía hacia él.

—Eh... ¿T-tú?

—Sí, ese es mi nombre.

—Él también tiene un nombre —dijo Dean, clavándole el codo a Oliver en la espalda.

—Cierto, soy Oliver. Este es Dean.

Lythia se volvió hacia la mesa.

—¿Vas a jugar otra vez?

Sus ojos se iluminaron con la idea.

¿De qué estaba hablando? *El juego.*

—¡Ah!, sí —dijo Oliver, percatándose de que todos los de la mesa volvían a colocar sus fichas. Cogió cinco dientes, luego otros diez para parecer atrevido, y comenzó a esparcirlos por la mesa.

—¿Puedo escoger un número? —preguntó Lythia. De nuevo, sus ojos lavanda se clavaron en Oliver y él se volvió a sentir curiosamente partido en dos.

—Claro —acertó a responder. Lythia cogió su anilla y sacó un diente. Lo sostuvo cerca de su rostro, mirándolo con gesto burlón.

—¿Qué te parece, pequeño siervo del destino? —Entonces ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando con atención la respuesta del diente.

Oliver notó que Dean se acercaba a su oreja por el otro lado:

—Eh...

—¿De verdad? —replicó Lythia al diente—. Bueno, tú lo sabes mejor que yo, ¿no es cierto? —Se estiró sobre la mesa y colocó el diente sobre el siete. Al hacerlo, rozó con su hombro el de Oliver. El aroma a lilas arreció.

Sintió algo parecido a la náusea, si es que sentir náuseas puede ser algo bueno. ¿Por qué ejercía aquel efecto sobre él? Entonces Oliver reconoció la «presencia» que poseía aquella chica. Tal vez Lythia pareciese más o menos de su edad, pero tenía demonio.

—No va más —masculló el crupier, antes de hacer girar la bola sobre la rueda superior.

Lythia la contemplaba con fervor mientras musitaba para sí:

—Fuerzas del caos, guíad mi mano.

La bola repiqueteaba contra los números que giraban. Se mantuvo en la rueda superior hasta caer en el...

—Siete —anunció el crupier.

Oliver se volvió hacia Lythia, que le dedicó una sonrisa cómplice.

—Ahora esto es casi perfecto, ¿no crees?

—Yo... Sí, lo creo —dijo Oliver—. Has ganado.

Lythia puso los ojos en blanco.

—Bueno, sí, está eso, pero he ganado con el siete. Ya sabes, por la séptima luna.

Oliver no sabía de qué estaba hablando, o tal vez sí. ¿Si simplemente su cerebro se pusiera en funcionamiento!

—¿La séptima luna? —preguntó.

—Pues claro. —Lythia se acercó a él y le propinó una juguetona palmada en el

hombro—. Algunos piensan que es una costumbre anticuada del Viejo Mundo. Yo creo que la salida de la séptima luna tiene poder de verdad. Y es la noche más larga para el sacrificio místico.

A Oliver lo invadió una oleada de preocupación. *¿Sacrificio?* Pocas cosas habían ocurrido aquellos días que pareciesen una coincidencia. Después de lo que les había oído decir a sus padres y a Tyrus...

—Entonces ¿cuándo es la séptima luna? —preguntó.

—Mañana por la noche —respondió Lythia bajando la voz, asombrada—. Y nunca se sabe qué significará. Estoy segura de que has oído el rumor de que algo grande va a ocurrir este año. —Mientras hablaba, tomó con parsimonia los dientes que acababan de colocar frente a Oliver y los deslizó sobre el fieltro como si fueran suyos—. Al fin y al cabo, por todos es sabido que, durante la séptima luna, son imbuidos con la profecía más oráculos que durante todas las demás lunas combinadas. Como Selene.

Oliver reaccionó.

—¿Has dicho Selene?

—Sí. —Lythia se estiró para colocar los dientes y volvió a rozarse contra él.

Oliver se esforzó en mantener el equilibrio (y la serenidad) y por comprender lo que estaba oyendo. ¿Quieres decir que Selene es un oráculo?

—No va más —anunció el crupier antes de poner la bola a girar.

Lythia le dedicó una desdeñosa sonrisa.

—Oliver... ¿«Un» oráculo? Eso es un poco insultante, ¿no te parece? Después de todo, ella es el oráculo que anunció la profecía de la puerta de Nexia. Es algo así como la profetisa más popular del Nuevo Mundo. Conoces la profecía, ¿verdad? Hasta los niños la conocen. La del chico que abrirá...

—Claro —intervino Dean al ver que Oliver volvía a quedarse atascado—, la de un chico que podría abrir la puerta de Nexia y liberar a los vampiros de la Tierra.

—¿Lo ves? —dijo Lythia con una sonrisa coqueta—. Hasta tu criado lo sabe.

—Yo... La olvidé por un segundo —tartamudeó Oliver. La sonrisa de Lythia se hizo más amplia y, con ella, la punzada de preocupación de Oliver. Ella lo miraba casi como si supiera que la profecía trataba sobre él.

—Siete —informó el crupier con voz lastimera.

Oliver se volvió hacia la mesa y observó cómo retiraban todos los dientes que había apostado a otros números, y les acercaban otra anilla con los dientes que Lythia había ganado y que ella recogió.

—No te importa, ¿verdad?

—Eh... —balbuceó Oliver.

—No le importa —dijo Dean.

Lythia se enderezó y suspiró, satisfecha, agitando el montón de dientes con el dedo.

—Séptima luna —dijo en tono agradable—. He tenido suerte de conocerte,

¿Oliver...?

—Nocturne —añadió Oliver como un buen alumno—. ¿Y tú eres Lythia...?

—Así es. —Siguió mirando a Oliver—. Gracias por la ayuda —dijo, devolviéndole un único diente para reemplazar el que le había cogido prestado y quedándose con las otras dos anillas—. ¿A lo mejor vuelvo a verte por ahí? —preguntó.

—Yo...

—Tú me verás —respondió Lythia por él. Se alejó de la mesa y al momento se la tragó la multitud. Oliver miró sus fichas, aliviado e inquieto a la vez.

Dean le dio unas palmaditas en el hombro.

—Venga, tigre, vamos a buscar a Emalie.

En busca de Selene

—Has estado lamentable —le reprendió Dean mientras subían por la enorme escalera que salía de Morosia.

—No es verdad...

—Lamentable. Ha sido comiquísimo.

Oliver puso los ojos en blanco.

—Qué más da. ¿A quién le importa? Tenemos que encontrar a esta tal Selene. — Las ideas de Oliver se agolpaban en su cabeza. Selene era el oráculo que había predicho su destino. *Por eso Désirée la mencionó.* Oliver recordaba haberle preguntado a Désirée si sabía algo acerca de la puerta de Nexia. «Las preguntas sobre tu destino debes dirigirselas a un oráculo», había sido su respuesta. Tal vez Selene podría explicarle qué significaba realmente la profecía para él. Porque al parecer, sobre todo después de la cena de la noche anterior, había muchas cosas en aquel asunto que él desconocía.

Regresaron al río y se subieron al transbordador sin necesidad de entregar moneda alguna para realizar el viaje. Ya en la estación de tren, recorrieron otro pasillo abovedado junto con otros vampiros. Aquel corredor terminaba en una gran escalera que se elevaba en espiral hasta donde alcanzaba la vista.

Subieron y subieron, sintiendo cómo el aire se calentaba poco a poco. Cada cierto tiempo se encontraban pasillos que se perdían en la oscuridad, y la escalera se estrechaba. Por fin los escalones acababan ante una pared con una puerta de piedra. Oliver la abrió y entraron en un angosto vestíbulo. De las paredes colgaban titilantes velas entre nichos abiertos que albergaban montones de huesos.

—¡Anda, catacumbas! —dijo Dean—. Genial.

Se oía el golpeteo provocado por el vaivén de ratas que ellos no alcanzaban a ver, y olía a huesos viejos y tierra húmeda. Oliver se puso en marcha, siguiendo la hilera de velas a través del laberinto de estrechos túneles. De vez en cuando una pequeña serie de escalones los elevaban unos metros más cerca de la superficie. Pronto empezaron a ver suelos embaldosados con piedras planas y los huecos de las paredes sustituidos por lápidas de mármol pulido en las que figuraban antiguos símbolos y nombres en latín. Oliver describió un último giro, ascendió por una empinada escalera y llegó a una habitación cerrada flanqueada por criptas. Empujaron una puerta de hierro que chirrió y ambos salieron a la cálida noche estival.

Estaban en un antiguo cementerio lleno de mausoleos, lápidas y sepulcros. Una suave pendiente descendía hacia una pequeña iglesia de piedra a través de cuyas

vidrieras titilaba una cálida luz. Tras ella había una estrecha carretera que transcurría entre tierras de cultivo. En la distancia brillaba una ciudad.

—Aquello es Fortuna —dijo Oliver. Buscó en su bolsillo y extrajo la diminuta tele de juguete—. Muy bien... —Giró el dial amarillo hacia delante cuatro veces, luego dos hacia atrás, y dijo—: Emalie.

Nada cambió en el televisor, ni siquiera emitió una luz ni nada parecido.

—¿Ha funcionado? —preguntó Dean.

Oliver se encogió de hombros.

—A lo mejor Emalie aún tiene problemas con esto.

¿Disculpa?

—¿Quién...? —Oliver miró a su alrededor con los ojos desorbitados.

—¿Qué? —preguntó Dean.

—¿Has oído...?

Estoy aquí. Era Emalie. En tu cabeza, bobo.

—¡Ah! —dijo Oliver en voz alta—. Hola. —Se volvió hacia Dean y se golpeó la sien con un dedo—. Está aquí dentro.

Dean frunció el ceño.

—¿Y cómo es que yo no puedo oírla? —protestó.

Dile que lo siento. El conjuro solo funciona con el que lo activa. Me invita a entrar.

—Dice que es porque yo soy especial —dijo Oliver.

Dean parecía escandalizado.

—¿Es una broma?

Oliver sintió que la vergüenza lo invadía y sacudió la cabeza con desdén.

—Vale, ¿y ahora qué, Emalie?

—Oye, Emalie —prosiguió Dean—, si puedes oírme, creo que tu conjuro le ha provocado algo a Oliver en la cabeza. Acaba de intentar ser gracioso.

—¡Chsss! —hizo Oliver.

¿De qué está hablando?, preguntó Emalie.

Umm, titubeó Oliver, desesperado por cambiar de tema, ¿dónde estás?

No muy lejos de vosotros. Seguid la carretera que conduce a la ciudad.

Oliver y Dean serpentearon entre las tumbas hasta la carretera y a continuación se encaminaron hacia el resplandor que brillaba en la lejanía. A sus espaldas, en el horizonte, la luna baja aún mostraba tintes ámbar. La carretera estaba tranquila; tan solo pasaba un coche de vez en cuando golpeando sus neumáticas contra el viejo adoquinado. Caminaban junto a un viejo muro de piedra que les llegaba por la cintura y que estaba cubierto de arbustos y enredaderas. A ambos lados de la carretera se extendían prados en pendiente en los que, aquí y allá, se erguían ruinas solitarias: una torre, un arco, los restos desmoronados de un edificio, todo ello reliquias romanas. Un grupo de árboles albergaba una villa aislada cuyas ventanas resplandecían.

Mientras caminaban, Oliver empezó a notar un extraño parpadeo por el rabillo del

ojo. Al principio creyó que eran imaginaciones suyas, pero entonces se detuvo, se asomó entre la maraña de vegetación del muro y descubrió pequeños destellos de luz pálida de un amarillo verdoso. Cada luz se movía un momento y acto seguido se extinguía para aparecer un instante más tarde.

—¿Qué? —preguntó Dean.

—Esas luces —susurró Oliver—. Parecen algún tipo de energía o de hechizo...

—Tío —rio Dean—, esta noche estás sembrado. No son más que luciérnagas.

—¿Qué es eso?

—¿En serio? ¿Nunca antes habías visto luciérnagas? Son insectos que brillan. Utilizan la luz para atraer a sus parejas. En realidad, supongo que en Seattle no se ven.

—Ni bajo tierra tampoco —añadió Oliver.

—Cierto.

Siguieron andando y Oliver se fue acostumbrando poco a poco a las luces parpadeantes de los insectos. Descubrió más entre los verdes campos y en las sombras de los árboles que los rodeaban.

Los prados empezaron a dar paso a pequeños grupos de casas. Las afueras de la ciudad comenzaron a hacerse visibles. Había edificios con algunas luces encendidas; el brillo azul y el murmullo de un televisor tras la ventana aquí y allá; y el rumor y el tintineo de gente que comía y bebía fuera.

Por aquí, dijo Emalie instantes después.

Un pequeño camino se desviaba de la carretera, escoltado por árboles muy viejos. Caminaron por él hasta llegar a una verja con un símbolo dorado que rezaba: *Luogo Storico: Fortuna Antica*. Oliver y Dean saltaron la verja, pasaron junto a una tienda de regalos que cerraba durante la noche y llegaron a una antigua carretera de grandes adoquines torcidos. A cada uno de sus lados había una muralla derruida perteneciente a las ruinas romanas de Fortuna. Los muros formaban una especie de tablero de ajedrez de habitaciones vacías y los suelos habían sido invadidos por la hierba. Alguna columna de mármol que otra se elevaba hasta la altura original de lo que antaño habían sido altas villas, y acababa en una forma irregular a causa del derrumbamiento de sus capiteles.

Había una estructura que aún seguía en pie: un amplio anfiteatro circular con arcos que bordeaban todo su perímetro.

—Se parece a ese coliseo que se ve en las fotos de Roma —apuntó Dean.

Aquí dentro, dijo Emalie.

Oliver y Dean pasaron bajo uno de los arcos. Un corto túnel los condujo fuera. Una media luna de asientos de piedra los rodeaba; estaban en el espacio que en su día había sido el escenario.

—¡Eh, chicos! —Emalie estaba sentada en mitad de la grada vestida con pantalones vaqueros y una camiseta. Se puso en pie y saltó con su mochila al hombro—. ¿Qué tal todo?

—Muy bien —respondió Oliver, tratando de pensar en algo más interesante que decir.

—En la familia de Oliver están looo-cos —le contó Dean sonriente. Le describió su llegada a Morosia y la incómoda cena.

—Suenan chungo. —Emalie miró a Oliver preocupada.

—¡Bah! —Oliver se encogió de hombros—. ¡Qué más da! Es lo habitual, supongo. —Mientras hablaba, una luciérnaga revoloteaba junto a su rostro, distrayéndolo con su parpadeo.

—Además, Oliver cree que sus padres podrían sacrificarlo mañana por la noche —añadió Dean con total normalidad.

—¿Qué? —exclamó Emalie.

—Sí, en cuanto a eso... —Oliver le narró la conversación que había oído en su casa.

—Y luego —dijo Dean— esta chica, Lythia, nos dijo que mañana por la noche es la séptima luna. Que fue la noche en que Selene pronunció su profecía. Ah, y Selene es el oráculo de Oliver.

—¿Quién es Lythia? —preguntó Emalie de inmediato.

—Es solo una chica vampira —respondió Oliver.

—Más o menos de nuestra edad, pero con demonio, y ganó todo aquel dinero a la ruleta —seguía diciendo Dean.

Emalie arrugó la frente.

—Bueno, suena especial. Y por casualidad esa Lythia no os habrá contado dónde encontrar a Selene, ¿verdad?

Oliver se encogió de hombros.

—No.

—Pues nosotras tampoco hemos sido capaces de encontrarla —dijo Emalie—. Mi tía y yo hemos investigado en los archivos de la ciudad, hemos preguntado por ahí y nadie sabe nada sobre ninguna Selene. Ni siquiera sabemos si está en la ciudad, y tampoco sabemos por qué mi madre quería verla. —Emalie frunció el ceño—. Estamos llegando a un punto muerto. Lo único que he encontrado han sido referencias a Selene en mitos griegos. Era el nombre de la diosa de la luna.

—Eso encaja con lo que dijo Désirée, ¿verdad? —murmuró Dean—. Aquello de que «la luz arde en frío».

—Mmm... —Oliver dejó de hablar, distraído por un momento. Se volvió y se sorprendió al ver a un montón de luciérnagas que brillaban en torno a la base de una columna de mármol cercana. La columna en sí se había caído y yacía en el suelo partida en fragmentos. Mientras Oliver observaba aquello, más luciérnagas se dirigieron lentamente hacia aquella estructura que parecía una mesa. Revoloteaban a su alrededor formando un perezoso tornado de luz pálida, y muchas aterrizaban sobre la superficie y se arrastraban unas sobre otras en una densa multitud. Parecían muy interesadas en lo que quiera que yaciese allí. Oliver se encaminó hacia ellas.

—Y de todos modos, ¿qué es un oráculo? —preguntaba Dean—. ¿Un vampiro, un zombi, un chamán, un espectro, o una especie de dios, o algo así?

—No creo que estemos buscando un dios —dijo Emalie—. Estamos... ¿Oliver?

—Fijaos en esto. —Oliver había alcanzado el pedestal y el enjambre de luciérnagas revoloteantes proyectaba un brillo verdoso sobre su rostro. Alargó la mano para coger una y observó cómo la pequeña criatura con forma de píldora se arrastraba por la pálida palma de su mano con su luz parpadeando como si emitiera señales de auxilio. El insecto alcanzó la punta de su pulgar y salió volando para reunirse con los demás.

Oliver metió la mano en medio del enjambre de bichos y cogió el pedazo de papel en el que parecían tan interesados. Cuando lo tocó con los dedos, todas las luciérnagas salieron despedidas y empezaron a dispersarse.

Emalie y Dean se acercaron a él.

—¿Qué es eso? —preguntó Emalie.

—Parece un folleto —respondió Oliver.

—Debía de haber comida sobre él, o algo que atrajese a los bichos —musitó Emalie.

Oliver le dio la vuelta al papel satinado. La escritura estaba en italiano y la portada decía: *Museo Storico di Fortuna*. No había nada especial en él.

—Es del museo histórico de la ciudad —dijo Emalie.

—Nada importante, supongo. —Oliver se lo tendió.

—¿Creías que podía serlo? —preguntó Dean.

—No —respondió Oliver. Salvo que, por alguna razón, sí que lo había pensado—. Lo siento. —Sacudió la cabeza—. Muy bien, entonces ahora qué...

—Espera —dijo Emalie con la voz quebrada. Tenía los ojos clavados en la contraportada del folleto y su mano comenzaba a temblar.

—¿Qué? —Dean se inclinó para mirar—. Vaya, qué gracia. Se parece a ti.

Oliver vio la foto de una gran estatua. Era una mujer tallada en piedra blanca, vestida con una toga vaporosa y parada en plena zancada.

—No soy yo... —susurró Emalie—. Es... Esta es mi madre.

El misterio de Febe

Emalie no abrió la boca hasta que hubieron llegado prácticamente al centro de Fortuna. Mientras seguían la carretera que atravesaba los arrabales de la ciudad, pasando junto a barriadas y apartamentos cuyas gentes dormían a aquella hora, ella caminaba delante agarrando fuerte el folleto.

—¿De qué crees que va esto de la estatua? —le murmuró Dean a Oliver.

—Ni idea —respondió Oliver.

—¿Crees que tiene algo que ver con Selene?

Oliver se encogió de hombros. En cualquier caso, parecía importante averiguarlo.

Mientras caminaban, Oliver pensaba en Selene. Sabía que quería hablar con ella, pero seguía sin estar seguro sobre qué. Ya conocía su destino y lo que ello implicaba así que, en realidad, ¿qué más podía haber? *Podría haber detalles que nadie te ha contado.* ¿Qué detalles? No lo sabía... Pero entonces un nuevo pensamiento se abrió paso en su cerebro: *A lo mejor si Selene te puede contar más cosas sobre la profecía, realmente quieras cumplirla.*

Sí, con una brusca sensación de ansiedad, Oliver se vio a sí mismo enfrentándose a una verdad que tal vez hubiese sido su mayor problema: desde luego que no le había gustado enterarse, el pasado invierno, de que lo estaban preparando en secreto para una profecía, ni de que le habían mentido; pero, en realidad, ¿qué había de malo en haber sido elegido para salvar a los vampiros?

¿Había algún niño vampiro por ahí al que realmente pudiera molestarle enterarse de que iba a ser un héroe?

Bueno, sí, había uno: Oliver. Porque la verdad era que él no quería su destino. Y lo sabía, a pesar de las mentiras y los secretos que cualquier vampiro normal podía tener. Aquello le hacía sentirse casi avergonzado, y de lo más solo. Pero no podía evitarlo. Ser liberado de la Tierra significaba dejar atrás a Emalie y Dean... *Y a mis padres humanos, si realmente siguen vivos...* Él no quería eso. Y tampoco quería la presión, ni la responsabilidad, ni nada de aquello. Así que tal vez hablar con Selene pudiera ayudarlo de alguna forma.

—Aquí estamos —dijo Emalie. Habían llegado a una plaza atestada de gente. Oliver alzó la cabeza y vio la fachada de mármol de un museo histórico. Dos escaleras trepaban desde los lados hacia la puerta principal. En el triángulo que quedaba entre ellas, había una fuente blanca de piedra. Chorros de agua clara iluminados con luces amarillas caían en cascada por una serie de cornisas hasta una piscina azul. En lo alto de la fuente había una estatua de Neptuno envuelto en una

toga y señalando hacia fuera con su tridente. Las ventanas del museo estaban en penumbra.

Oliver vio muchas parejas alrededor de la fuente cogiéndose de la mano o, simplemente, sentadas en el borde. Unos muchachos se acercaban a unas y a otras intentando venderles rosas. Había mareas de turistas, algunos tirando monedas a la fuente, otros haciendo extrañas cosas humanas como grabar en vídeo el agua corriendo o hacerse fotos a sí mismos delante de ella. Descubrió a un vampiro solitario a un lado de la plaza que permanecía ante un destartado caballete pintando la escena, lo cual se le antojaba un modo mucho más valioso de vivirla.

Las mesas de los cafés, repletas con las cenas de los humanos que se sentaban bajo las sombrillas, bordeaban toda la plaza. Las inclinadas construcciones que se alzaban sobre ellos tenían las persianas abiertas al calor de la noche, y las cortinas se inflaban hacia fuera de las galerías a causa de los ventiladores. Había un rumor de conversaciones y tintineos de cubiertos, además de un fuerte aroma a vino y comida que ayudaba a atemperar el menos agradable olor de los humanos sudorosos.

—Entonces ¿entramos? —dijo Dean dirigiéndose hacia la escalera que ascendía por un lado de la fuente. Se detuvo al ver que ni Emalie ni Oliver se movían—. ¿Qué pasa?

—Es solo que... Está un poco flipado —dijo Emalie—. ¿Qué te ocurre, Oliver?

Oliver hizo un gesto hacia la fuente.

—Solo un segundo... novecientos setenta y tres... cuatro... cinco... seis... Tengo que contar las monedas...

Dean miró a Emalie con un semblante de expectación.

—Vale. A Oliver también le ocurre esto. Me encanta cómo los vampiros creen que los humanos y los zombis somos los únicos que tenemos nuestras cosas.

Los hombros de Oliver se relajaron.

—Muy bien. Cuatro mil trescientas doce —anunció.

Bordearon la fuente pasando junto a las mesas de los cafés. De repente una mano agarró a Oliver por la camisa.

—¡Vaya, si es el primito Oliver! —Oliver se volvió y se topó con Misère y Gustav sentados a la mesa de un café con sendas copas delante y una garrafa de sangre en el medio. Con un rápido vistazo, Oliver comprendió que aquel era uno de esos cafés que tenían menú para vampiros si sabías a qué camarero pedirselo.

Misère se había peinado su largo cabello hacia un lado de la cara y le caía en cascada sobre un vestido de seda blanco. Su rostro estaba inmaculadamente empolvado, sus ojos perfilados con delineador y sus labios pintados de morado. Gustav estaba enfundado en una chaqueta militar de color verde oliva y llevaba una boina negra que, según él, había conseguido durante una guerra civil en el Chad.

Misère miró a Emalie y a Dean y sonrió.

—Tormento nos contó que estabas trastornado —dijo, volviéndose hacia Gustav—. ¿Qué debería parecernos esto, Gus? Es tan repulsivo que casi lo encuentro

interesante.

Gustav se encogió de hombros.

—Fascinante —dijo, sonriéndole a Emalie—. La cena a un lado y el criado al otro. Muy eficaz.

—Estos son mis primos —murmuró Oliver a Emalie.

—No es más peculiar que su hermano —apuntó Misère, frunciendo el ceño.

Oliver miró a su alrededor.

—¿Dónde está Tormento?

Gustav hizo un gesto con la cabeza para señalar el museo.

—Sigue ahí dentro. ¿Quién sabe qué lo entretiene? Llevamos sentados aquí fuera media hora, esperando para provocar algún tumulto.

—¿Para qué entrar ahí, para empezar? —dijo Misère haciendo un mohín—. ¿Para exprimir al guardia de seguridad? Nos ocupamos de él en un momento, pero entonces tu hermano va y desaparece detrás de una conservadora cualquiera del museo. Los Nocturne estáis desquiciados, y no en el buen sentido.

—Casi podría decir que papá tiene razón con respecto a estos chiflados del Nuevo Mundo —añadió Gustav—. Entonces, Oliver, ¿adónde vais tú y tus «cosas»?

—Al museo —respondió Oliver con rotundidad.

—¡Ja! ¡Eso es divertidísimo! —se burló Gustav.

—Sí —dijo Oliver—, divertidísimo.

—Bueno, si ves a tu hermano ahí dentro —dijo Misère—, dile que sus primos están a punto de marcharse, porque están increíblemente aburridos. —Dio un sorbo a su sangre, se arrellanó en su silla y dirigió su mirada hacia la plaza sin interés alguno.

Los tres continuaron su camino y subieron las escaleras. Oliver volvía a mirar hacia la fuente cada vez que escuchaba el sonido de una moneda que caía al agua para actualizar el recuento. Una de las grandes puertas metálicas estaba ligeramente entornada. Oliver olisqueó el aire y captó un fuerte hedor.

—Cuidado —susurró antes de abrir la puerta.

El vestíbulo de entrada estaba oscuro. Ante ellos yacía un cuerpo sobre el suelo de mármol.

—Está muerto —dijo Oliver de inmediato. Al acercarse pudieron ver el uniforme del guardia de seguridad con el cuello manchado de sangre. Oliver supo, por el olor, que Misère había sido la artífice del asesinato. Él y Dean siguieron caminando hasta que se dieron cuenta de que Emalie no iba con ellos. Dieron media vuelta y la encontraron junto al hombre, mirando hacia abajo y con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Tenía cuatro hijos —dijo en voz baja, con los ojos cerrados—. Él... Estaba ahorrando. Esperaba poder llevarlos a la playa a finales de verano. —La voz de Emalie se quebró—. Esperaba arreglar las cosas y llevarse mejor con ellos... —Se sorbió los mocos—. Es demasiado pronto... Hay demasiadas cosas que quiere decir... —Emalie se tapó los oídos—. Está gritando sus nombres... Tan alto... Pero

ellos no pueden oírlo...

—Vamos, Emalie —la llamó Dean—. No hay nada que podamos hacer. —Se acercó para hablarle a Oliver al oído—. De hecho, me muero de hambre —confesó. Oliver supuso que Dean se estaba imaginando la posibilidad de quedarse un momento a solas para disfrutar de una verdadera cena para zombis ya que, llegados a este punto, al guardia de seguridad ya no le importaría.

Emalie se estremeció, rodeó el cuerpo y los alcanzó.

—¿Cómo sabes todas esas cosas sobre él? —le preguntó Oliver.

—Yo... Es difícil de explicar. Simplemente, puedo sentir las a su alrededor.

—Pero está muerto —apuntó Dean.

—Lo sé —dijo Emalie—. Esto es nuevo. Con la gente viva puedo leer su energía, ya sabéis, sus esperanzas y miedos.

—Y predecir el futuro a partir de eso —añadió Oliver mientras los conducía por un tramo de escaleras hacia otro pasillo. Había captado el aroma de Tormento allí arriba—. Ese es el poder más valioso de las orani.

—En realidad todavía no sé hacer eso —dijo Emalie frunciendo el ceño—. Y no me parece algo demasiado valioso. Más bien es triste.

—¿Pero entonces qué hay de lo de ahora? —preguntó Dean—. Un tío muerto no tiene futuro.

—No, pero lo tenía hasta hace unos minutos. Es como si la esencia de su ser viviente siguiese rondándolo. Creo que le lleva algo de tiempo irse. Con una persona viva tengo que usar un hechizo para poder entrar en su cabeza, y es como si mirase a través de sus ojos... Pero esta vez ha ocurrido fuera de su cuerpo. Podía oírlo agonizando... Y había algo..., blanco.

—¿Blanco? —preguntó Dean.

—Sí. No estoy segura de lo que quiero decir con eso, tal vez era su espíritu, o...

—¡Chsss! —Oliver había escuchado la conversación atentamente. Aquellas habilidades que poseía Emalie eran mucho mayores de lo que ella creía, mayores incluso de lo que Oliver alcanzaba a comprender... Pero entonces oyó voces.

El pasillo que estaban recorriendo se abría por un lado. Unos arcos daban paso a una estancia muy larga y de tres pisos. Oliver, Emalie y Dean estaban en el piso del medio. Los cuadros cubrían las paredes formando un mosaico, y estatuas blancas se alzaban sobre el suelo de mármol. Un techo de cristal abovedado lo coronaba todo. La luna brillaba en el centro de uno de los cristales.

Una voz siseó desde abajo:

—Dejemos esto un poco más claro... —Era Tormento. Se oyó un horrible sonido de un hueso rompiéndose y un estridente alarido de dolor.

Escrutando la oscuridad, Oliver observó a Tormento, que sostenía a una mujer de mediana edad en el aire sujetándola por el cuello. Con la otra mano acababa de provocar aquel chasquido en el hueso de uno de sus dedos. La mujer apenas podía respirar y unas gafas ovaladas y torcidas cubrían sus enormes y aterrorizados ojos.

—Vas a decirme dónde está —proseguía Tormento— o vamos a ir a la dirección que figura en tu tarjeta de visita y mis primos y yo (que estamos muy, muy hambrientos) vamos a averiguar si tienes unos cuantos adorables *bambini* durmiendo plácidamente en sus camitas...

—¡No, prego, no! —gritó la mujer.

—¿Dónde está Selene? —siseó Tormento.

—Tío —susurró Dean—, ¿tu hermano también está buscando a Selene?

Oliver estaba atónito. ¿O no lo estaba? Recordó aquella vez en la biblioteca, en febrero, cuando Oliver había pillado a Tormento hablando con el código que facilitaba información sobre la puerta de Nexia... Más tarde, en primavera, Oliver había acudido a aquel mismo código para plantearle sus propias preguntas sobre la puerta de Nexia y se había topado con que lo habían retirado por cuestiones de mantenimiento. En junio aún no lo habían repuesto. *¿Por qué iba Tormento a querer encontrar al oráculo que anunció mi profecía? ¿Y qué averiguó aquella vez?*

Pero Oliver se preguntó entonces si existiría una explicación sencilla para lo que estaba haciendo Tormento. A lo mejor estaba celoso. Tenía sentido, ¿no? A lo mejor Tormento había estado investigando acerca de la profecía de Oliver porque deseaba ser el vampiro elegido. Eso explicaría por qué era siempre tan cruel con Oliver. Tal vez se burlaba de Oliver por ser diferente porque él mismo deseaba serlo. A lo mejor lo volvía loco que sus padres hubiesen escogido a Oliver, al débil, en lugar de a Tormento, el más fuerte y peligroso...

Así que tal vez Tormento estuviese yendo todo el rato un paso por delante de Oliver. A lo mejor había averiguado lo de Selene gracias al código de la biblioteca y sabía que estaba cerca de Morosia. Puede que estuviese empleando el tiempo que pasaba fuera con sus primos para buscarla, y que eso lo hubiese llevado hasta la conservadora del museo.

—¡Dímelo! —gritaba Tormento.

—Oliver —susurró Emalie—. Tenemos que detenerlo.

Dean se aferró a la barandilla.

—Bajemos allí.

Oliver le puso el brazo por delante para impedirsele.

—Espera. —Su primer instinto había sido precisamente el mismo que el de Dean: saltar por aquel balcón y enfrentarse a Tormento, luego tal vez coger alguna estatua cercana y golpearlo con ella... El problema era que, una vez superado el factor sorpresa, Oliver y Dean no tenían nada que hacer contra Tormento. Y además, en cuanto Tormento los viese, asumiría que también estaban buscando a Selene. Conociendo a Tormento, haría cualquier cosa, como matar a la conservadora, para evitar que obtuviesen información alguna. Si hubiese un modo de averiguar lo que necesitaban saber sin que Tormento se diese cuenta siquiera...

Oliver se volvió hacia Emalie.

—¿Puedes entrar en su cabeza y averiguar lo que sabe?

Emalie asintió.

—Probablemente. —Se palpó el cuello y sacó una cadena de oro que llevaba bajo la camisa. Estaba rematada en un óvalo color rubí, redondo por un lado y tallado en forma de escarabajo por el otro. Oliver reconoció aquello de inmediato.

—¡Qué guay, un escarabajo! ¿De qué dinastía? —preguntó, refiriéndose a su origen egipcio.

—Del Imperio antiguo —respondió Emalie—. Contiene un hechizo de conducto. Puede conectarme con ella.

Abajo se oyó otro horrible chasquido de huesos y un nuevo chillido de la conservadora.

Emalie colocó el conducto entre las palmas de sus manos y las presionó una contra otra delante de su rostro. Cerró los ojos, sopló entre sus manos y una tenue luz roja brilló. Entonces Emalie pareció desplomarse.

Dean chasqueó los dedos delante de su cara, pero Emalie no reaccionó en absoluto.

—¿Dónde está?

Oliver se volvió de nuevo hacia la barandilla.

—Allí abajo. —Observaron cómo Tormento sacudía a la conservadora—. En su cabeza.

—Última oportunidad, bella *signora*... —Tormento atrajo a la conservadora hacia sí—. *Dicami dove trovare Selene*.

—Es sorprendente que sepa italiano —murmuró Dean.

—Probablemente sea por su demonio —le explicó Oliver—. Suelen conocer un puñado de idiomas, ya que han vivido durante tanto tiempo. —Oliver se aferró a la barandilla mientras observaba. Si Emalie lo conseguía, Tormento nunca sabría que ella había estado allí...

De repente la mirada de la mujer se endureció. Con la mano libre golpeó el cuello de Tormento. Abrió la boca y la voz que surgió sonó como si se proyectara a través de un enorme y resonante pasillo.

—*Siete il vero guasto!* —gritó la conservadora.

Tormento retrocedió. Lanzó por los aires a la mujer, que cayó al suelo, se golpeó la cabeza contra el zócalo y se quedó inconsciente.

—¿Qué acaba de ocurrir? —preguntó Dean.

—¡Ah! —Emalie regresó y sus hombros se agitaron con una sonora bocanada de aire.

Oliver observó que Tormento se aproximaba con recelo a la conservadora. Parecía conmocionado. Cuando comprobó que estaba inconsciente, se volvió para marcharse... Pero se detuvo a olisquear el aire. Oliver retrocedió empujando a Dean y Emalie hacia las sombras. Pero Tormento prosiguió su marcha. Oliver se quedó quieto hasta que su aroma hubo desaparecido. Entonces se volvió hacia Emalie.

Ella seguía recuperando el aliento, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa de

alborozo.

—¡Vaya! —exclamó—. Vale, la estatua está por allí —dijo señalando pasillo abajo.

—¿Y qué pasa con Selene? —preguntó Dean.

—No estoy segura, pero Francesca, la conservadora, estaba pensando en la estatua cuando Tormento le preguntó por Selene. Vamos...

—Emalie —la interrumpió Oliver—, ¿qué le dijiste a Tormento?

—Ah, eso... —Emalie apartó la mirada y se encogió de hombros—. En realidad no estoy segura... Bueno, entré en la cabeza de Francesca y allí dentro estaba muy apretada, porque como tenía tanto miedo... Veía a través de sus ojos, los de Tormento (fue muy extraño), y algo, no sé, funcionó.

—¿A qué te refieres con «funcionó»? —preguntó Oliver.

—Pues que, por un segundo, es como si hubiese visto también lo que había en la cabeza de tu hermano. Sentí esa cosa, bueno, supongo que era miedo, dentro de él, y fue como si de repente yo conectase sus mentes. Ese enorme miedo en la cabeza de Tormento se transmitió a la cabeza de la conservadora, así que me invadió a mí. Era muy extraño, así que lo aparté, y entonces Francesca gritó aquello de: «Tú eres el verdadero fracaso».

—¿Qué significa eso? —se preguntó Dean.

Emalie se encogió de hombros.

—Tendrías que preguntarle a Tormento. Era su miedo. De todos modos, él se asustó y yo salí despedida de la cabeza de Francesca cuando se quedó sin sentido.

Oliver se preguntó qué significaba todo aquello. ¿Por qué iba a sentir Tormento que era un fracaso? A lo mejor tenía que ver con sus celos, como Oliver sospechaba: se sentía un fracaso por no ser el vampiro elegido.

Emalie se encaminó pasillo abajo.

—Vamos —dijo alegremente. Oliver no pudo evitar fijarse en lo emocionada que parecía tras su desgarrador viaje a la mente de la conservadora. Le recordaba a cómo los vampiros podían llegar a experimentar un coloccón de sangre; igual que las subidas de azúcar de los humanos.

Se apresuraron a descender al primer piso y entraron en una sala de exposiciones más pequeña. La habitación estaba rodeada por una serie de bustos de emperadores romanos. Unos pocos tenían los ojos blancos de mármol, pero a la mayoría les faltaban y lo que tenían eran huecos vacíos. Había un único cuadro de grandes dimensiones en cada pared y, en el centro de la estancia, se alzaba la estatua.

La mujer estaba dando una zancada, vestía una vaporosa túnica y su cabello caía ondulado sobre sus hombros. Tenía uno de los brazos doblado delante de sí y en la mano sostenía un objeto plano con una pequeña asa y la parte superior en forma de diamante. Parecía un espejo de mano.

Emalie se detuvo justo delante de ella y clavó su mirada en su rostro mientras los labios le temblaban.

Oliver y Dean se situaron a uno de los lados del pedestal, en el que una placa explicaba la estatua.

—Esta es Febe —dijo Oliver, leyendo la placa—. El artista es desconocido, pero fue encontrada en el Tempiale di Necromancia, que está cerca de aquí. —Oliver prosiguió—. Febe era una diosa de la luna, a menudo asociada con...

—Selene —lo interrumpió Dean. Miró a Emalie—. ¿Se parece a...?

—Muchísimo —susurró Emalie, como si temiese despertar a la estatua. Sus ojos permanecían clavados en el rostro de la figura.

Oliver retrocedió para poder abarcar con la vista aquella estilizada forma de mármol, aquel suave rostro de piedra y los ojos en blanco... Sintió que una presencia lo invadía. Estaban cerca de algo, pero ¿de qué?

Dean trataba de atar cabos.

—O sea, que hay una estatua que se parece a tu madre —dijo con tranquilidad al lado de Emalie— y el nombre de la estatua es Febe, que es el nombre de una diosa de la luna. Y la diosa de la luna también se puede llamar Selene. ¿Significa eso que tu madre es Selene?

—No lo sé —susurró Emalie.

Oliver seguía mirando la estatua mientras retrocedía para tener una mejor perspectiva del objeto en forma de diamante que sostenía. Parecía algo así como un espejo...

Oliver atisbó algo más en aquella mano; estaba entre los dedos y el mango... Algo que no formaba parte de la escultura.

Sin pararse realmente a pensar en ello, saltó hasta lo alto del pedestal rectangular y se agarró a la cintura de Febe para tener un punto de apoyo...

Un aullido electrónico notablemente agudo inundó la habitación.

—Tío, ¿qué estás haciendo? —gritó Dean desde abajo, sin que Oliver lo oyera apenas. A sus sensibles oídos, la alarma del museo era prácticamente ensordecedora.

Oliver se inclinó hacia delante esbozando un gesto de dolor y le arrebató el pequeño objeto a aquella mano gélida y aterciopelada. Bajó al suelo de un salto y aterrizó detrás de la estatua mientras se guardaba el objeto en el bolsillo.

—¡Seguramente deberíamos irnos! —gritó Dean mientras salía de la estancia. Emalie se encaminó tras él con los ojos aún fijos en el rostro de la estatua.

Oliver estuvo a punto de seguirlos, pero algo más en la estatua atrajo su atención. En la parte trasera de su base rectangular, en la sombra que formaba el tobillo levantado del pie izquierdo, había una pequeña marca grabada que cualquier humano tomaría por un grafiti garabateado a toda prisa por algún vándalo años atrás. Para Oliver se trataba de algo mucho más revelador:



Oliver lo observó durante un buen rato para asegurarse de lo que estaba viendo y entonces corrió junto a Emalie y Dean.

—¡Vamos al tejado!

Recorrieron el pasillo en sentido inverso, pero cuando se acercaban a la escalera oyeron pisadas y voces que gritaban.

—¡Por aquí! —indicó Oliver. Recorrieron otro pasillo hasta llegar a la amplísima sala de exposiciones donde la conservadora yacía aún inconsciente. Oliver miró hacia arriba y localizó la barandilla junto a la que habían estado instantes antes. Sobre ella, en el tercer piso, había otra más. Miró a Dean y ambos asintieron con la cabeza. Flanquearon a Emalie, la agarraron por los hombros...

—¡Eh!

Describieron un gran salto hasta la barandilla del tercer piso, donde aterrizaron formando una maraña de piernas y brazos. Se incorporaron y prosiguieron la marcha por un corto pasillo de techos bajos con despachos a ambos lados. Oliver se adelantó hasta una puerta y se encontró con un angosto tramo de escaleras que conducían a otra puerta cerrada con llave. La abrió de un golpe con total facilidad y salieron al tejado. Por fin se había liberado de aquel agudísimo estruendo causado por la alarma.

—¡Aaay! —se quejó Emalie mientras se frotaba el cuello—. ¿Podéis avisarme, chicos, la próxima vez que vayáis a hacer de superhéroes, para que al menos pueda estar preparada?

—Lo siento —se disculpó Dean. Se dirigieron a la parte trasera del edificio—. Prepárate —dijo, y él y Oliver agarraron a Emalie por los hombros de nuevo y esta vez saltaron desde el museo hasta el siguiente tejado. Y así atravesaron tres calles antes de detenerse.

—Cuélgate de mí —le ordenó Oliver—. Mientras Emalie obedecía, Oliver se concentró en las fuerzas y comenzó a descender fachada abajo.

—Lo lleváis crudo, chicos —dijo Dean con una sonrisa mientras bajaba saltando de un balcón a otro. Aterrizó en la barandilla de uno de ellos, que despedía una luz dorada hacia el exterior y, cuando miró hacia dentro, abrió los ojos con enorme interés.

—¡Vaya! —Acto seguido perdió la concentración y cayó como una piedra hasta llegar al suelo de la tranquila y serpenteante calle que había abajo. Oliver y Emalie se lo encontraron despatarrado entre una montaña de latas de basura.

—Genial —bromeó Oliver.

Dean se puso en pie frotándose la cabeza.

—Mereció la pena. Estaba aquella señora...

—No quiero saberlo —le interrumpió Emalie—, ¿o sí?

Dean sonrió.

—Probablemente no.

Emalie se volvió hacia Oliver con gesto serio.

—¿En qué estabas pensando allí dentro al saltar sobre aquella estatua?

Oliver buscó en su bolsillo y extrajo el objeto.

—Tenía esto en la mano. —Sobre su palma había una pequeña correa de cuero con una hebilla. Un cascabel dorado pendía de ella.

—Parece el collar de una mascota —musitó Emalie.

Oliver se encogió de hombros.

—Había algo más: vi un símbolo en skrit en la parte inferior de la estatua. Cualquier vampiro lo conocería: es del asilo colonia.

—¿Qué es eso? —preguntó Emalie.

—Bueno, es justo lo que parece: un asilo. Para los dementes o peligrosos. El asilo colonia de Morosia es algo así como el más famoso del mundo vampírico. Creo que tal vez Selene esté allí. —Oliver le encontró sentido a aquello tan pronto como se le vino a la cabeza. No sabía demasiado sobre el asilo (nadie sabía demasiado al respecto en el Nuevo Mundo), pero probablemente fuese un lugar seguro para proteger a un importante oráculo.

—¿Podemos ir ahora? —preguntó Emalie.

—No —respondió Oliver—. No sé dónde está, pero puedo averiguarlo con bastante facilidad a través de mi familia. —Oliver sabía exactamente a quién tenía que preguntarle. Pero una preocupación lo rondaba—. Es un lugar peligroso. Al menos eso es lo que he oído.

—¿Y cuál es la novedad? —replicó Emalie—. Entonces, ¿mañana por la noche? —preguntó con entusiasmo.

—Bueno, vale —aceptó Oliver, a sabiendas de que no tenía sentido discutir sobre si ella debía ir o no—. ¿Quedamos en las catacumbas?

—Nos vemos —asintió Emalie.

Oliver se volvió hacia Dean.

—Muy bien. Deberíamos regresar.

Se separaron, y Oliver y Dean se encaminaron a las afueras de la ciudad, hacia el cementerio y las catacumbas. Oliver notaba un constante cosquilleo en la tripa. No sabía qué hacer con Tormento, pero sí dónde encontrar a Selene, y existía una oportunidad de que pudieran llegar hasta ella antes del sacrificio. El sacrificio... A lo mejor Tormento sabía aquello también y quería ocupar el lugar de Oliver como elegido en cuanto él estuviese fuera de la circulación... Era demasiado para intentar comprenderlo ahora mismo.

Durante todo el camino de vuelta a Morosia los pensamientos se arremolinaban en su cabeza como las luciérnagas junto a los arbustos que cerraban la carretera.

El pozo de Hades

—Me estaba preguntando acerca del asilo colonia —dijo Oliver.

Polemonia lo oyó antes que nadie. Levantó la vista de su expreso despacio como si, llegados a este punto, cualquier insignificancia fuese más de lo que era capaz soportar.

—¿Por qué te ibas a preguntar acerca...?

—¡Sí, sí! —Las palabras de Oliver habían llegado a oídos de Myrandah, que empujaba un atizador en el interior del horno de ladrillo. Se volvió y atravesó la cocina blandiendo el atizador al rojo vivo—. Escucha al pequeño —dijo en tono aprobador—. Se interesa por nuestra digna historia a pesar de la educación que recibe.

La cabeza de Polemonia volvió a fijarse en su café expreso. Sebastian se había marchado temprano para atender ciertos negocios. Tormento seguía dormido. Dominus había salido a dar un paseo.

Myrandah dejó caer en un cubo de agua el atizador, que se apagó con un silbido.

—Vamos, Polemonia —gritó, conduciendo a Oliver por la estancia—. ¿Sabes algo sobre tu tío abuelo Renfeld, un pionero de la labor de la colonia?

—No, no sé nada —respondió Oliver, tratando de sonar lo más interesado posible—. ¿Qué hizo allí?

—Pues estudió bajo el mando del gran Irving Emerick, aunque tal vez ni siquiera hayas oído hablar de él.

—De hecho, sí —contestó Oliver. Había oído hablar del doctor Emerick cuando buscaba información sobre las orani—. Era un doctor de la estirpe demoníaca, ¿no?

—Sí. —Myrandah abrió una puerta, y Oliver y Polemonia la siguieron hasta una habitación oscura. Se encendió una chispa y Myrandah apareció alumbrada por el brillo de una cerilla. Encendió un candelabro que había en la pared.

»Las estirpes demosapiens eran su especialidad. Y Renfeld llevaba a cabo sus experimentos en el asilo colonia.

Sobre la pared que tenían delante había un organizador alto y metálico que contenía pinturas al óleo colocadas unas junto a otras como si de las páginas de un libro se tratara. Myrandah comenzó a hojear los grandes lienzos. Cada pintura era un retrato de alguno de los parientes de Oliver a lo largo de los años. Se detuvo en un adusto hombre mayor con muy poco pelo y aún menos piel. Lo habían pintado vestido con un traje de *tweed*. Era el mismo cuadro del tío abuelo Renfeld que Polemonia había colgado en la planta baja abandonada de la casa de Oliver, salvo que

en este presentaba un aspecto diferente. De hecho, al principio parecía el mismo, pero, cuando Oliver se fijó, el rostro de su tío abuelo cambió. La cara humana fue sustituida por un demonio de piel verdosa, ojos brillantes y dientes afilados. Aquella era una representación del demonio que el vampiro llevaba en su interior. Aquellas pinturas reveladoras de demonios solamente podían ser hechas en el Inframundo.

—¡Aah! —exclamó Myrandah observando el cuadro—, era un estudiante tan conciencioso... Trabajaba noche y día.

—Debías de estar orgullosa de él —dijo Oliver, tratando de mostrarse educado y sin poder apartar la vista del rostro del demonio.

—Sentíamos orgullo, sí —respondió Myrandah antes de agriar el tono—, pero ¡cómo tergiversaron su trabajo los científicos del Nuevo Mundo!

—Ya estamos —suspiró Polemonia.

—¡Sus estudios distorsionados y corrompidos!

A Oliver le preocupaba que su oportunidad de averiguar algo sobre el asilo colonia se desvaneciese.

—Yo... Yo creí que el asilo colonia era un lugar prestigioso.

—Ah, naturalmente que lo es. Su investigación siempre ha sido pura, pero mira cómo esos del Consorcio de la Penumbra la han malemployado.

—Muy bien, madre —protestó Polemonia.

—Aun así me gustaría ver la colonia —dijo Oliver.

—¡Bah! —Myrandah hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Está demasiado lejos para estas viejas piernas.

—Y también demasiado lejos para ti —dijo Polemonia—. Necesitamos que te quedes por aquí esta noche, Oliver.

—Eh, vale —respondió Oliver nuevamente preocupado. ¿Querían que se quedase por allí para el sacrificio de la séptima luna?—. Solo iba a subir un rato a dar una vuelta con Dean.

—Pues asegúrate de estar de vuelta para la cena —le advirtió Polemonia con brusquedad antes de salir de la habitación.

Oliver oyó cómo Myrandah suspiraba. Se volvió y vio que había rebuscado entre los lienzos y ahora observaba a una mujer joven, en los últimos años de la adolescencia, posando majestuosamente con un vestido de satén y con el cabello platino cayéndole sobre los hombros formando espléndidos rizos. Oliver cayó en la cuenta de que aquella era Polemonia recién engendrada. Parecía más o menos de la edad de Misère. La imagen resultaba impactante. Nunca se había imaginado a su madre tan joven, con el rostro tan terso y los ojos tan grandes...

Pero mientras la miraba, los ojos de Polemonia se convirtieron en brillantes hendiduras turquesas más propias de un reptil que de un humano. Su pálida tez se transformó en una piel amarillenta y correosa con púas moradas que le cubrían la frente y la barbilla. Sus delicados labios se disolvieron en una boca de fulgentes dientes negros y afilados. Aquel era el demonio, el verdadero vampiro que la madre

de Oliver llevaba en su interior.

—Era una chica tan adorable —dijo Myrandah con dulzura.

Oliver se limitó a mirarla. Dentro de él aún no había nada como aquello, pero lo habría algún día. ¿Cambiaría, como había cambiado Tormento? ¿Se convertiría en una persona diferente? Se preguntó si quería aquello, y no estaba seguro. Entonces se preguntó lo siguiente: cuando abriese la puerta, ese vampiro del interior volvería a ser libre. Pero ¿seguiría siendo él mismo, libre en otra dimensión, o tan solo Oliver en parte? ¿O en absoluto Oliver? A los vampiros como Polemonia no les preocupaba aquella idea, ¿verdad? Probablemente no. No era propio de los vampiros pensar en las consecuencias, pensar en el «qué pasaría si...», pero Oliver siempre lo hacía. Era como si prácticamente todo lo que pensaba fuese diferente a lo que pensaba el resto de su mundo.

—Querido niño... —Oliver se sobresaltó con la voz de Myrandah. Apartó la vista de la imagen de Polemonia y se topó con que su encorvada abuela permanecía muy cerca de él, escrutándole el rostro y con los ojos brillantes, no de ira sino de emoción—. Hay tanto sobre lo que el joven Oliver nunca ha preguntado...

—¿Eh? —dijo Oliver. Pero la había oído perfectamente, y estaba de acuerdo con ella.

—Mira cómo se pregunta sobre su propósito. Propósito que él nunca eligió... —Oliver sintió alivio al escuchar aquello, aunque trató de no mostrarlo—. Ansía tan solo una existencia vampírica normal...

Oliver se encogió de hombros. No estaba seguro de si eso era realmente cierto, pero trató de no mostrar aquello tampoco. En aquel momento no tenía demasiada idea sobre qué mostrar o no mostrar, o incluso qué pensar.

Entonces la áspera mano de Myrandah tocó la suya. Oliver notó algo blando entre sus uñas en forma de garra. Bajó la mirada y vio que su abuela presionaba un pedacito de pergamino contra su mano. Oliver lo cogió y descubrió que se trataba de un mapa dibujado a mano... del camino al asilo colonia.

—Esto podría resultarte útil —concluyó Myrandah antes de volverse hacia el cuadro—. Vete —le dijo a Oliver, quien echó un último vistazo al rostro vampírico de Polemonia y se marchó corriendo.

Al llegar al tejado se encontró con una manada de zombis que corrían tras un viejo balón de fútbol de cuero y, en su persecución, se placaban con violencia unos a otros. En cada extremo, en lugar de porterías, parecía haber otros zombis atados a altos postes.

—¿Eh, Oliver! —De hecho, la posición que Dean ocupaba en el juego era la de estar atado a un poste. Entonces un jugador surgió de la manada regateando con el balón en dirección a Dean mientras más zombis se le acercaban por detrás profiriendo alaridos.

—¡Tira! —gritó una mujer. El zombi cogió el balón con la mano, plantó los pies en el suelo y lo lanzó con una fuerza increíble directamente hacia Dean. Este hizo una

mueca de dolor y la pelota lo golpeó en el hombro.

—¡Solo hombro! —gritó un árbitro—. ¡Tres puntos!

Entre los jugadores se oyeron bramidos de decepción y de alegría. Dean parecía aliviado.

Oliver se sentó en el borde del tejado a esperar a que terminase el partido. Contempló Morosia por encima de su humeante calidez. Con la luz de las antorchas por todas partes y el gran caldero llameante sobre Tártaro, la ciudad siempre parecía como recién saqueada e incendiada. Había algo relajante en aquello. Oliver podía ver el humo y el calor que se cernían en las proximidades del tejado de la inmensa caverna y se colaban por un agujero gigante que había en el techo... Un conducto de lava que daba a la falda del volcán que había allí arriba, el monte Morta.

—¡Uf, un partido difícil! —Dean se dejó caer a su lado frotándose el hombro. Con un crujido, empujó su brazo dislocado hasta devolverlo a su sitio—. Ser portero es duro, ¡pero hemos ganado! —dijo alegremente—. Tiene gracia, porque cuando jugaba al fútbol humano era portero y lo hacía de pena. Es agradable ser bueno en algo.

—¿Cómo se es «bueno» estando atado a un poste? —preguntó Oliver.

—Bueno, no me dieron en la cabeza —explicó Dean—. Un disparo a la cabeza vale diez puntos. Algunos dicen que es solo cuestión de suerte, pero también hay que moverse únicamente lo necesario ¿sabes?, siempre con mucha delicadeza a un lado y a otro, y poniendo nervioso a tu oponente con la mirada. —Dean puso una extraña cara de concentración—. En cualquier caso... ¿Has traído las cosas?

—Sí. —Oliver sacó el mapa—. ¿Estás listo?

—¡Ah, sí!, solo un segundo. —Dean se dirigió a las hogueras, cogió un hueso del tamaño del de una pata de oveja y regresó con Oliver—. Vamos allá.

Siguieron el mismo trayecto que el día anterior para salir de Morosia mientras Dean roía el hueso por el camino. Cuando comenzaron a subir por la escalera de caracol hacia la superficie, Oliver sacó el pequeño televisor. Apenas había acabado de girar el dial cuando Emalie habló en su cabeza:

¿Qué hay, Oliver?

Eh, ¿dónde estás?

—De hecho estoy justo aquí. —Oliver y Dean levantaron la cabeza y se encontraron con que Emalie bajaba por la escalera—. Salí temprano y supuse que queríais quedar conmigo aquí. —Vestía su jersey y su sombrero negro y llevaba dos trenzas que asomaban bajo este último.

Oliver la miró de un modo extraño.

—¿Te ha visto alguien? —Instintivamente, miró a su alrededor en busca de la sombra negra de Jenette.

—Confía en mí —dijo Emalie, soplando hacia la frente como si quisiera apartarse el cabello de los ojos, aunque no lo tuviera—. No he llamado a Jenette. Cada vez que me cruzaba a algún vampiro por las escaleras, me concentraba para

pasar desapercibida.

—¿Y ha funcionado? —preguntó Oliver.

—Bastante bien, la verdad. —Emalie parecía orgullosa de sí misma.

—Vale, guay... —Oliver recordó el conjuro del muñeco de paja que Emalie creía que la había protegido en el Yomi, cuando en realidad había sido Jenette. ¿Ahora ya no necesitaba la ayuda de nadie? Aquella era otra señal de que los poderes de Emalie estaban aumentando.

Subieron unas cuantas escaleras más y, entonces, giraron por un estrecho pasillo que serpenteaba a través de una fisura en la roca, con irregulares paredes que se echaban sobre uno y luego se retiraban. No veían el techo sobre sus cabezas, tan solo oscuridad. Alcanzaron una escalera que bajaba, todavía en la angosta fisura. De vez en cuando tenían que agacharse bajo los salientes de la roca. Las escaleras se volvieron húmedas y Oliver oyó un suave murmullo que parecía agua.

Los escalones terminaban en un saliente que transcurría al borde del negro río Aqueronte. Oliver miró hacia su derecha, río abajo, y vio en la distancia la oscilante luz del transbordador.

—¿Qué es? —preguntó Emalie en voz baja, inclinándose hacia el agua.

—Energía... Fuerzas que fluyen entre mundos —respondió Oliver.

—Raro, ¿eh? —dijo Dean.

Oliver consultó el mapa y se encaminó río arriba por la cornisa. El extraño y susurrante gorgoteo del río les hacía guardar silencio. La pared estaba salpicada de antorchas que no se reflejaban en el agua. Una fina verja de alambre recorría la orilla del río entre postes de hierro. Oliver se dio cuenta de que, debido a la curiosa ausencia de luz en el río, necesitaba agarrarse a la verja para mantener el equilibrio.

Pronto llegaron a una pared de la que salía una escalera que conducía a otra fisura. A su lado, el río surgía de un túnel en curva. Ya en lo alto de la escalera, siguieron por otro pasillo estrecho, lo recorrieron en cuestión de minutos y llegaron hasta un muro de piedra más robusto que la verja.

—¡Vaya! —exclamó Emalie cogiendo aliento.

Estaban sobre una plataforma de piedra en forma de anillo rodeada por la pared de un abismo cilíndrico que se extendía en la oscuridad tanto hacia arriba como hacia abajo. Oliver nunca antes había estado allí, pero había oído hablar de aquello. El susurro del río resonaba, invisible, allá abajo.

Los tres miraron hacia arriba, abajo, a ambos lados, evitando mirar al frente hasta que por fin no les quedó dirección alguna hacia la que dirigir la vista. Una pálida luz se reflejó levemente en sus rostros.

—Entonces... —dijo Dean, tratando de sonar despreocupado, aunque traicionado por el temblor de su voz.

—Este es el lugar al que imita el metropolitano de Seattle —explicó Oliver—. Construyeron un abismo y le pusieron una cascada para representar eso... —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a lo que tenían delante—. Lo llaman el pozo de

Hades.

—¿Qué son? —preguntó Emalie con suavidad.

—Son espíritus —respondió Oliver—, de los muertos.

Ante ellos, un silencioso flujo de luz pálida y verdosa se precipitaba al abismo. En el interior de la irisada corriente se distinguían contornos de rostros distorsionados como fantasmas. Aquel resplandor recordó a Oliver el brillo de las luciérnagas.

Dean se asomó al muro con curiosidad, pero en el momento en que estiró los dedos y tocó la cascada de luz se produjo un deslumbrante golpe de energía eléctrica.

—¡Ay! —Retiró la mano quejándose—. ¿Qué le pasa a eso?

Oliver sacudió la cabeza.

—No puedes tocarlos. —Como zombi que era, Dean no podía sentir, como Oliver, la abrumadora sensación de no querer tocarlos—. Están muertos. Ya no forman parte de este mundo.

—¿Eso no debería confundirme? —preguntó Dean, doblando y estirando la mano—. Quiero decir: nosotros estamos muertos, ¿verdad?

Oliver asintió. Era algo que un vampiro, sencillamente, sabía, pero cómo explicarlo...

—Es la diferencia entre los no muertos, como nosotros, y los realmente muertos. Nosotros seguimos conectados a este mundo. Esta gente está muerta del todo, así que sus espíritus son libres para marcharse.

—¿Adónde van? —preguntó Emalie mientras la luz verde se reflejaba en sus ojos, abiertos como platos.

—Fuera, a un universo mayor —murmuró Oliver—. Irán adonde sean llevados... Como a otro mundo, tal vez, o de regreso a este mundo como parte de una nueva vida. —Oliver observó el paso de las pálidas formas. Sus inexpresivos rostros podían parecer tristes a ojos de un humano, pero a él le parecían en paz. Le sorprendió descubrir que sentía un poco de envidia. Y recordó que ese sentimiento de envidia era el motivo último de su destino—. Esta es la libertad que persigue el Consorcio —dijo, atando cabos—. Quieren que yo abra la puerta para que podamos ser libres de dejar estos cuerpos atrás y viajar a un universo mayor. Algo como esto, ya que solo como demonios podríamos escoger adónde ir.

—Suenan un poco aterrador —comentó Dean, aún frotándose la mano.

—¿Nunca te preguntas cómo sería? —preguntó Oliver.

—¿El qué? ¿Estar muerto del todo? Probablemente tendría menos moho en la piel —musitó Dean.

—En serio —dijo Oliver con gesto adusto—. Ya sabes, estar en paz y ser libre. Emalie se volvió hacia él.

—Resulta extraño que lo describas de esa manera.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, eso es lo que los humanos siempre están intentando conseguir, ¿sabes? No me refiero a que traten de estar muertos, pero siempre tratan de alcanzar la paz y

la libertad. Sin embargo, nunca lo logran.

—Lo logran cuando mueren —murmuró Oliver.

Emalie sacudió la cabeza.

—Pero no lo sabemos a ciencia cierta.

—Vamos, Oliver —intervino Dean—, en realidad no quieres estar muerto-muerto, ¿verdad?

Oliver reflexionó sobre aquello.

—Supongo que no. Pero siento como si quisiera algo diferente.

—Pero los vampiros tienen toda la libertad del mundo —prosiguió Dean—. Prácticamente vivís para siempre, no tenéis conciencia, podéis hacer cualquier cosa. Ni siquiera tenéis amo.

Oliver casi estalla en una carcajada.

—¿Acaso yo no lo tengo? Toda mi vida está siendo controlada por gente y cosas que ni siquiera entiendo. El destino es un asco.

—A mí no me importaría tener un destino.

Oliver miró a Dean con una leve sonrisa:

—Yo te lo cambiaría.

Emalie dio un grito ahogado. Se volvieron hacia ella y la encontraron con la vista clavada en la corriente de espíritus y con los ojos muy abiertos.

—Es él... —susurró—. El guardia de seguridad.

Oliver escudriñó entre las caras borrosas y divisó el rostro redondo y barbudo, teñido de blanco y verde. Ya no tenía sangre en el cuello.

—Ahora está tranquilo —dijo Emalie, como ausente—. Su espíritu gritaba tanto anoche en el museo, estaba tan disgustado... Pero ahora los gritos se han ido. No sé si eso es triste o alegre.

Oliver se encogió de hombros.

—¿Para quién?

—Para él, para sus hijos, su esposa...

Mientras Oliver veía pasar el inmóvil rostro, percibió otro sonido, en este caso un leve zumbido.

Miraron hacia arriba y descubrieron una luz en lo alto de la pared que bajaba hacia ellos. En cuestión de segundos, un ascensor de cristal ovalado surgió de la oscuridad deslizándose por una grieta de la roca y reflejando sobre su cristal curvado los espíritus distorsionados.

El zumbido aminoró la marcha y el ascensor alcanzó la cornisa en la que Oliver, Emalie y Dean permanecían. Oliver se volvió hacia Emalie y comprobó que había desaparecido.

Estoy justo aquí. Oliver notó un codazo en el hombro contrario. Se volvió y vio a Emalie por el rabillo del ojo, pero, acto seguido, al mirarla directamente, no estaba.

Iba a pedirte que hicieras esa cosa que haces cuando pasas desapercibida, pensó Oliver.

Soy buena, ¿eh?, respondió ella.

—¡Deja de hacer eso! —gruñó Dean.

Oliver se giró hacia Dean y se lo encontró mirando fijamente hacia donde se suponía que estaba Emalie.

—¿Puedes verla?

—Sí —dijo Dean saludándola con la mano—. Otra ventaja más de ser un simple zombi.

—Muy bien. —Oliver se encaminó hacia el ascensor—. Este es el camino hacia el asilo. —Las puertas se abrieron despacio y un grupo de vampiros salió. Todos eran adultos vestidos con ropa antigua, los hombres con pajarita y las mujeres con trajes de falda y chaqueta. Oliver recordaba vagamente que sus padres vestían igual cuando él era muy joven. Un ascensorista con un uniforme gris se quedó dentro, sentado en un taburete con la mano apoyada en la rueda que abría las puertas.

—Creí que la colonia estaba en la «baja» Morosia —comentó Dean.

—Sí —contestó Oliver—. En el Viejo Mundo, el mundo de la superficie se considera «más bajo» que el Inframundo. Algo así como «menos poderoso, menos importante».

Estaban a punto de entrar en el ascensor cuando Oliver notó otro golpecito en el hombro. *¿Y ahora qué?*, pensó mientras se volvía.

—Hola, Oliver. —Sebastian estaba a su lado.

—Pa-papá... —tartamudeó Oliver, aturdido.

¡Escóndete!, le ordenó desesperado a Emalie.

No te preocupes, ya lo estoy.

—Ho-hola señor Nocturne —saludó Dean con nerviosismo.

Sebastian dedicó una rápida mirada a Dean antes de seguir:

—¿Qué os trae a vosotros dos hasta aquí?

—Ah, eh... —Las ideas se agolpaban en la cabeza de Oliver—. La abuela nos habló del pozo, así que hemos venido a verlo, nada más.

—Qué suerte —dijo Sebastian con serenidad—, te estaba buscando. Vamos.

—Ah, pero Dean y yo íbamos a...

Sebastian agarró a Oliver por los hombros y lo metió en el ascensor. Se volvieron y Dean se disponía a entrar...

—Lo siento, Dean... —Sebastian lo empujó con brusquedad fuera del ascensor.

—¡Eh! ¿Qué...?

El tono de Sebastian seguía siendo sereno.

—Oliver y yo tenemos un asunto que atender —dijo, y se volvió hacia el ascensorista—. Al piso de arriba, por favor. —El ascensorista giró su rueda metálica y las puertas se cerraron.

—Encontrará el camino de vuelta a casa —dijo Sebastian. Buscó en su bolsillo una propina para el ascensorista y, cuando se la dio, Oliver pudo atisbar por un momento algo de cuero en el interior de su largo abrigo negro, como la empuñadura

de un estilete...

El ascensor comenzó a subir mientras Oliver miraba con impotencia como el rostro de Dean desaparecía en la distancia.

El enfrentamiento

Ninguno de los dos Nocturne abría la boca. Oliver miró a su padre, que tenía la vista clavada en el cristal; la luz del pozo trazaba un acuoso mosaico verde sobre su inescrutable rostro. Al mirar abajo, Oliver vio a Dean, que se hacía cada vez más pequeño.

El ascensor continuó su suave subida.

—¿Adónde vamos? —preguntó Oliver con nerviosismo, mirando fijamente hacia los rostros borrosos de los espíritus.

—Al mismo lugar al que te dirigías —respondió Sebastian.

—¿Al asilo colonia? —Oliver se imaginó que sería una pérdida de tiempo tratar de mentir sobre aquello.

Sebastian asintió.

—¿Por qué? —preguntó Oliver.

Sebastian tardó un momento en responder.

—Es necesario hacer una cosa.

El ascensor zumbaba.

¿Es esto?, pensó Oliver horrorizado. *¿Es ahora cuando me voy a convertir en polvo?* Después de todo, era la séptima luna. Deseaba correr, saltar, cualquier cosa; pero obviamente, no tenía adónde ir. Así que en vez de eso, se quedó allí de pie, presa del pánico. Se sentía como si tuviera la espalda apoyada contra una enorme y pesada puerta; como si la estuviera empujando para mantenerla cerrada y, tras ella, pudiera oír el murmullo de muchas voces ansiosas... Todos sus miedos y preocupaciones, demasiados para contarlos. Solo quería dejarlos fuera, empezar a gritarle a su padre, pero en lugar de eso lo único que hacía era ignorarlos. Era el único modo. Solo que aquello era todo lo que podía hacer para mantener la puerta cerrada. Sentía como si la puerta lo fuera a empujar hacia delante...

Prueba con esto primero.

Era Emalie.

¿Estás ahí?, preguntó Oliver, resistiéndose al impulso de mirar a su alrededor.

No, sigo con Dean, pero...

Estás en mi cabeza, dijo Oliver al comprenderlo.

Algo así.

Oliver notó que se ruborizaba.

Creí que habías dicho que necesitabas invitación. ¿Con qué frecuencia podía entrar en su cabeza?

Bueno... Tú simplemente escucha, Oliver: puedo sentir tus miedos... Déjame ayudarte. Empieza con esto...

¿De qué sirve?

Confía en mí.

De acuerdo. Dejó mínimamente entreabierta la puerta de su mente y sintió que un solo pensamiento se colaba por la rendija como una voluta de humo. Podía oír las demás preguntas tratando de llamar su atención de un modo apremiante, pero era casi como si Emalie estuviese actuando como barrera y las mantuviese a raya para él.

—Papá —comenzó Oliver—, ¿dónde has estado estos dos días?

—He estado trabajando para el Consorcio —respondió Sebastian con toda naturalidad.

¿Y ahora qué?, preguntó Oliver.

Ahora esto..., Emalie dejó caer otra pregunta.

—¿Tu trabajo tiene que ver con la séptima luna?

—En cierto modo —dijo Sebastian.

Oliver miró hacia atrás a través del cristal del ascensor. Arriba empezaba a divisarse una brillante luz que ondulaba en lo alto de la cascada de espíritus.

Vamos, le apremió Emalie.

¿Qué otra cosa voy a decirle?, pensó Oliver con derrotismo. *De todos modos, no me va a contestar.*

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron, y Oliver y Sebastian salieron a otra plataforma de piedra en forma de anillo. Sobre ellos, casi a su alcance, la cascada de espíritus parecía manar de una barrera líquida que pendía de un enorme hueco en el techo de roca. La barrera estaba inclinada hacia delante igual que una gota de agua a punto de caer.

—¿Qué es eso? —preguntó Oliver.

—Es el fondo del lago Naenia, en el cráter del monte Morta. Es una puerta de salida de este mundo para los espíritus. —Sebastian dio la espalda al pozo—. Por aquí. —Se encaminó hacia el estrecho pasadizo de roca—. Estos túneles son viejos conductos de lava —dijo mientras Oliver lo alcanzaba.

—¡Vaya! —respondió Oliver.

Te estás estancando..., apremió Emalie.

No es verdad.

¿Entonces qué? Emalie sonaba enfadada, *¿te vas a limitar a rumiar en silencio hasta que acabes convertido en polvo? Prueba con esto...*

Oliver percibió el siguiente pensamiento que Emalie dejó caer.

¿Esa pregunta? ¿Estás loca?

Es lo que yo haría.

Oliver reflexionó sobre aquello. Sí, Emalie lo haría. Le haría la mayor pregunta que se le pudiera ocurrir. Oliver siempre centraba toda su energía en tratar de evitar preguntas importantes y espinosas. Antes haría cientos de preguntas insignificantes.

Intentar hacerlo a la manera de Emalie sonaba aterrador, pero, tal vez, llegados a este punto, fuese el único modo...

—Entonces —dijo Oliver mientras recorrían el túnel—, ¿vas a asesinarme?

Sebastian detuvo sus pasos. Se volvió hacia Oliver.

—¿Qué?

Oliver no podía creer lo que había dicho. Daba miedo, pero también sentaba bien.

—Ya me has oído —dijo con hosquedad.

Sebastian se quedó callado por un momento. Oliver se dio cuenta, justo entonces, de que no tenía ni idea de lo que iba a responder su padre...

—Oliver, ¿de qué estás hablando? —exclamó Sebastian—. ¿Asesinarte? ¡Eres mi hijo! ¿Por qué se te ocurre una cosa así? Yo nunca... —Por primera vez en meses, se acercó a Oliver y le revolvió el cabello, antes de rodearlo con el brazo—. Vamos, hijo. Podemos seguir hablando por el camino.

Aturdido, Oliver se dejó guiar.

Oliver, sigue hablando.

¿Y qué digo?

¡Di lo que sientes, y dilo ya! Parecía furiosa con él.

Oliver solo quería seguir avanzando... Pero se detuvo y se deshizo del brazo de Sebastian, porque algo seguía yendo mal.

—Estás mintiendo.

Sebastian se volvió hacia Oliver sorprendido.

—¿Disculpa?

Ahora, le ordenó Emalie. Oliver tenía la sensación de que ella estaba abriendo la puerta del todo.

—¡Estás mintiendo! —gritó Oliver—. ¡Lo sé, papá!

—Oliver...

—¡No! Sé lo de la séptima luna, lo de la noche del sacrificio. ¡Sé que el Consorcio te obliga a asesinarme para demostrar tu lealtad! —Sebastian se acercó a él, pero Oliver retrocedió, apartándose de un manotazo el cabello de sus fulgurantes ojos—. ¡Vas a asesinarme con ese estilete porque soy un fracaso!

—No...

—¡Sí! Lo soy. ¡Y tú no lo dirás, pero yo sé que lo piensas! Ni siquiera me hablas desde que me viste con Emalie. Es decir, vamos, vosotros sabéis que sigo viéndome con ella. ¿Y qué hay de todas esas visitas al doctor? ¡Sabéis que estoy estropeado por dentro y vais a asesinarme y a intentarlo otra vez! ¡Os oí y sé que lo vais a hacer!

Oliver no podía creer lo que estaba sintiendo al decir aquellas cosas. Y aun así, el rostro de Sebastian permanecía impasible. Nada. *Porque tengo razón*, pensó Oliver abatido. Así que le chilló a su impasible padre:

—¡No entendéis lo que es ser yo, y ni siquiera os importa!

Por fin, Sebastian arrugó la frente.

—Oliver, déjalo.

—¡No! ¡Dímelo! ¡O mátame aquí mismo! ¡Lo que sea! ¡Yo nunca quise vuestra estúpida profecía! —Oliver ya no se podía controlar. Sentía como si estuviera sentado observando toda aquella escena. Todos los sentimientos de angustia y frustración habían estallado, los muros se desmoronaban y las mentiras caían amontonadas unas sobre otras... ¿Qué ocurriría a continuación? No tenía ni idea, y no le importaba. Algo nuevo... Y Oliver siguió gritando.

—¡Si soy un fracaso tan grande, entonces...!

—¡Oliver! —Sebastian arremetió contra él. Su puño se alzó y salió disparado...

Todo se volvió negro.

Transferencia

Oliver abrió los ojos y vio la luna. Por un momento, su aturdido cerebro dio un salto al pasado, a la consulta del doctor Vincent. Sintió la extraña esperanza de que de un momento a otro descubriría que estaba allí, de vuelta en Seattle, tal vez incluso de nuevo en diciembre, cuando sabía tan pocas cosas...

Entonces vio los contornos helados de las colinas lejanas y el frío resplandor de luces diminutas. Luciérnagas que se internaban y flotaban entre las matas de hierba alta que lo rodeaban. Miró a su alrededor y descubrió que estaba sentado en la ladera de una montaña, bajo la luz de la luna. En lo alto se divisaba la boca de una cueva y, más arriba aún, un pedregal desnudo de árboles conducía al cráter volcánico que coronaba el monte Morta, cuyos bordes parecían helados por el resplandor de la luna. Si miraba hacia abajo, los prados descendían en dirección a arboladas faldas del monte poco empinadas. A lo lejos, Oliver pudo distinguir el pequeño haz de luces que formaban Fortuna y las carreteras aledañas. Una de ellas serpenteaba ladera arriba y remataba no muy lejos de donde se encontraban. Al final de la misma se erguía un antiguo castillo de piedra rodeado por un gran muro.

—Ese es el asilo colonia —anunció Sebastian, que permanecía a unos metros de Oliver con los brazos cruzados y los ojos fijos en el castillo. El viento agitaba su abrigo tras él.

Emalie... Pero Emalie ya no estaba. Oliver recordó que debía de haberse visto obligada a salir de su cabeza cuando él perdió el conocimiento.

Entonces Oliver recordó también quién lo había dejado sin sentido y comenzó a levantarse, pero su visión estaba empañada por puntos blancos y volvió a caer al suelo.

—Oliver, escúchame —dijo Sebastian, dirigiéndose de nuevo a él—. Tenía que hacer que te calmaras. —Oliver lo miró con recelo. Sebastian parecía estar buscando las palabras adecuadas—. Hemos venido al asilo colonia para visitar a un oráculo llamado Selene. El Consorcio me ha enviado a extraer su fuerza vital. La necesitamos para cumplir tu profecía.

Oliver lo miró fijamente:

—¿Por qué tendría que creerte?

—Oliver, yo no te mentaría.

—Sí...

Sebastian se volvió.

—No, Oli, tu madre y yo te queremos. En ocasiones no te contamos ciertas cosas.

Es complicado, o nos lo parece a nosotros... Supongo que hemos cometido un error al no hablarte más sobre tu profecía, pero es..., es porque no sabemos exactamente qué decirte. Lo mantuvimos en secreto durante tu infancia para que no te sintieras abrumado. Queríamos que tuvieses una existencia normal tanto tiempo como fuese posible. Pero entonces empezaste a tener problemas de sueño y todo eso...

Oliver se preguntó si con «todo eso» Sebastian se refería a Emalie.

—Debimos contártelo antes —concluyó Sebastian—. Los padres no siempre sabemos lo que hay que hacer.

—¿Y por qué no me dijisteis eso y punto? —musitó Oliver.

—Bueno, supongo que tienes razón. Debimos haber hablado contigo antes de que acabases entablando amistad con una humana... Me imagino hasta qué punto deseabas vengarte de nosotros.

Oliver se limitó a encogerse de hombros. Nunca había pensado en Emalie como un modo de vengarse de sus padres. Desde luego no se trataba de eso, pero no iba a aclarar aquello en un momento así.

—Aun así, si hubiese sabido que creías que íbamos a asesinarte... —Sebastian suspiró—. Oliver, nosotros nunca haríamos eso.

Oliver asintió. Se dio cuenta de que tal vez creyese a su padre en lo concerniente a aquel asunto, y también de que aquella era la primera vez que hablaban sobre la profecía, sobre el destino de Oliver. A pesar de todo, se preguntó en voz alta:

—Pero la profecía es más importante que yo, ¿no es cierto?

Sebastian apartó la mirada y Oliver no creyó que fuese a responder.

—Para alguna gente, pero no para nosotros. ¿Comprendes eso?

—Supongo... Entonces, necesitas la fuerza vital de Selene... ¿Eso significa que vas a matarla?

—Sí.

—¿Sabes por qué estoy buscando yo a Selene?

—Me imagino que querías escuchar tu profecía de sus labios.

—Sí.

—Bueno, entonces creo que es hora de que lo hagas. Ese es el motivo por el que te traje conmigo cuando te encontré. —Se puso en pie y le tendió la mano—. Vamos, hijo.

Oliver la contempló un instante. ¿Podía confiar en su padre? Tal vez. Se aferró a esa mano y notó que Sebastian lo agarraba con fuerza y firmeza. Al levantarse, sintió como si todas aquellas preguntas que lo habían abrumado momentos antes se hubieran silenciado. Emalie se habría sentido orgullosa de él.

Emalie... Su padre desde luego que no aprobaba aquello. Así que aún quedaban algunas cosas en las que había que trabajar.

—Por aquí —dijo Sebastian, dirigiéndose al interior de la montaña.

Oliver caminó a su lado.

—¿Entonces ese estilete es para matar a Selene?

—Sí, el estilete de Alamut —le explicó Sebastian—. Tyrus lo rescató personalmente de la fortaleza de Irán. Fue forjado por antiguos asesinos.

—¿Por qué necesitas la fuerza vital de Selene?

Sebastian le propinó unas palmaditas en la espalda.

—Esa es otra de las cosas que ya debería haberte contado. Una parte importante de tu destino está a punto de tener lugar. Un demonio Érebo llamado Vvette te va a conceder más poder del que ya tienes. Por ese motivo tuviste que ir tantas veces al médico. El doctor Vincent ha estado preparando tu cuerpo para que asimile ese poder.

—¿Qué tipo de poder? —preguntó Oliver con nerviosismo.

—Bueno, luego podré explicártelo con más calma, pero te ayudará a unirse con Illisius cuando llegue el momento de que abras la puerta. Pero para invocar a Vvette, necesitamos algo llamado el artefacto. De hecho, el artefacto van a recogerlo en Isla Necrata. Y para abrir el artefacto necesitamos la fuerza vital de Selene. ¿Has entendido todo esto?

—Más o menos —respondió Oliver tímidamente. Nada de aquello sonaba divertido, a decir verdad, pero lo cierto es que era mejor que lo que él creía que era la finalidad del arma—. Pero...

—Espera —dijo Sebastian. Habían llegado a la puerta de hierro de la muralla del castillo. Sebastian se acercó a un teclado numérico que había junto a ella y marcó un código. La puerta se abrió. En el interior se encontraron un patio de césped salpicado de árboles. Una luz blanca brillaba en el interior de las ventanas del castillo, que habían sido renovadas con cristales modernos. Los faroles que alumbraban los pasillos eran de gas.

Oliver y Sebastian se volvieron hacia el chirrido de unas ruedas. Apareció un celador vestido de cuero blanco que empujaba a un paciente en silla de ruedas.

—Buenas noches —dijo. El celador era un vampiro de mediana edad con cabello lacio, brillante y oscuro. El paciente era un hombre mayor. Al pasar, Oliver olisqueó el aire.

—Es humano.

Sebastian sonrió:

—Oli, todos los pacientes del asilo colonia son humanos.

A Oliver le sorprendió aquello.

—¿De verdad? ¿Incluso Selene?

—Ese es el objetivo del asilo —le explicó Sebastian—. Es una tapadera. Lo que los humanos consideran demencia, a veces no es más que la conciencia (en un humano) de la amplitud del universo. Un humano no puede asimilar por completo el concepto de la totalidad de mundos y fuerzas. Sus mentes de vida efímera tratan de comprenderlo, pero no pueden. Sin embargo, hay algunos humanos con un toque especial que son lo bastante conscientes de la realidad como para actuar como oráculos y resultar útiles al mundo vampírico. Creemos que tiene algo que ver con las estirpes demoníacas presentes entre los humanos. Aunque también hay otras teorías.

Oliver pensó que aquello sonaba muy parecido al caso de las orani, excepto por la parte de la demencia, aunque no sabía si alguna orani se había vuelto loca a causa de sus habilidades. Se preguntó si su padre conocía a las orani y se dio cuenta de que esperaba que no fuera así.

—¿Entonces las profecías más importantes del mundo son pronunciadas por humanos?

—Sí. Había un viejo dramaturgo humano que se llamaba Shakespeare —prosiguió Sebastian—. Dado el número de obras que escribió y lo brillante que era, puedes suponer que era más que un simple humano... En cualquier caso, sus obras a veces incluían a un bufón o a un idiota que, en realidad, era verdaderamente sabio, solo que nadie lo sabía. Lo mismo ocurre con las personas que están aquí.

»Los humanos nunca reconocerían a uno de los suyos que tuviese el don del poder universal, como un oráculo, y probablemente lo encerrarían como a un lunático, o lo rechazarían hasta el punto de que acabase dedicándose al crimen y pudriéndose en una cárcel. Nosotros conseguimos que los pacientes que cumplen el perfil sean transferidos a este centro, donde podemos estudiar su poder. El encuentro de una mente humana con la verdadera conciencia del universo es un fenómeno fascinante. Pueden ver cosas acerca del futuro que otros no ven.

—Como mi destino —añadió Oliver.

—Exacto.

Oliver y Sebastian llegaron a la puerta principal, que era gruesa y metálica. Sebastian pulsó un botón rojo y sonó un timbre. Instantes después, la puerta se abrió y apareció una mujer adusta vestida con una bata blanca.

—Buenas noches —dijo—. ¿Puedo ayudarlos?

—Sebastian Nocturne. He venido de parte del Consorcio de la Penumbra. Órdenes del señor Ravonovich. El doctor Constance debe de estar esperándome.

—Yo soy la doctora Constance —respondió la mujer de forma cortante— y lo estaba esperando. Por eso he abierto la puerta.

—Mis disculpas —dijo Sebastian.

La doctora Constance los invitó a atravesar un pequeño pasadizo abovedado que conducía a un amplio vestíbulo de entrada. En la pared del fondo, una escalera ascendía formando una curva hasta un rellano en el piso de arriba. Las altas paredes de piedra estaban decoradas con pinturas medievales. También había una armadura. De todas las esquinas salían pasillos, solo que estaban cerrados con puertas de acero y candados.

—Así que han venido a ver a Selene.

—Correcto.

—Bueno, me temo que tengo malas noticias.

—¿Qué...?

—La noticia es —rugió una voz tras ellos— que no vais a poder verla.

Oliver y Sebastian se volvieron y se toparon con el tío Ember, que bloqueaba la

puerta en compañía de otros dos vampiros con miradas amenazantes.

—Discúlpeme, ¿puedo ayudarlos? —preguntó la doctora Constance.

—Sí —dijo Ember con serenidad, dirigiendo una ligera sonrisa a la doctora—. Márchese deprisa y déjenos hacer lo que hemos venido a hacer.

—¿Y qué se supone que es, Ember? —preguntó Sebastian con gravedad.

—Pararos los pies, a ti y al Consorcio. —Ember dirigió a Oliver una mirada perversa—. Detener toda esta horrible profecía. Muy bien, esto puede ocurrir de dos formas: la primera es que tú y tu hijo salgáis por esta puerta y regreséis a Morosia.

—Bueno, entonces supongo que tendrá que ser la segunda —replicó Sebastian con mucha calma.

—Si esa es tu decisión... —Los ojos de Ember se pusieron de color verde esmeralda.

Sebastian lo miró y se encogió de hombros:

—¿Por qué, Ember? Solo dime por qué no deberíamos cumplir la profecía. Y no digas que es porque queréis dejar las cosas como han estado siempre. Lo único que ha permanecido siempre es el cambio. Cambiamos, evolucionamos.

—¡Deja de hablar como un humano! —bramó Ember.

Oliver se estremeció. Emalie le había dicho lo mismo a él justo después de que Dean muriera. No podía creer que estuviese oyendo aquella misma frase dirigida a Sebastian y pronunciada por un vampiro, nada menos.

Sebastian sacudió la cabeza.

—Gracias, Ember. Seguiremos nuestro camino. —Se volvió para irse...

Con un agudo siseo, Ember dio un salto, embistió a Sebastian y ambos cayeron al suelo.

La doctora Constance se evanesció en una columna de humo negro y se deslizó hasta un lugar seguro en lo alto de las escaleras.

Oliver vio como Sebastian se quitaba a Ember de encima y lo derribaba contra una columna de piedra. Los otros dos vampiros se abalanzaron sobre él. Oliver arremetió contra ellos y empujó a uno, cogiéndolo por sorpresa y tirándolo al suelo. Pero antes de que Oliver pudiese siquiera recuperar el equilibrio, el otro vampiro lo había agarrado por el cuello y arrojado sin apenas esfuerzo al otro lado de la estancia. Chocó contra la armadura y cayó entre un amasijo de metal.

Aturdido, Oliver levantó la cabeza y vio a Sebastian intercambiando puñetazos con uno de los vampiros antes de volverse y lanzarlo contra Ember. Entonces Sebastian se encaramó a la pared. Estiró los brazos y cerró los puños uno junto al otro, y una columna de humo surgió de ellos.

—*Tachesssss* —susurró, y apareció su *naginata*. Era un asta larga rematada por uno de los extremos en una hoja plateada con un halcón tallado.

Ember lo observó con un gruñido. Se volvió hacia uno de los vampiros y señaló a Oliver.

—¡Sacad a eso de aquí! —Entonces se giró de nuevo hacia Sebastian—. Patético

—masculló.

—¿En serio? —replicó Sebastian. Saltó de la pared con su largo abrigo agitándose tras de sí y haciendo girar el arma entre sus manos. Al aterrizar, golpeó a Ember en la mandíbula antes de que este pudiese siquiera moverse. Pero el segundo vampiro le propinó un despiadado golpe y los tres se sumieron en el caos.

Una alarma comenzó a sonar. Se abrió una puerta al otro lado de la habitación y dos guardias de seguridad entraron corriendo para tratar de separar a los contendientes, aunque lo que consiguieron fue entrar en el conflicto con pasmosa rapidez.

Oliver se puso en pie apresuradamente cuando el tercer vampiro echó a correr hacia él. Recorrió de un salto la estancia y aterrizó en mitad de las escaleras.

—Oliver. —Alzó la vista y se topó con la doctora Constance en lo alto de las escaleras, que le hacía gestos con la mano. Oliver dio otro salto hasta ella, que lo miró con ojos escrutadores—. Eres el niño de la profecía de Selene.

—Sí —respondió Oliver.

La doctora Constance sacó una tarjeta-llave del bolsillo de su bata y se la tendió.

—Por ese pasillo —dijo señalando hacia el rellano—. Habitación 209. Tal vez se muestre ante ti.

—¿Qué significa eso? —preguntó Oliver.

—Tú vete —dijo la doctora, empujándolo. Se volvió y se puso en guardia, dispuesta a recibir al perseguidor de Oliver.

Oliver atravesó el rellano, tratando de ignorar la lucha desgarrada que dejaba atrás. Sebastian estaría bien...

Llegó hasta la puerta de acero y deslizó la tarjeta en una ranura que había al lado. Se oyó un pip y el sonido de unos cerrojos en la pared. Oliver empujó la puerta y la cerró de un golpe tras de sí.

A lo largo del pasillo de piedra había más puertas metálicas. Caminaba junto a ellas comprobando los números cuando, al pasar por una ventana abierta, se hizo añicos de repente y los cristales se desperdigaron por el suelo. Oliver retrocedió de un salto, se giró y vio que una mano llena de manchas se aferraba al marco de la ventana. La mano aterrizó justo sobre un afilado fragmento de cristal y rápidamente se retiró.

—¡Ah!

Oliver se asomó a la ventana y vio a Dean pendiendo peligrosamente de la pared con Emalie colgada de su espalda. Dean sonrió, aliviado.

—¿Una ayudita?

Oliver tomó la mano de Emalie y la alzó hasta pasarla por la ventana. Volvió a mirar a Dean:

—Yo no necesité ayuda cuando la llevé a cuestras —bromeó.

Dean puso los ojos en blanco.

—¡Miradme, soy Oliver, soy un Romeo de pacotilla! —Se encaramó a la ventana

y pasó a través de ella. Entonces frunció el ceño al ver el profundo agujero que traspasaba su mano—. Recuérdame que envuelva esto en tierra seca cuando salga —dijo, refiriéndose al método que usaban los zombis para evitar infecciones en sus heridas.

—Cogimos el siguiente ascensor —explicó Emalie mientras avanzaban por el pasillo—. Pude seguirte la pista hasta que tu padre te dejó inconsciente... Debe de haber sido horrible.

—En realidad no. —Oliver se encogió de hombros—. Tan solo estaba haciendo que me calmase. Después hablamos sobre la profecía, y Selene, y cosas así.

—Emalie dice que lo pusiste en su sitio —comentó Dean.

—Sí —respondió Oliver, y a continuación miró a Emalie—. Gracias —dijo con suavidad.

Ella sonrió.

—No hay de qué. De todos modos, no resultó difícil encontrarte en cuanto salimos del túnel y vimos este lugar.

Oliver se detuvo ante la puerta con el número 209.

—¿Listos? —dijo.

La sonrisa de Emalie se desvaneció, y su rostro se puso más pálido. Oliver se preguntó qué esperaba encontrar allí. Deslizó la tarjeta en la puerta y esta se abrió.

Se internaron en la oscuridad del cuarto. Emalie encendió un interruptor que había en la pared y una tenue lámpara se iluminó. Las paredes eran de color crema y estaban desnudas, de no ser por un cuadro que representaba un jarrón con flores. Un viejo televisor reposaba sobre un carrito metálico y dorado lleno de abolladuras. A Oliver el olor de la habitación le recordó a años atrás, cuando había conocido a la madre de Sebastian, Tally, con casi seiscientos años, la piel prácticamente consumida, los huesos secos y laca en el pelo... Oliver también sentía miedo en aquel cuarto: miedo a la muerte, al final y a lo desconocido...

La cama estaba hecha con esmero con sábanas blancas y una manta marrón. Sobre ella yacía una mujer mayor, inmóvil. Vestía un camisón largo azul claro y sus manos estaban marcadas por unas venas azules que apenas parecían cubiertas por su piel. Parecía tan frágil... ¿Cómo un cuerpo tan delicado podía contener algo tan poderoso como un oráculo?

Los tres se acercaron a ella con cautela.

—¿Entonces esta es Selene? —preguntó Dean.

—Sí —respondió Emalie. Mientras observaban a la anciana, se oyó el ligero sonido de una campanilla. Algo se movió en un rincón y, entonces, un gato de color pardo salió de detrás de un vieja silla tapizada. Maulló suavemente e hizo sonar un pequeño cascabel que le pendía del cuello. Entonces la cabeza de otro gato apareció entre las sombras detrás del primero; este era negro. Cuando los tres se acercaron a la cama, los gatos se ocultaron.

Oliver examinó el cuerpo. Por su aroma podía deducir que Selene no estaba

muerta. Pero tampoco respiraba.

—¿La han engendrado?

—No. —Oliver no sabía qué le pasaba. No estaba en estasis—. Dean, ¿hay algo más aquí que no podamos ver?

Dean miró a su alrededor.

—Qué va, no está sucediendo nada mágico.

Emalie acarició el brazo de Selene con un dedo.

—No está aquí —dijo—, pero no hace mucho que se ha ido. —Escrutó la habitación—. No le gusta haberse marchado, porque tiene miedo de no regresar nunca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Oliver.

—Puedo sentir sus emociones. Es su espíritu, pero hay más... Definitivamente, está viva, pero ha abandonado su cuerpo.

—A lo mejor es una transferencia —conjeturó Oliver. Había oído hablar de ello—. Es algo intermedio entre cuando Emalie entra en la cabeza de alguien y cuando un vampiro posee a un animal. Transfieres tu fuerza vital a otra cosa y normalmente dejas un conjuro de invocación.

Emalie arrugó la frente como si estuviera escrutando el silencio.

—Siempre deseó marcharse, pero sabía que aquí estaba a salvo, hasta...

—¿Qué? —preguntó Oliver.

Emalie lo miró.

—Hasta que se dio cuenta de que alguien iba a matarla.

—Ese debe de ser mi padre —dijo Oliver.

Emalie sacudió la cabeza.

—No se ha ido lejos, porque hay algo que aún quiere hacer...

—Mirad —les interrumpió Dean—, chicos. —Dean había cogido una foto de la mesilla de noche. El marco de madera estaba abollado y deteriorado. Oliver y Emalie se juntaron a su alrededor. La foto estaba manchada, desvaída y era en blanco y negro. Dos mujeres, una mayor que la otra, ataviadas con sencillos vestidos blancos, posaban en la entrada de un destartado edificio de madera. El sol se reflejaba con fuerza en sus frentes. La de mayor edad le pasaba el brazo sobre los hombros a la más joven en un gesto maternal.

—Así que esa —dijo Dean señalando a la mujer mayor y mirando a continuación hacia la cama— es Selene. Y no estuvimos demasiado tiempo en el museo, pero creo que la otra...

—Esa es mi madre —dijo Emalie con serenidad—, estoy segura.

Dean giró el marco y deslizó las tres lengüetas metálicas que sujetaban la parte trasera. Sacó la foto y se la tendió a Emalie. En el reverso había una frase manuscrita:

Selene y Febe, guardianas de Arcana.
Ciudad de las Musas, 14 de marzo de 1868.

Emalie volvió de nuevo la foto y pasó el dedo por ella escrutando cuidadosamente el rostro de su madre.

—Entonces —dijo Dean— esa es tu madre como en una especie de viaje al pasado.

—Eso parece —afirmó Emalie.

—¿Qué está haciendo ahí?

—No tengo ni idea —contestó Emalie.

—He oído hablar de Arcana —dijo Oliver—. El códice me dijo que fue una ciudad destruida por las orani en... Creo que dijo en 1868.

—Las orani nunca destruirían una ciudad. —Emalie frunció el ceño mirando la foto—. ¿Qué estás haciendo, mamá? —Se la devolvió a Dean.

—¿No quieres quedártela? —preguntó él.

—No, es de Selene. —Entrecerró los ojos mientras sentía las fuerzas presentes en la habitación—. A ella le encanta esta foto.

Dean devolvió la fotografía a su marco.

De repente se oyó un portazo en el pasillo y pasos que corrían en dirección al cuarto.

—¡Ember dijo que estaba en la habitación 209! —decía uno de los vampiros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Emalie.

Oliver miró de nuevo al frágil cuerpo que yacía sobre la cama. *¿Dónde estás, Selene?*, se preguntó. Algo suave le rozó la pierna con un tintineo. Oliver bajó la mirada y vio al gato pardo. Por el rabillo del ojo detectó un movimiento y entonces vio que el gato negro había saltado sobre la cama y se estaba acurrucando sobre las piernas de Selene ronroneando con fuerza. Oliver se percató entonces de que el gato negro no llevaba collar...

Otra cosa captó su atención en la ventana, una pequeña luz parpadeante: una luciérnaga. Cuando centró su mirada en el cristal, vio otra, y otra más...

Volvió la vista de nuevo hacia el gato negro sin collar.

Los pasos se acercaban a la puerta.

—Chicos —dijo Oliver—, sé dónde se ha ocultado Selene.

—¿Dónde? —preguntó Dean.

—Vamos —ordenó Oliver. Atravesó la habitación y abrió el enorme ventanal doble—. Agarraos —dijo—. Le pasó el brazo a Emalie por encima de los hombros y saltó a la oscuridad de la noche.

El templo de los muertos

Cuando Oliver y Emalie aterrizaron en el patio de hierba, Oliver oyó el estruendo de una puerta en lo alto y, al mismo tiempo, el sonido de voces histéricas en los alrededores del asilo.

—¡Vaya! —chilló Dean mientras aterrizaba—. Casi me cogen...

—¡Chsss! —ordenó Oliver—. Silencio.

Bordeó el castillo hasta que pudo ver la verja de entrada. Una colección de vampiros se dirigía con decisión hacia la puerta principal. Sus abrigos negros con alfileres de hueso en la solapa los identificaban como miembros del Consorcio de la Penumbra. Oliver reconoció a algunos de ellos: Leah, con su cabello corto y encrespado; Yasmin, con su pañuelo en la cabeza y Tyrus, que lideraba el grupo y vestía su habitual jersey de cuello cisne a pesar de la calidez de la noche.

—Leah, ve por detrás —ordenó, y Leah se encaminó en dirección hacia donde estaba Oliver.

Oliver se preguntó por un momento si debía dejarse ver. *Entonces no tendrás oportunidad de hablar con Selene a solas.* Concluyó que, a pesar de la charla con su padre, deseaba más que nunca hablar con Selene por su cuenta. Y estaba bastante seguro de que ella también quería hacerlo.

Dio la vuelta y regresó corriendo hasta donde estaban Dean y Emalie.

—Vámonos. —Corrieron hasta el muro, Oliver agarró de nuevo a Emalie, saltaron por encima del obstáculo y aterrizaron sobre la maleza seca de la empinada ladera.

—¿Adónde vamos? —preguntó Dean.

Oliver miró a su alrededor... Allá, en lo alto de la ladera, vio una luciérnaga, luego otra, y otra. *A Selene se la oye mejor a través de las llamas frías...*

—Por aquí.

Oliver los guio en su escalada entre trozos de roca sueltos y matas de vegetación seca que proyectaban sombras azules a la luz de la séptima luna. Mientras corrían ladera arriba, las luciérnagas se fueron reuniendo poco a poco ante ellos en un orden relajado que trazaba una vaga línea colina arriba.

Alcanzaron la cima de la ladera y descubrieron que se encontraban en el borde de una enorme caldera volcánica. Paredes de roca vertiginosamente inclinadas caían cientos de metros en el interior de un cráter donde, en su día, debía de vislumbrarse un cono de ceniza volcánica, pero que ahora contenía las burbujeantes aguas del lago Naenia, lago que servía de punto de entrada para los espíritus al pozo de Hades. El

otro lado de la cresta de la caldera estaba mucho más alto que el lugar donde ellos se encontraban, y su pico más elevado estaba ligeramente manchado de nieve.

El viento los azotó. Oliver volvió la vista hacia el asilo, pero no supo si los estaban persiguiendo o no.

—Allí —indicó Emalie. Oliver siguió la dirección en la que ella señalaba. Justo bajo la parte interior del borde del cráter había un grupo de tres altiplanos, como escalones de bajada hacia el lago tallados por un gigante y salpicados de restos de columnas y paredes. Oliver alcanzó a ver un pequeño camino que partía de ellos y salía al exterior a través de una grieta en la pared de la caldera. Los altiplanos brillaban con las inquietas luciérnagas.

Tendrían que cruzar una empinada pendiente de rocas derrumbadas para llegar hasta allí. Oliver iba delante, haciéndose camino pedregal abajo entre inmensas rocas.

—Esto es como esquiar —comentó Dean. Comenzó a saltar con los pies juntos pendiente abajo hasta provocar un corrimiento de tierra—. ¡Ah! —Cayó rodando más de cinco metros—. Estoy bien —dijo, poniéndose en pie de un salto y renqueando.

Llegaron al primer altiplano, grande y rectangular. Una escalera conducía hasta el siguiente nivel, y luego otra hasta el tercero, un acantilado de más de treinta metros desde el que se dominaba el lago. Algunas columnas permanecían en pie para sostener los techos del templo que tanto tiempo llevaba derrumbado, y otras yacían rotas en fragmentos. El suelo estaba cubierto fundamentalmente de tierra y hierba, aunque aquí y allá asomaban secciones de un suave suelo de mármol blanco y rosado. En la pared desmoronada más cercana a Oliver había una placa.

—Tempiale di Necromancia —leyó Emalie.

—¿Necromancia? —preguntó Dean.

—Es cuando hablas con los muertos para saber cosas sobre el futuro —le explicó Emalie.

Oliver asintió.

—Tiene sentido. Justo al lado del lago, con el pozo desaguando debajo. Los espíritus pasan por aquí y se puede contactar con ellos antes de que se marchen.

—¿Quieres decir como hizo Emalie con aquel guardia de seguridad?

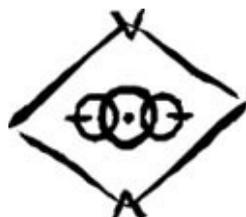
—Eso —respondió Oliver—, y es probable que la gente escuchase a los oráculos aquí también. Los humanos creían que los oráculos estaban poseídos por espíritus de los muertos... —La voz de Oliver se fue apagando cuando unas luciérnagas verdes pasaron parpadeando junto a él.

Las luciérnagas se estaban congregando en el nivel más bajo, flotando y dejándose caer como un ejército de globos de aire caliente. Oliver se dirigió escaleras abajo. En el último nivel, el centro de cada una de las paredes estaba ocupado por una estatua blanca con forma de mujer, pero sus cabezas habían sido destrozadas tiempo atrás. Probablemente se trataba de estatuas de oráculos de la historia. Dos grandes árboles con forma de paraguas se cernían sobre el altiplano, uno a cada lado.

Un círculo de brillante mármol asomaba entre la hierba que cubría el suelo.

Oliver se metió en su interior y, tan pronto como sus zapatillas deportivas entraron en contacto con la superficie vidriosa, todas las luciérnagas comenzaron a flotar hacia él.

El mármol reveló un fragmento de una escena antigua: lo que parecían las ruedas de una cuadriga o un carro, además de tres pares de pies, dos de ellos con sandalias mirando en dirección opuesta al vehículo y el otro par descalzo, con un brillo dorado y mirando hacia él. Debajo habían tallado un símbolo en skrit que Oliver no reconoció.



Emalie y Dean se colocaron cada uno a un lado observando desde el exterior del círculo.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó Dean. Oliver lo miró y se encogió de hombros. Resultaba difícil ver a Dean siquiera a través del enjambre de luciérnagas. Era como si Oliver estuviese en medio de una nube de estrellas.

Buscó en su bolsillo y sacó el collar del gato que había encontrado en la estatua de Febe que estaba en el museo, el mismo que le faltaba al gato negro de la habitación de Selene. Lo colocó sobre la palma de su mano y dijo:

—Selene.

En realidad no sabía si aquel era el modo en que debía hacerse, ni siquiera si su teoría era acertada: que Selene había transferido su energía a las luciérnagas, «las llamas frías». Pero las luciérnagas lo habían conducido hasta el folleto del museo, que lo había llevado hasta la estatua y el asilo, y luego hasta el gato sin collar del cuarto de Selene...

Si estaba en lo cierto, aquel collar tenía que ser un conjuro de invocación. Cuando un ser empleaba la transferencia, dejaba un conjuro para que pudieran contactar con él. Todo esto, claro, suponiendo que Selene quisiera que Oliver la encontrase, y no estaba seguro de si...

—¡Oliver! —gritó Emalie. Su voz sonaba como en medio de un huracán.

Oliver levantó la cabeza y vio cómo las luciérnagas empezaban a formar una espiral sobre su mano extendida, formando un tornado de luz que se extendía desde el collar del gato hasta lo alto de los árboles. Giraban y se apiñaban cada vez más, hasta que dejaron de distinguirse las luces individuales; tan solo estaba el pálido remolino blanco y verde.

—*Oliver*. —Era la voz de una mujer, entrecortada y vibrante.

—¿Selene? —dijo Oliver.

—*Sí. Me alegro de que me hayas encontrado. Queda muy poco tiempo. Mi vida corre grave peligro.*

—¿Qué quieres decir?

—*Tu profecía* —respondió Selene—. *¿Estás preparado para conocerla?*

Por un momento, Oliver a punto estuvo de decir que no...

—Sí.

En medio del viento se oyó un sonido parecido a una profunda inhalación.

—*Vendrá un joven vampiro sin demonio que ha cosechado un poder nunca visto entre ellos, y que cuando alcance la madurez será capaz de abrir la puerta de Nexia... El elegido ha de poseer una fortaleza tal que sea capaz de sobrepasar las fuerzas más poderosas de los arquitectos. Este triunfo liberará a los vampiros y establecerá un nuevo orden.*

Oliver la repasó en su cabeza y sintió que lo invadía la decepción. Era la típica profecía vaga y ambigua, y no aportaba nada nuevo a lo que ya sabía.

—¿Eso es todo?

—*¿Acaso no es suficiente?* —preguntó Selene, como si Oliver fuese un alumno rezagado.

—¿Qué se supone que significa?

—*Oliver* —dijo Selene—, *piensa. Liberar a los vampiros, establecer un nuevo orden... ¿Por qué no podéis dejar este mundo?*

—Bueno, estamos vinculados a cuerpos mortales, a la materia...

—*Por lo que para liberar vuestros espíritus demoníacos...*

—Supongo que tendríamos que destruir nuestros cuerpos, y la materia... Ah... — Oliver sintió un temblor en cuanto comprendió la conclusión a la que estaba llegando —. Al abrir la puerta de Nexia —dijo Oliver marcando las palabras— voy a destruir este mundo.

—*Sí. Ningún ser viviente sobrevivirá a la apertura de la puerta de Nexia* — explicó Selene—. *Toda la materia volverá a sus orígenes primigenios, volverá a empezar. Eso es a lo que la profecía se refiere con «un nuevo orden».*

Oliver miró a Emalie y Dean.

—Todos morirán.

—Sí.

—Pero sus espíritus pueden sobrevivir...

—*Tal vez, de alguna forma, en algún lugar en el espacio y en el tiempo de los infinitos nuevos mundos que conformen el nuevo orden. Pero no tal y como tú los conoces. Ellos y todas las personas a las que ellos conocen y aman, y todas las rocas, y todos los insectos, e incluso yo, seremos destruidos en la nueva remodelación.*

Oliver sintió como si se le hubiese abierto un boquete sin fondo en el estómago.

—¿Por qué querías que supiera esto?

—*Porque la mayor parte de mí es humana. No quiero que se destruya mi mundo. Mi familia sigue ahí fuera, en alguna parte. Y del mismo modo que he soñado con el final de mi propia vida para ser liberada de este maldito poder de la «visión», para dejar de ser prisionera de los vampiros, mi mayor sueño es que se deshaga esa*

profecía.

—¿Es eso posible? —preguntó Oliver, al vislumbrar un repentino hilo de esperanza—. ¿Cómo?

—*El Consorcio cree que al matarme se aseguran de que la profecía se cumpla, porque una profecía solamente puede ser deshecha por el oráculo que la pronunció. Pero existe otro modo. Tiene que ver con la parte de la profecía relacionada con el momento de la elección...*

Un sonido distante distrajo a Oliver, que se volvió y vio a Emalie gritando en su dirección. La escrutó a través del torbellino, pero no pudo adivinar lo que decía.

—¿Qué? —gritó.

Ella señaló hacia las escaleras y, al volverse, Oliver descubrió a Sebastian bajándolas a toda prisa hacia él, con la mano levantada y blandiendo el fino estilete de acero.

—*¡Rápido, tienes que liberarme!* —dijo Selene—. *¡Luego esconde el collar!*

—Pero... —Oliver miró a Sebastian—. ¿Tienes que decirme cómo deshacer la profecía! ¿Qué pasa con la elección? Oliver ni siquiera le había preguntado aún por la madre de Emalie.

—*Por favor, Oliver... ¡Puedes volver a invocarme en otro momento!*

—De acuerdo, pero... —Oliver dudó. ¿Tendría otra oportunidad?

Sebastian casi los había alcanzado con el estilete preparado para atacar. Entonces Oliver pudo oír cómo gritaba:

—*¡Morchesss!* —Significaba «muerte».

—*¡Oliver!* —vociferó Selene.

—*¡Te libero!* —gritó Oliver.

—*¡Aaaah!* —chilló Selene. Se produjo un violento fogonazo en el momento en que Sebastian sumergió el arma entre las luciérnagas. El chillido desgarró los oídos de Oliver.

De repente, Dean se abalanzó sobre Sebastian y lo tiró al suelo. El grito de Selene cesó y las luciérnagas se dispersaron rápidamente entre los árboles y las rocas.

—*¡Ufff!* —Oliver oyó el chillido de su padre, bajó la cabeza y lo vio hecho un ovillo a causa del dolor y agarrándose su manga hecha jirones. La mano y el antebrazo de Sebastian habían desaparecido.

—*¡Papá!* —gritó Oliver.

Alguien le dio una palmada en el hombro. Oliver se volvió y vio a Dean justo a su lado, con la mirada vacía.

—Fuerzas del caos, guíad mi mano —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Oliver mientras las ideas bullían en su cabeza. Aquella frase le resultaba familiar... Oliver recordó que Dean la había pronunciado en el transbordador y le parecía haberla oído en algún otro lugar...

Pero no pudo acabar de pensar, porque el puño de Dean se estampó contra su cara.

Oliver sintió un repentino golpe en la mandíbula y todo su cuerpo salió despedido por los aires. Cayó al suelo derrumbado y observó, aturdido, que Dean le cogía el collar de la mano y salía corriendo.

El amo se revela

—¿Oliver? —Oliver se incorporó y vio a Emalie corriendo hacia él entre las pocas luciérnagas que ya quedaban—. ¿Estás bien?

—¿Dónde está? —dijo él con dificultad. Parecía tener la mandíbula fracturada. Se puso en pie y sintió un ligero dolor de cabeza, pero la sacudió para espabilarse. La mandíbula no tardaría en curársele.

—Ha salido corriendo en aquella dirección —tartamudeó Emalie señalando hacia lo alto de la colina—. ¿Por qué iba Dean a...?

Oliver, desafortunadamente, creía saberlo.

—Su amo —dijo—, órdenes de su amo. —Oliver levantó la vista hacia la colina, pero sus ojos se toparon con su padre, que yacía en el suelo con el brazo cortado a la altura del codo. Corrió hacia él mientras Sebastian se incorporaba despacio—. Papá, ¿estás bien?

Los ojos de Sebastian despedían un brillo ámbar.

—¡Uff...! He fracasado —dijo, poniéndose en pie con un gesto de dolor—. ¿Dónde está Selene?

—Dean se llevó el conjuro de invocación —le explicó Oliver. Entonces hizo una pausa para pensar. *No digas nada más*, pero prosiguió y lo dijo de todos modos, consciente de que otra gran mentira estaba llegando a su fin—. Creo que lo hizo siguiendo las órdenes de su amo.

—Su amo... —dijo Sebastian como ausente. Oliver esperaba aquella mirada distante y decepcionada, pero Sebastian asintió y miró hacia la colina con gravedad—. Tienes que detenerlo. Yo...

—Seb, ¿estás ahí abajo? —Oliver reconoció la voz de Tyrus, que lo llamaba desde la parte alta del templo.

Sebastian se volvió hacia Oliver:

—Vete, antes de que te vean. —Oliver vio algo en los ojos de Sebastian... ¿Eran dudas? ¿Preocupación?

—Papá...

—Yo estaré bien, Oli. Ve a buscar a Dean y trae ese conjuro de vuelta. Yo iré luego.

Oliver asintió.

—De acuerdo. —Definitivamente tenían muchas cosas que solucionar ahora mismo, pero, desde luego, alcanzar a Dean antes de que este pudiera entregarle a Selene a su amo tenía sentido. Y debía volver a hablar con Selene.

Él y Emalie corrieron hasta la ladera, treparon a gatas y se encaminaron pendiente arriba hacia la cresta.

—¿Has oído todo eso? —preguntó Oliver.

—¿Te refieres a la parte en la que vas a acabar con el mundo? —replicó Emalie con gravedad—. Sí, lo he oído. Pero ¿cómo ha sido Dean capaz de esto?

—Probablemente no sabe lo que está haciendo —dijo Oliver—. Debería haberlo visto venir, pero yo solo... Parecía tan normal. —Oliver se preguntaba qué más habría hecho Dean en secreto, en cualquier caso bajo el influjo de su amo, y se reprochó el haber confiado en Dean de la forma en que lo había hecho. *Has sido un estúpido por considerarlo un amigo...* ¡No! Oliver detestaba aquel pensamiento. Dean seguía siendo su amigo. *¿Pero puedes volver a confiar en él?* Ya se preocuparía por eso más tarde.

Alcanzaron la cúspide de la caldera y un viento huracanado los zarandeó.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó Emalie.

—Puede haberse ido por cualquier lado. —Oliver olisqueó el aire, pero la fuerte brisa no le decía nada—. Lo más probable es que haya huido bajo tierra. Intentémoslo por el túnel que va hasta el pozo.

Siguieron la accidentada línea de la cresta hasta que divisaron allá abajo la sombra de la entrada de la cueva. Una vez en el túnel, se encontraron con algunas luciérnagas desperdigadas, como si fuesen miguitas de pan que Oliver tuviera que seguir.

Mientras avanzaban en la oscuridad, Oliver volvió sobre lo que había dicho Selene. *Voy a destruir el mundo*, pensó con amargura, a sabiendas de que se suponía que no debía importarle. Un vampiro normal no se sentiría mal por aquello... Tal vez un poco incómodo, pero no mal. *No importa*, pensó Oliver. *Tengo que averiguar cómo deshacer esa profecía*. Lo cual significaba recuperar el conjuro de invocación.

Por fin percibió un rastro:

—Allá delante —dijo Oliver cuando ya se aproximaban al pozo de Hades—. Puedo oler a Dean, y... —La voz de Oliver se apagó. Percibía a alguien más que le resultaba familiar. Lilas...

—¿Qué? —preguntó Emalie, percatándose de su perpleja expresión.

Oliver no respondió, pero extendió un brazo para detenerla cuando alcanzaron el final del túnel. Se asomaron a la vuelta de la esquina para escrutar las plataformas en forma de anillo que rodeaban el pozo.

Allí estaba Dean, tumbado boca arriba y con los ojos cerrados. Arrodillada sobre él en medio de la fantasmagórica luz verdosa que arrojaba el pozo había una figura vestida con una túnica oscura con capucha. La figura susurraba y comprobaba las manos de Dean, que parecían estar vacías. Entonces registró sus bolsillos y a continuación su cuello. Se enfadó y se retiró la capucha, revelando su cabello magenta.

Oliver frunció el ceño y salió a la plataforma.

—Lythia —dijo.

Lythia levantó la cabeza, sorprendida por un momento, pero enseguida esbozó una sonrisa.

—Hola, Oliver.

—¿Esa es Lythia? —preguntó Emalie, saliendo de detrás de Oliver.

—¡Aaaah, he oído hablar de «eso»! —dijo Lythia mirando a Emalie con los ojos entrecerrados—. Tu humana, ¿verdad? Eres de lo más raro, Oliver.

—Yo...

Lythia lo interrumpió extendiendo el brazo con la mano abierta.

—Entonces ¿dónde está?

—¿Dónde está el qué?

—El conjuro de invocación, bobo. Pero claro, tú no lo tienes. —Los labios de Lythia se contrajeron en un mohín. Miró a Dean—. Y él tampoco, así que, ¿quién lo tiene? —Se giró para observar la plataforma.

Mientras lo hacía, Emalie ahogó un grito.

Oliver también se dio cuenta. En la espalda de Lythia, entre los hombros, una impresión borrosa brillaba sobre su capa: la marca blanca de una mano con puntos vacíos en el extremo de cada uno de los dedos.

—¡Eres el ama de Dean! —dijo Oliver. No había vuelto a verla desde aquella vez en el casino.

Lythia se volvió de nuevo con una amplia sonrisa que dejaba ver las puntas de sus colmillos. Entonces miró a Dean, sacudiendo la cabeza y chasqueando la lengua.

—Debería devolver este a la perrera y hacerme con otro.

Por un lado, Oliver se esforzaba por hacer encajar todas las piezas. Lythia había ordenado a Dean que cogiese el conjuro de invocación y, aun así, allí estaban los dos juntos y Dean no lo tenía. ¿Qué había ocurrido? Por otro lado...

—¿Qué quieres de Selene?

Lythia rio con dulzura.

—Qué tonto eres, Oliver. ¿Qué querías tú de Selene? Toda la información que pudieses obtener sobre la profecía, espero. Eso es lo que nosotros queremos también.

—¿Quiénes sois «vosotros»?

—¡Ay, no!..., no te lo voy a decir... Yo...

La sonrisa de Lythia se congeló de repente.

—Su padre... —susurró Emalie. Oliver vio un brillo rojo que emanaba de sus ojos cerrados, y el escarabajo que sostenía entre las manos—. Trabaja para el Consorcio. Malcolm LeRoux... Están buscando algo llamado el artefacto, pero ese no es el motivo por el que Lythia quiere el conjuro... Ella tiene sus propios planes...

—¡Pssss, tú! —siseó Lythia. Sus ojos estallaron en un brillo lavanda y lanzó sus manos hacia delante creando una fulgurante oleada de fuerzas.

—¡Aaah! —Emalie fue derribada y aterrizó de espaldas, golpeándose la cabeza contra el suelo.

—¡Sal de mi mente, alimaña! —El rostro de Lythia estaba contraído por la furia. De un salto, atravesó la estancia en dirección a Emalie.

Oliver se interpuso en su camino. Chocaron uno contra el otro y cayeron al suelo. Lythia se retorció, golpeó a Oliver en el pecho con sus botas y se puso de nuevo en pie. Luego chilló, con un siseo de lo más venenoso:

—¡Apártate de mí, inútil despojo de tu especie! ¡Me voy a comer a tu dichosa bolsita de sangre!

Oliver se puso en pie de un salto con los ojos encendidos en ámbar.

—Aléjate de ella. —Se abalanzó sobre ella y la empujó con ambas manos. Lythia salió despedida hacia atrás y atravesó la cerca de piedra, con los ojos como platos. Una sonrisa comenzó a esbozarse en sus labios...

—Vale, ahora.

... Hasta que su espalda se estrelló contra el flujo verde de espíritus. Entonces se produjo una explosión de chispas y energía que convulsionó su cuerpo e hizo que los ojos se colasen en el interior de su cabeza...

Pero entonces salieron de nuevo, en llamas color lavanda, y Lythia levitó de nuevo hasta la plataforma como un halcón volando en picado. Aterrizó sobre Oliver, sacó las uñas y le desgarró los hombros atravesando la camisa. Oliver cayó al suelo mientras Lythia lo inmovilizaba sujetándolo por el cuello con el antebrazo.

—Psss —siseó, antes de sonreír repentinamente—. Eres mono, ¿sabes? —dijo con malicia—. Si quieres seguir siéndolo, no me sigas. —Lo soltó y, de un salto, aterrizó de pie con un sonoro taconeo de sus botas negras. Miró a Dean y luego a Emalie—. De todos modos, ya tienes bastante lío entre manos, ¿no? —Lythia se desempolvó la capa—. Hasta la próxima, Oliver Nocturne. —Se volvió, echó a correr y atravesó la plataforma.

Oliver se puso de rodillas y acto seguido de pie, preparado para saltar. Aquello aún no había terminado...

Lythia extendió el brazo tras de sí en pleno vuelo, abrió la mano y sus ganancias del casino se desperdigaron por el suelo. Oliver se quedó inmóvil mientras su cerebro, sin poder evitarlo, contaba todos los dientes.

—¡Diviértete! —gritó Lythia sin mirar atrás, antes de disolverse en una columna de humo negro. ¿Lythia podía evanescerse? A Oliver apenas le quedaba hueco en el cerebro para pararse a pensar que, para tratarse de alguien que apenas aparentaba ser mayor que él, tenía mucho poder. La columna de humo se deslizó por encima de la cerca y descendió hasta el pozo.

A Oliver le había bastado un instante para contar los dientes, pero Lythia ya se había marchado.

Se giró y corrió hacia Emalie.

—Oye —dijo, levantándole la cabeza. Sus dedos se mancharon con un poco de sangre cuyo aroma hizo flaquear a Oliver. *No*. Sacudió la cabeza con violencia. *Tú no eres así*, se reprendió a sí mismo, sin embargo tuvo que mirar hacia otro lado

mientras incorporaba a Emalie para sentarla. Ella gimió aturdida.

—¡Ay!

—¿Te encuentras bien? —preguntó Oliver.

—No me gusta esa chica... —susurró Emalie.

—Oliver... —Oyó pasos junto a él, se volvió y se topó con Dean, que estaba allí de pie, también aturdido y frotándose la cabeza—. Yo...

—Ahora no, Dean —masculló Oliver. Se dio cuenta de que quería gritarle, pero se contuvo y apartó la mirada de la de su amigo con decisión—. ¿Sabes lo que ha ocurrido con el conjuro de invocación?

—No... —respondió Dean—. Está todo confuso. Salí del túnel y alguien se abalanzó sobre mí y me dejó inconsciente. Yo... Te pegué, ¿verdad?

—Sí, bueno... —Oliver tuvo que contener su rabia nuevamente—. Acabamos de conocer a tu ama. ¿Recuerdas a aquella chica del casino?

—¿Lythia? ¿De verdad? Eh...

—Mmm. —Oliver no sabía qué conclusión sacar. Entonces oyó el zumbido del ascensor de cristal que subía.

—Oliver. —Se volvió y vio a su padre saliendo del túnel, caminando despacio, con la manga hecha jirones flotando bajo su codo. Sebastian dedicó a Emalie y Dean la inexpresiva y fugaz mirada de siempre y luego clavó los ojos en Oliver—. ¿Qué ha pasado?

Oliver tardó un momento en contestar, consciente de que estaba a punto de contarle a su padre la verdad, paso por paso, de lo que acababa de ocurrir. ¡Cuánto tiempo sin hacer aquello, sin tener que pararse a pensar lo que podía y no podía decir!

—El ama de Dean ha estado aquí. Se llama Lythia LeRoux...

—Malcolm... —gruñó Sebastian—. ¿Se ha llevado el conjuro de invocación?

—No —intervino Dean—. Alguien me interceptó antes. Me atacó por la espalda. Sebastian frunció el ceño mientras ataba cabos en silencio.

Tras ellos, las puertas del ascensor se abrieron y se oyeron unos pasos apresurados.

—Oliver, Sebastian... —Era Polemonia, ataviada con un vestido de terciopelo color burdeos que le llegaba hasta los pies. Algunos podrían pensar que se había arreglado para un evento formal, pero aquella era la indumentaria tradicional de combate. En la mano sostenía una catana maldita con la hoja dorada y curvada, y se había pintado triángulos negros desde los ojos hasta la línea de nacimiento del cabello.

—Estamos bien, Polemonia —dijo Sebastian.

La dura expresión de Polemonia se suavizó cuando vio la manga hecha harapos y el brazo rebanado de Sebastian. Abrió los ojos como platos, pero no se sorprendió tanto como Oliver esperaba. Ni siquiera preguntó qué había sucedido. En lugar de eso, dijo:

—¿Has podido...?

Sebastian sacudió la cabeza lacónicamente.

—Casi, pero no. Selene había usado la transferencia para ocultarse. Oliver la encontró, pero ahora alguien tiene el conjuro de invocación.

Oliver podía deducir el significado de aquel escueto intercambio que mantenían sus padres. Recordó la conversación que había oído en Seattle y entonces comprendió que así como la «demostración de fe» se refería a que Sebastian extrajese la fuerza vital de Selene, tal vez el «sacrificio» hiciese referencia a la pérdida de su brazo. Debían de saber que empuñar el estilete de Alamut tenía un precio, ya que las armas encantadas a menudo conllevaban el pago de una ofrenda por el portador. Pero el doctor Vincent seguramente sería capaz de regenerar el brazo de Sebastian, de modo que no hablaban de tener un nuevo hijo, sino de un nuevo brazo. Pensándolo ahora con detenimiento, Oliver sintió un gran alivio. No podía creer lo equivocado que estaba.

—¿Quién lo tiene? —preguntó Polemonia.

—La hija de Malcolm LeRoux lo ha robado utilizando a su criado zombi —dijo Sebastian señalando a Dean con la cabeza.

Oliver observó de nuevo cómo Polemonia aceptaba aquello con un asombro mucho menor del que él esperaba. ¿Por qué no parecía sorprendida de que Oliver no fuese el amo de Dean? ¿Lo habían sabido todo el tiempo? De repente volvió a crecer dentro de él aquel frustrante y familiar sentimiento de saber muy poco sobre lo que ocurría a su alrededor.

—¿Lythia? —preguntó Polemonia—. Pero dijiste...

—Lythia trabaja con alguien más —intervino Emalie repentinamente. Oliver se dio cuenta de que estaba allí de pie, a la vista de todos, sin ocultarse. Y entonces vio cómo Polemonia y Sebastian se volvían a mirarla—. No sabemos con quién —añadió Emalie con la voz ligeramente temblorosa a causa del escrutinio de los Nocturne—, aún.

—No fue Lythia la que se llevó el conjuro —añadió Sebastian—. Alguien se lo quitó a Dean primero.

Polemonia miró a Oliver.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió, y vio el alivio dibujado en el rostro de su madre.

Polemonia envainó la catana en la funda de cuero que llevaba atada a la cintura, se acercó a Sebastian y le rodeó los hombros con su brazo. Oliver vio que Sebastian se inclinaba ligeramente hacia ella con una expresión que delataba el gran dolor que sentía.

—Vamos a llevarte abajo —dijo.

—No sé si seré bienvenido en casa de tu familia —protestó él.

Polemonia lo condujo con determinación al ascensor.

—¿Te refieres a Ember y su panda? —Los ojos de Polemonia se encendieron—. ¡Bah! Que vuelva a intentar interponerse en nuestro camino. De todos modos, nos

marchamos en el barco de esta noche. Dudo que asome la cabeza por allí... — Polemonia suspiró—. Estoy deseando marcharme de aquí.

Oliver se quedó atrás con Emalie y Dean mientras sus padres entraban en el ascensor. Se preguntó si se molestarían siquiera en decir...

—Oliver. —Polemonia y Sebastian lo miraron. El rostro de Polemonia reflejaba la inexpresividad de siempre, pero entonces dijo—: No tardes.

Oliver se sentía completamente confuso, pero acertó a asentir con la cabeza. Las puertas del ascensor se cerraron y se puso en marcha. Los padres de Oliver desaparecieron de su vista.

Allí de pie, con la mirada de sus padres reciente en su cabeza, Oliver comprendió que algo muy importante acababa de cambiar. O tal vez llevaba cambiando mucho tiempo pero él no había sido capaz de verlo. Pensó en aquella noche en la Space Needle, en la expresión de su padre cuando lo había visto por primera vez con Emalie y se había dado cuenta de que en verdad eran amigos. Luego aquella tensa cena, y las severas órdenes de Polemonia: «Vas a olvidarte. A olvidarte de ella»...

Durante toda la primavera y hasta hacía una hora, cuando Sebastian había sugerido que Oliver utilizaba a Emalie para vengarse de ellos, Oliver había dado por supuesto que los silencios y las miradas vacías de sus padres significaban lo mismo que la expresión de Sebastian en lo alto de la Space Needle: confusión, decepción... Sentimientos que habían crecido hasta tal punto que habían llegado a la conclusión de que Oliver era un caso perdido. Y tal vez las expresiones de sus padres parecían las mismas, pero en algún momento había cambiado el significado de aquellas miradas. Lo que en su momento le había parecido desaprobación...

Se había convertido en aceptación.

Todo se resumía en lo que Polemonia acababa de decir: «No tardes». Aquello implicaba que Oliver iba a pasar más tiempo con Emalie y Dean. Aceptaba que aquellos amigos formaban parte de su vida y que, tal vez, al menos por ahora, eso estaba bien.

—Deberíamos llevar a Emalie a casa —dijo Dean con cautela, aún con tono de sereno arrepentimiento.

Oliver se volvió hacia ellos sonriendo ligeramente.

—Sí, vamos.

El barco a Isla Necrata

Mientras Oliver, Emalie y Dean recorrían el túnel, descendían la ladera y regresaban finalmente a las dormidas calles de Fortuna, los tres amigos hablaban sobre lo que acababa de ocurrir para asegurarse de que tenían todas las piezas.

—Es genial que tus padres ya no estén enfadados contigo —dijo Emalie, dándole una palmada a Oliver en el hombro.

—Es bastante increíble —coincidió él.

—Sin embargo, hay un problema —dijo Dean—. Siguen queriendo que cumplas la profecía y abras la puerta. Y bueno... tú...

—No —le aseguró Oliver—, yo no quiero abrirla.

De momento, su enfado por la traición de Dean se había desvanecido. Después de todo, no era culpa suya. Y Dean tenía razón: Oliver no quería destruir el mundo. Así que la profecía suponía un problema, pero no esa noche.

—Ya lo arreglaremos —dijo, tratando de sonar esperanzado, aunque por dentro sentía un profundo temor y preocupación. ¿Podrían? Selene había dicho que había un modo de deshacer la profecía, pero Oliver se preguntaba cómo. Siempre había oído que las profecías no se podían deshacer. Era posible que hubiese dejado de mentirle a sus padres a cambio de empezar a mentirles a sus amigos.

Oliver levantó la cabeza y se encontró con que Emalie lo miraba de un modo extraño, casi como si estuviera oyendo sus pensamientos. *¿Estás ahí?*, pensó preocupado. No hubo respuesta. Oliver se dio unos golpecitos en la cabeza y repitió en voz alta:

—¿Estás ahí?

—Ah, no, ya no —respondió ella—. Esa conexión se rompió cuando te quedaste inconsciente.

Oliver asintió, pero al mismo tiempo se preguntaba si debía creerla o no. Emalie parecía capaz de entrar allí siempre que quisiera.

—Bueno, ¿entonces por qué me miras de un modo tan raro?

Habían llegado al hostel en el que Emalie y su tía Kathleen se hospedaban.

—Es solo que... —comenzó—. Debe de ser mucho para ti.

—¿Te refieres a ser el responsable del fin del mundo? —preguntó Oliver.

—Sí, eso —contestó Emalie.

—Ya. —Oliver se encogió de hombros.

Se hizo el silencio. En algún lugar calle arriba se cerró una puerta de golpe. En la otra dirección, se oían pasos sobre los adoquines y un perro jadeando. Los pájaros

parecían gorjear cada vez más alto y un zumbido de coches crecía en la distancia.

—Chicos, deberíais meteros en las alcantarillas y regresar a Morosia —dijo Emalie. Se acercó a Oliver y lo abrazó—. Que tengas unas buenas vacaciones. Cuídate.

Oliver notó que su capacidad para pensar y hablar flaqueaba, pero entonces Emalie se separó y abrazó también a Dean. Oliver acertó a decir:

—Gracias, tú también. —Y prosiguió—: Cuando volvamos a casa nos cuentas qué más has averiguado sobre tu madre y todo ese rollo de la luna.

—Y sobre aquella foto vieja —añadió Dean.

—Entendido —dijo Emalie con una sonrisa reticente—. Y trataremos de averiguar algo más sobre lo que dijo Selene de cómo salvar el mundo.

Oliver asintió.

—Supongo que va a ser un verano movido.

—Nosotros siempre tenemos sitio —dijo Myrandah mientras revoloteaba por la cocina— para una familia que reconsidera su lugar bajo la luz del sol.

—De acuerdo, madre —respondió Polemonia, ultimando las maletas de los Nocturne junto a la puerta.

—Pero aun así, Polemonia se niega a ver los problemas del mundo de la superficie —rezongó Myrandah en tono desaprobador y dirigiéndose con mirada acusadora a Sebastian, que llevaba el brazo vendado y protegido bajo un abrigo nuevo—. Creo que deberíais considerarlo por una vez.

Polemonia se volvió y consultó su reloj con una energía asombrosa.

—¡Vaya, mira! ¡El barco sale dentro de dos horas! Adiós, madre.

Tormento alcanzó a Oliver en el umbral de la puerta, y ni le dio un codazo ni hizo un solo comentario sarcástico. Oliver apenas lo había visto desde lo del museo. Por una vez, era Tormento el que ya estaba dormido cuando Oliver llegaba a casa después del amanecer. Oliver lo miró y comprobó que el rostro de Tormento estaba sorprendentemente sereno. Sin duda se sentía triste por tener que dejar a los salvajes de sus primos y sus andanzas aún más salvajes. A Oliver se le ocurrió hacer algún tipo de comentario para molestar a Tormento, algo velado y referente a los asuntos sin terminar, algo que le transmitiera que sabía que tenía algo entre manos, pero, sin embargo, decidió disfrutar de aquel insólito momento de silencio y de la ausencia de puñetazos.

Myrandah los envolvió a ambos en abrazos.

—Mis amores serán siempre bienvenidos aquí, con o sin la aprobación de sus padres.

—Muy bien, madre —dijo Polemonia apresuradamente—. ¡Nos vamos!

—Que Hades os acompañe —dijo Dominus desde el sofá.

—Adiós, papá —dijo Polemonia conduciéndolos a todos hacia el exterior.

Los Nocturne cruzaron la humeante ciudad, atravesaron la entrada y se subieron de nuevo al transbordador. En lugar de tomar el charion, continuaron junto con otras familias por un pasillo que terminaba en un estrecho canal de agua normal y corriente. Una flota de góndolas los esperaba allí, cada una de ellas con un gondolero zombi a bordo. Embarcaron y se internaron en un túnel abovedado de piedra: un antiguo acueducto romano. Una hora más tarde los invadió el aroma agrio del agua salada y la góndola de los Nocturne salió del túnel a la cálida noche.

Una fuerte brisa salada los golpeó en el rostro. A ambos lados, altas plataformas de hierba formaban las paredes de la marisma. Las góndolas serpentearon entre las plantas hasta llegar a un muelle. En la distancia se podían oír las olas rompiendo contra una playa.

Los Nocturne recorrieron el muelle hasta llegar al principio de un amplio embarcadero. Una hilera de limusinas negras guardaban turno sobre las torcidas tablas para subir, por una inclinada pasarela, a la cubierta de un pequeño crucero iluminado con luz ámbar: el barco a Isla Necrata.

Oliver sintió impaciencia al verlo. El buque era una reliquia de principios del siglo xx. Aunque seguía teniendo tres chimeneas pintadas de rojo, toda su maquinaria funcionaba con energía geoelectrica procedente de los generadores de luz de magma. Hileras de globos dorados pendían desde las cubiertas hasta la misma proa y adornaban las barandillas de todo el barco.

Mientras caminaban hacia él, Oliver pudo escuchar al cuarteto de cuerda tocando arriba, en la cubierta de la piscina. Podía imaginarse los bares abiertos sirviendo sangre granizada en vasos redondos con rodajas de tamarindo en el borde... Los camareros pasando con bandejas de cucarachas exóticas de Madagascar, glaseadas con mazapán pero aún vivas y siseando... Las piscinas de agua hirviendo, hombres y mujeres de piel tersa en su interior con los brazos apoyados en los bordes, niños tirándose por los toboganes a la piscina grande...

Lo único que tenían que hacer era subir por aquella pasarela y, durante la próxima semana, dejar a un lado las preguntas sobre profecías y el futuro. Oliver y Dean podrían, simplemente, holgazanear. Seguro que a Dean no le permitirían la entrada a las piscinas por culpa de su piel de zombi y esas cosas, pero los dos se divertirían sin parar en los múltiples casinos, en la sala de videojuegos, en las discotecas... Y, mientras miraba a sus padres, Oliver pensó que hasta podrían divertirse como una familia. Vio que Polemonia, Sebastian e incluso Tormento parecían contemplar el barco a Isla Necrata como una visión de lo más apetecible.

Era asombroso pensar en algo así (en que su familia se divirtiera junta) pero lo cierto era que, a pesar incluso de las preguntas que seguían acechando, algunas cosas habían cambiado a mejor. Oliver ya no se sentía completamente solo. Tal vez un poco incomprendido, pero no solo. Así que aquella podía ser una buena semana después de todo, ahora que habían dejado Morosia atrás...

—¡Seb! —Los Nocturne acababan de alcanzar la pasarela mientras guardaban

cola detrás de las demás familias y parejas que embarcaban. Todos se volvieron a la vez y vieron a Tyrus, que caminaba apresurado hacia ellos agitando la mano—. ¡Esperad!

Se apartaron a un lado de la pasarela para dejar pasar al siguiente grupo de pasajeros.

—¡Venga, vámonos ya! —protestó Tormento.

—Cállate, Charles —dijo Polemonia con seriedad.

—Tyrus —dijo Sebastian con el tono que usaba para hablar de trabajo—. ¿Dónde están Ameilya y los chicos...?

Tyrus los alcanzó y la oscura expresión de su rostro se hizo totalmente visible a la luz ámbar del barco.

—Vienen de camino. Escucha, Seb...

—¿Qué ocurre? —preguntó Polemonia con serenidad.

—Me temo que tenemos un problema. —Tyrus apartó la mirada de Sebastian y la dirigió...

—¡Ah! —exclamó Dean. Oliver se giró y vio cómo se caía...

Lo había empujado Tormento, que salió corriendo.

—¡Charles! —gritó Polemonia—. ¿Qué estás haciendo?

Tormento saltó sobre la pasarela y aterrizó torpemente entre los pasajeros que embarcaban, lo que provocó un coro de siseos.

—¡Apartaos de mi camino!

Entonces Oliver sintió un golpe de viento. Leah se había unido a Tyrus y ambos pasaron a toda velocidad junto a los Nocturne y saltaron también sobre la pasarela. En un instante habían reducido a Tormento.

—¡Dejadme en paz! —gritaba Tormento, sacudiéndose.

—Vamos, chico —dijo Tyrus—, no hagas esto aún peor para tu familia. —Tyrus y Leah regresaron al asfalto de un brinco y arrojaron a Tormento al suelo.

—Tyrus, ¿qué está...? —comenzó Sebastian.

Tyrus lo miró con gravedad.

—Lo lamento, Seb. —Se agachó, rasgó la chaqueta vaquera de Tormento y rebuscó en sus bolsillos.

Tormento lanzaba patadas y bofetones en señal de protesta, como un niño.

—¡Para! ¡Déjalo ya! —Le propinó un malintencionado puñetazo a Tyrus en la sien, pero este apenas reaccionó. Por fin, se puso en pie y se apartó de aquel adolescente peleón.

Tyrus sostenía en su mano el collar del gato: el conjuro de invocación de Selene. Extendió la mano para que los Nocturne lo vieran y entonces dijo todo lo que tenía que decir con un simple levantamiento de cejas. Oliver no podía creerlo. Tormento había interceptado a Dean... para robarle el conjuro... ¿Por qué?

—Charles... —dijo Polemonia débilmente.

Tirado en el suelo, despeinado, con la chaqueta rasgada a la altura del hombro,

Tormento miraba con ferocidad y los ojos encendidos.

—¡Devuélvemelo!

—¡Silencio! —rugió Sebastian, y Tormento se encogió como Oliver nunca había visto.

Unos neumáticos chirriaron sobre las tablas cubiertas de arena y una limusina apareció justo al lado del grupo. Leah se acercó a Sebastian y le tendió unos papeles doblados con expresión fría y seria:

—El Consorcio os ha conseguido billetes de charion para volver a casa. Salís dentro de una hora. —Sebastian los cogió. Leah le dio una palmada en el hombro y lo miró con lástima—. Lo siento.

—¿Y ahora qué, Tyrus? —preguntó Sebastian con tono tranquilo.

Tyrus miró el conjuro que tenía en la mano.

—Todo sigue según el plan. Invocamos a Selene, adquirimos su fuerza vital y recogemos el artefacto en Isla Necrata.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Polemonia.

—Os vais a casa —dijo una voz fina y áspera detrás de ellos. Oliver se volvió y vio cómo se abría la puerta de la limusina. Un rostro enjuto en cuyos ojos se reflejaba una avanzada edad, pero que, sin embargo, conservaba la piel lisa y blanca, se asomó en medio de una cálida luz rojiza—. Y esperáis instrucciones.

—Señor Ravonovich —dijo Sebastian en tono de disculpa—, yo...

—Di simplemente que lo comprendes, chico —dijo Ravonovich—. Mejor aún, no digas nada en absoluto.

Sebastian asintió.

Ravonovich sonrió y, al hacerlo, mostró una hilera de dientes, todos ellos afilados y puntiagudos.

—Ya sabéis cómo van estas cosas, Seb, Polemonia... Todo se acaba arreglando con el tiempo, como siempre ha sucedido. —Regresó a la oscuridad.

—Nos vemos, Seb —dijo Tyrus, compasivo.

Oliver observó que se deslizaba al interior de la limusina y extendía la mano para entregarle el conjuro a Ravonovich. Cerró la puerta y, justo cuando lo hizo, Oliver vio otra cabeza asomando en el interior.

Lythia le dedicó una sonrisita triunfal.

La limusina arrancó y se situó en la ordenada fila de coches que depositaban a los pasajeros en el barco.

Oliver permaneció a un lado de la pasarela con su familia y Dean. Nadie habló mientras contemplaban cómo una familia, y luego otra, subían al barco a Isla Necrata con la emoción dibujada en sus rostros.

—Vamos —dijo Polemonia por fin. Dio un paso y entonces se detuvo—. Y Charles, si te alejas, te cortaré las piernas en rodajas. ¿Me oyes?

Tormento, lívido, se puso en pie sin responder siquiera.

Los Nocturne recorrieron lentamente el muelle en dirección contraria. Una sola

góndola los aguardaba. Cuando subieron a ella, sonó la profunda sirena del barco. Todos se volvieron y contemplaron cómo el buque de luz dorada se separaba despacio del embarcadero en dirección al océano bañado por la luna, a los despreocupados días de diversión y a los serios asuntos de profecías y futuro... Nada de lo cual incluiría a Oliver, a su familia ni a su amigo. Oliver podía notar la confusión y decepción que reinaba a su alrededor, y supo que, en muchos sentidos, las cosas habían ido de mal en peor.

Y a pesar de todo, él no se sentía como si así fuera. Al menos a Oliver, toda la preocupación y las dudas se le antojaban un poco más fáciles de llevar, ahora que había compartido por lo menos algunas de ellas con su familia.



KEVIN EMERSON (Cheshire, Connecticut, EE. UU., 1975) es un escritor estadounidense de libros juveniles. Ya de niño, se dedicaba a escribir historias sobre personajes de películas, y continuó escribiendo durante el instituto y la universidad, donde se graduó en Biología y Ciencias Ambientales. Trabajó como profesor de ciencias en un colegio de Boston durante cinco años, y comenzó a escribir historias juveniles inspirado por sus alumnos.

En 2000 dejó su trabajo para dedicarse a escribir, y publicó su primera novela *Carlos is Gonna Get It* seis años después. Ha publicado más de dieciséis libros para niños y adolescentes, entre las que destacan las series de fantasía *The Atlanteans* y *Oliver Nocturne*. También ha sido profesor de escritura creativa para jóvenes en el programa *Writers in the Schools*, organizado por Seattle Arts & Lectures.

Reside en Seattle con su mujer y su hija. Además de escritor, ha tocado la batería en varios grupos desde la adolescencia. Actualmente, es cantante y batería de los grupos Northern Allies and Math and Physics Club.

Notas

[1] N. de la t.: Weeki Wachee Springs es un parque temático y natural de Florida. Una de sus atracciones principales es un espectáculo subacuático protagonizado por mujeres vestidas de sirenas. <<